AGATHA CHRISTIE

UN TISTRE CIPRES

Selecciones de Biblioteca Oro

Todo empezó con un anónimo. Quien lo enviaba ya tenía planeado el primer crimen. Y previsto el segundo. E incluso el tercero, puesto que enviar a un inocente a la horca también es un crimen. La primera víctima, una anciana rica muere envenenada. La herencia parece ser el móvil del crimen. Pero también los celos pueden haber impulsado al homicida. En cualquiera de los dos casos, Elinor Carlisle constituye la culpable ideal. Sin embargo, para Hércules Poirot no está tan claro y decide proceder como abogado defensor, embarcándose en una investigación en la que todo el mundo miente.

Agatha Christie

Un triste ciprés

Hércules Poirot # 21

ePUB r1.0
Ronstad 08.10.2013

Título original: *Sad Cypress*
Agatha Christie, 1940
Traducción: H. C. Granch

Editor digital: Ronstad
ePub base r1.0

A Peter y Peggy McLeod

Guía del Lector

En un orden alfabético convencional relacionamos a continuación los principales personajes que intervienen en esta obra:

WELMAN Laura: Anciana y acaudalada dama; enferma.
CARLISLE Elinor Katherine: Linda joven, sobrina de la anterior.
WELMAN Roddy: Sobrino también de Laura y prometido de Elinor.
O'BRIEN Eileen: Enfermera de la señora Welman.
HOPKINS Jessie: Compañera de la anterior y a su vez al cuidado de la citada señora.
LORD Peter: Médico de Laura Welman.
GERRARD Efraim: Portero de la finca de la señora Welman.
GERRARD Mary: Hija del anterior y protegida de la mencionada dama.
BISHOP Emma: Ama de llaves de Laura.
HORLICK: Jardinero de la mansión Welman.
BIGLAND Ted: Granjero, pretendiente de Mary Gerrard.
POIROT Hércules: Famoso detective belga, eje de esta novela.
SEDDON Edmund: Abogado de Laura Welman.
BULMER Sir Edwin: Hábil abogado, defensor de Elinor Carlisle.
ATTENBURY Sir Samuel: Fiscal.
MARDENS: Inspector jefe de Scotland Yard.
WARGRAVE Alfred James: Cultivador de rosas.
LITTLEDALE James Arthur: Perito químico.
MARSHALL Edward John: Antiguo conocido de la enfermera Hopkins.
RILEY Mary: Tía de Mary Gerrard, domiciliada en Nueva Zelanda.
RYCROFT Sir Lewis: Antiguo amor de Laura Welman.
SOMERVELL Mayor: Comprador de la finca Welman.

UN TRISTE CIPRÉS

Ven acá, ven acá, muerte,
y que me entierren bajo un triste ciprés.
Échate a volar, échate a volar, aliento;
me ha matado una niña cruel y hermosa.
Haced de follaje mi sudario blanco.
¡Oh, preparadlo!
Mi figura de muerte, nadie tan fielmente representará.

SHAKESPEARE

Prólogo

¿CULPABLE O INOCENTE?

—Elinor Katherine Carlisle: está usted acusada de haber asesinado a Mary Gerrard el veintisiete de julio pasado. ¿Se confiesa usted culpable o inocente?

Elinor Carlisle estaba de pie, con la cabeza erguida. Tenía una cabecita graciosa; el rostro algo anguloso, pero bien definido y agradable. Sus ojos eran de un azul profundo, y el cabello, negrísimo. Las cejas las llevaba depiladas y formaban una línea estrecha, casi imperceptible.

Hubo un silencio expectante.

Sir Edwin Bulmer, el abogado defensor, tuvo una sensación de desánimo.

Pensó: «¡Dios mío! Va a declararse culpable… Ha perdido la serenidad…».

Los labios de Elinor Carlisle se entreabrieron. Dijo:

—¡Inocente!

El abogado defensor se desplomó en su asiento. Sacó un pañuelo y se enjugó el sudor que le corría por la frente.

Sir Samuel Attenbury se levantó y se dispuso a pronunciar su discurso. Era el Ministerio fiscal.

Comenzó:

—Con la venia de sus señorías, señores del Jurado… el veintisiete de julio próximo pasado, a las tres y media de la tarde, Mary Gerrard falleció en Hunterbury, Maidensford…

Su voz prosiguió, sonora y agradable, adormeciendo a Elinor y poniéndola en un estado casi inconsciente. De la narración, simple y concisa, sólo frases sueltas impresionaban el cerebro de la acusada.

«…Un caso simple y clarísimo…» «…es un deber de este Ministerio… demostrar el motivo y la oportunidad…» «…nadie, que se sepa, tenía motivo para asesinar a la infortunada Mary Gerrard, excepto la acusada. Una joven encantadora, afable, amada por todo el mundo, a quien no se le conocía un enemigo, o, por lo menos, no se creía que lo tuviese…».

¡Mary, Mary Gerrard! ¡Cuán lejos estaba todo aquello!… ¡No parecía real!

«…suplico a vuestras señorías que presten atención a las siguientes consideraciones: Primera: ¿Qué oportunidad y medios tuvo la acusada para administrar el veneno? Segunda: ¿Qué motivos la indujeron a hacerlo? Mi deber es presentarles algunos testigos que los ayudarán con sus deposiciones al pronunciamiento justo de su fallo… En cuanto al acto de envenenamiento de Mary Gerrard, voy a intentar demostrar que nadie, absolutamente nadie, tuvo la menor oportunidad de cometer este crimen, excepto la acusada…».

Elinor tenía la sensación de encontrarse rodeada por una niebla espesísima. A través de ella le llegaban las palabras «… emparedados…», «…pasta de pescado…», «…la casa vacía…».

Las palabras horadaban la densa capa que cubría los pensamientos de Elinor… Eran como alfilerazos a través de un velo de algodón grueso.

El tribunal. Rostros. Filas y filas de rostros. Una faz, en particular, con gran bigote negro y ojos sagaces. Hércules Poirot, con su cabeza un tanto reclinada y los ojos semicerrados en actitud meditativa, la contemplaba.

Ella pensó: «Quiere adivinar por qué lo hice… Intenta leer en mi cerebro para ver lo que pensé… Lo que sentí. ¿Sentí…? Como si el cielo se hubiese desplomado sobre mí…».

Cerró los ojos, para volver a abrirlos un segundo después.

«…El rostro de Roddy —pensó ahora—. Su rostro querido, con su larga nariz…, su boca sensitiva…». ¡Roddy! Siempre Roddy, siempre, desde que ella podía recordar…, desde aquellos días en Hunterbury entre las frambuesas…, y allá arriba, en los viveros…, y abajo, junto al puente, Roddy… Roddy… Roddy…

¡Otros rostros! La enfermera O'Brien con su boca ligeramente abierta, su rostro fresco y pecoso proyectado hacia adelante. La

enfermera Hopkins, presumida e implacable. El rostro de Peter Lord… ¡Peter Lord, tan bondadoso, tan sensible…, tan confortante! ¡Y parecía terriblemente preocupado por ella!… Ella, sin embargo, la figura principal de esta escena horrible, no parecía interesarse por su suerte.

Héla aquí, calmosa y fría, apoyada en la barra, sentada en el banquillo, con una tremenda acusación de asesinato. Se hallaba ante el tribunal.

Algo se agitó; el velo que oscurecía su cerebro se iba disipando poco a poco. ¡Ante el tribunal!… ¡La gente!

La gente se inclinaba hacia adelante, con los labios entreabiertos, la mirada ávida, los ojos fijos en ella. Elinor, con la fruición horrible del vampiro…, escuchando con una especie de delectación cruel lo que aquel individuo alto, de nariz hebrea, estaba diciendo de ella.

—Los hechos, en este caso, son facilísimos de seguir, y no existen contradicciones de ninguna clase. Desde el mismo principio.

Elinor pensaba, entre tanto: «¿El principio…, el principio…? El día en que recibí aquella carta anónima… ¡Aquél fue el principio de todo!».

PRIMERA PARTE

Capítulo I

LA CARTA ANÓNIMA

¡Una carta anónima! Elinor Carlisle contempló estupefacta la hoja de papel que tenía en sus manos. Era la primera vez que recibía una cosa semejante. Le producía una sensación desagradable. Mal escrita, con pésima ortografía y en un papel rosado de ínfima calidad, la carta decía así:

Lapre Sente es p'arbertirle c'ai arguien questá yenando darrumacos aSu tía isusté no tié cuidado norre Cibirá niun séntimo kuando estie la Pata. Usté lla save que las Biejas se deRiten kuando las Jóbenes le dan coba con arte ila ketié a su lado es más fina kel koral. Benga a berlo usté misma. Eso es lo mejón. Sino loace asín usté iel Joben cavayero perderán todos sus Derechos y lla berá como toes paella.

Uno ke la quiere vien.

Elinor estaba mirando con fijeza la extraña misiva, con las depiladas cejas enarcadas, mostrando su profundo desprecio por el contenido de la misma, cuando la puerta se abrió y la doncella anunció:

—Míster Welman.

Y Roddy hizo su aparición.

¡Roddy! Como siempre que lo veía, Elinor tuvo conciencia de un sentimiento ligeramente frívolo, una palpitación de placer repentino, una sensación extraña en ella que pretendía ser positiva y poco emotiva.

Era indudable que, aunque Roddy la amaba, no era aquella

pasión la que ella parecía experimentar. Cuando le vio aparecer, su corazón empezó a latir con tanta fuerza, que casi le hacía daño. Era absurdo que un hombre ordinario…, sí, sí, un joven completamente ordinario y vulgar, fuese capaz de producirle un sentimiento así. El amor era, indudablemente, una emoción agradable…; no aquello que dolía por su intensidad.

Una cosa era cierta: había que tener mucho cuidado con exteriorizar sus sentimientos. A los hombres no les gustan la devoción ni la adoración. Por lo menos, a Roddy…

Elinor exclamó con indiferencia:

—¡Hola, Roddy!

Roddy repuso con el mismo tono:

—¡Hola, Elinor!… Estás trágica, querida. ¿Es una factura?

Elinor movió la cabeza negativamente.

Roddy dijo:

—Pensé que tal vez… Ya sabes que a mediados del verano es cuando empiezan los bailes y las fiestas y… hay que liquidar las cuentas con las modistas…

Elinor le interrumpió en sus divagaciones:

—Es algo horrible, Roddy. Una carta anónima.

Las cejas de Roddy salieron disparadas hacia arriba. Su rostro indiferente se tornó duro. Repuso con una exclamación de disgusto:

—¡No!

—Es algo horrible… —repitió Elinor, y se aproximó a su mesita de escritorio—. Es preferible que la rompa.

Debía haberlo hecho… Estuvo a punto de hacerlo, porque Roddy y las cartas anónimas eran dos cosas que no debían reunirse… Él, por su parte, no lo habría evitado. El aburrimiento era en él mucho más fuerte que la curiosidad.

Pero, impulsivamente, Elinor decidió lo contrario. Dijo:

—Será mejor que la leas antes. Luego la quemaremos. Se trata de tía Laura.

Roddy abrió los ojos, sorprendido.

—¿De tía Laura?

Cogió la carta, la leyó frunciendo el entrecejo con expresión de disgusto, y se la devolvió.

—Sí —dijo—. Hay que quemarla. ¡Qué gente más

extraordinaria!

Elinor sugirió:

—Debe de haber sido uno de los criados. ¿No te parece?

—Así lo supongo —titubeó un instante—. Me estoy preguntando quién será esa *joven tan fina como el coral* de que hablan en la carta.

Elinor replicó, pensativa:

—Creo que debe de ser Mary Gerrard.

Roddy contrajo la frente en un esfuerzo mental para recordar.

—¿Mary Gerrard?… ¿Quién es?

—La hija del guarda. ¿No te acuerdas de cuando era una chiquilla? La tía le tomó cariño y se interesó extraordinariamente por ella. Le pagó el colegio y varias enseñanzas fuera del programa: piano, francés y…

Roddy la interrumpió:

—Sí, sí, ahora me acuerdo. Una chiquilla flaca, que no era más que piernas y brazos y un mechón de cabellos rubios y enmarañados.

Elinor asintió:

—Sí, pero se ve que no has estado allí desde aquellas vacaciones de estío en que papá y mamá estuvieron en el extranjero. Si hubieses estado allí tan frecuentemente como yo, te habrías enterado de que ella ha estado estudiando en Alemania recientemente y que…

—¿Qué aspecto tiene ahora? —inquirió Roddy, distraído.

Elinor repuso:

—Ahora está bastante guapa; además, tiene modales encantadores, como resultado de su excelente educación, y nadie diría que es hija del viejo Gerrard.

—En resumen, que es toda una señorita en la actualidad, ¿verdad?

—En efecto, y, naturalmente, ahora no se encuentra a gusto en el pabellón del guarda. Mistress Gerrard murió hace algunos años, y Mary no congenia con su padre. Él se burla continuamente de su cuidada pronunciación y de sus maneras delicadas.

Roddy estalló, irritado:

—La gente no quiere darse cuenta del daño que causan con la «educación». A veces, eso no tiene nada de bondadoso; es realmente

una crueldad.

Elinor prosiguió:

—Creo que se pasa casi *todo* el día arriba, en la casa. Ella es la que lee en voz alta los periódicos a tía Laura, desde que tuvo el primer ataque.

Roddy preguntó:

—¿Por qué no se los lee la enfermera?

Elinor respondió, con una sonrisa:

—Miss O'Brien, la enfermera, tiene un acento que haría necesario un intérprete para comprenderla. No me extraña que tía Laura prefiera a Mary.

Roddy paseó nerviosamente a lo largo de la habitación durante varios minutos. Luego exclamó:

—¡Tenemos que ir allí, Elinor!

—¿Por eso…?

—No, no, ¡qué va!… Pero, después de todo, debemos ser sinceros. ¡Sí! A pesar de lo inmundo de esa comunicación, puede ser que haya algo de verdad en ella. Tal vez la vieja esté gravemente enferma…

—Está bien, Roddy.

Él la miró y entreabrió los labios en su atractiva sonrisa, admitiendo la falibilidad de la naturaleza humana.

—Y el dinero nos interesa a ti y a mí, Elinor —dijo.

La muchacha asintió rápidamente:

—¡Oh, es natural!

Roddy añadió, con repentina ansiedad:

—No es que yo sea un mercenario; pero tú sabes que tía Laura ha dicho innumerables veces que tú y yo somos sus únicos familiares. Tú eres su sobrina carnal, la hija de su hermano, y yo soy sobrino de su esposo. Siempre nos ha dado a entender que, a su fallecimiento, todo lo que tiene iría a parar a uno de nosotros o a los dos a la vez. Y es una herencia que vale la pena, Elinor.

—Sí —respondió Elinor pensativamente—; debe de tener bastante dinero.

—El sostenimiento de Hunterbury, por ejemplo, no es ninguna bicoca… El tío Henry estaba casi arruinado cuando tropezó con tía Laura. Pero ella estaba a punto de heredar. Ella y tu padre

recibieron una fortuna importante a la muerte de sus viejos. ¡Lástima que tu padre se dedicara a especular y perder casi todo lo que le correspondió!

Elinor suspiró:

—El pobre papá no era un águila para los negocios. Dejó sus asuntos bastante enredados cuando murió.

—Sí, tía Laura tenía más cabeza que tu padre. Cuando se casó con tío Henry compró Hunterbury y, no hace mucho, me dijo que ha tenido siempre mucha suerte en las inversiones de dinero que ha hecho. Prácticamente, no ha fracasado jamás.

—El tío Henry le dejó, al morir, todo lo que tenía, ¿verdad?

Roddy asintió:

—Sí. Fue una tragedia que muriera tan pronto. Y ella no ha querido volver a casarse. Ha sido fiel como un mastín. Y excesivamente buena para nosotros. Siempre me ha tratado como si hubiera sido su sobrino carnal. Me ha ayudado cada vez que me he encontrado en un apuro. Felizmente, estas situaciones no han sido muy frecuentes.

—Para mí también ha sido muy generosa —dijo Elinor, reconocida.

Roddy asintió:

—Tía Laura es la simpatía personificada. ¿Sabes, Elinor, que vivimos con bastante extravagancia, teniendo en cuenta cuáles son nuestros bienes de fortuna?

Ella respondió tristemente:

—Creo que tienes razón. ¡Todo esto cuesta tan caro!… Los vestidos…, el peinado, el maquillaje… y todas las tonterías, como el cine, los combinados… y los discos de gramófono.

Roddy repuso:

—Querida, eres como las lilas del campo. Ni trabajas ni te mueves.

Elinor dijo, mirándole de reojo:

—¿Crees que debería hacerlo?

Él movió la cabeza.

—Me gustas tal como eres: delicada, inaccesible e irónica. Me fastidiaría verte formal. Quiero decir que si no hubiese sido por tía Laura, ahora estarías empleada en alguna oficina lóbrega o en

cualquier taller desapacible —se interrumpió y prosiguió inmediatamente—: Lo mismo que yo. Tengo un empleo de suerte. En casa de Lewis y Hume no se trabaja demasiado y me va perfectamente. Con mi empleo pongo a salvo mi honorabilidad; pero ten en cuenta que si no me preocupo por el futuro, se debe a que tengo mis esperanzas puestas en tía Laura.

Elinor aseguró:

—¡Somos verdaderas sanguijuelas humanas!

—¡No digas tonterías! Nos han dado a entender que algún día seremos ricos y, naturalmente, eso influye en nuestros actos y en nuestra conducta.

Elinor dijo pensativamente:

—La tía Laura no nos ha dicho jamás la forma en que dejará su fortuna.

Roddy replicó:

—¡No importa! Con toda seguridad la dividirá entre nosotros; pero si no fuese así, si te la cediera toda a ti, por ser tú su sobrina carnal, yo participaría de todas formas, porque pienso casarme contigo. Naturalmente, en el caso en que nuestra querida viejecita quisiera dejarme a mí todo lo que posee, basándose en que yo soy el único representante varón de los Welman…, pues repartiríamos también, porque tú te casarás conmigo. ¡Qué suerte que nos hayamos enamorado el uno del otro!… Porque tú me quieres, ¿verdad, Elinor?

Ella respondió con frialdad, casi forzadamente:

—Sí.

—Sí —repitió Roddy, imitándola—. Eres adorable, Elinor. Te pareces a la *Princesse Lontaine*…, tan seria, tan fría… Eso es precisamente lo que me hace amarte tanto.

Elinor contuvo el aliento al decir con indiferencia:

—¿Sí?

—Sí —replicó Roddy, frunciendo el entrecejo—. Algunas mujeres son tan dominantes…, no sé cómo explicártelo…, tan poco dueñas de sí mismas, que dejan traslucir continuamente sus sentimientos. ¡No podría resistir eso! Sin embargo, tú eres una esfinge… Nadie podría adivinar qué es lo que piensas, ni si sufres o gozas… Eres una obra de arte, querida… ¡Eres perfecta! —hizo una

pausa y continuó—: Haremos un matrimonio modelo… Nos queremos bastante, sin exageraciones. Somos excelentes amigos. Tenemos muchos gustos comunes. Poseemos todas las ventajas del parentesco, sin las desventajas de la identidad de sangre. Nos conocemos perfectamente. Jamás podré cansarme de ti, ya que eres huraña y poco comunicativa. Tú, empero, sí es probable que llegues a cansarte de mí. ¡Soy un hombre tan vulgar!…

Elinor denegó con la cabeza.

—Nunca me cansaré de ti, Roddy… Jamás.

—¡Amor mío! Creo que tía Laura sabe ya lo que hay entre nosotros, aunque hace una enormidad de tiempo que no hemos estado allí. Esto nos da una excelente excusa para ir a verla. ¿Qué te parece?

Elinor asintió:

—Sí. Yo estaba pensando el otro día…

Roddy terminó la frase por ella:

—…que no hemos ido a verla con la frecuencia necesaria. También lo he pensado yo. Cuando sufrió su primer ataque íbamos casi todos los fines de semana. Y ahora hace ya casi dos meses que no aparecemos por allí.

Elinor dijo:

—Hubiéramos ido si hubiera preguntado por nosotros… alguna vez.

—Sí, claro. Nosotros sabemos que está muy contenta con la enfermera O'Brien, que la cuida muy bien. Por otra parte, tal vez hayamos sido un poco confiados. No me refiero al dinero…, sino a los sentimientos humanos.

Elinor asintió.

—Comprendo.

—Pues bien —continuó el joven—: esa sucia carta nos va a hacer un bien, después de todo. Iremos a defender nuestros intereses y a demostrar a tía Laura que la queremos de verdad.

Encendió una cerilla y prendió fuego a la carta que cogió de la mano de Elinor.

—¿Quién diablos puede haber escrito esto? —exclamó—. No es que me preocupe… Alguien que está de nuestra parte, como decíamos cuando éramos chiquillos. Tal vez quieren jugarnos una

trastada. ¿Recuerdas a la madre de Jim Partington?… Se fue a vivir a la Riviera. Allí la asistió un médico italiano, y ella se enamoró de él tan furiosamente que le dejó hasta el último céntimo. Jim y sus hermanas han intentado anular el testamento, pero ha sido imposible.

Elinor aseguró:

—A tía Laura le gusta el doctor que la cuida por recomendación del doctor Ransone, pero no hasta ese extremo. Además, lo que se menciona en esa insidiosa carta es una muchacha… Debe de ser Mary.

Roddy se levantó.

—Eso lo veremos por nuestros propios ojos.

* * *

La enfermera O'Brien salió del dormitorio de mistress Welman y entró en el cuarto de baño. Por encima del hombro, dijo:

—Voy a calentar agua. Tomará una taza de té antes de nada, ¿verdad, colega?

La enfermera Hopkins dijo sosegadamente:

—Magnífico, querida. Una taza de té viene bien a cualquier hora. Siempre he dicho que no hay nada como una taza de té bien cargadito.

La enfermera O'Brien susurró, mientras llenaba la tetera y encendía el gas:

—Aquí lo tengo todo dispuesto en este armarito… El bote de té, tazas y azúcar… Edna me trae leche fresca dos veces al día… Así no tengo necesidad de estar tocando timbres continuamente… Este aparato de gas es estupendo. Hace hervir el agua en un segundo.

La enfermera O'Brien era una mujer de treinta años, con cabellos rojos, dientes de deslumbradora blancura, cara pecosa, sonrisa atractiva y la estatura de un ganadero. Su vitalidad y simpatía la convertían en la favorita de los enfermos que asistía. Miss Hopkins, la enfermera del distrito, que venía todas las mañanas a ayudar a hacer la cama y la *toilette* de la enfermera, era una mujer de edad mediana, facciones ordinarias y extraordinariamente vivaracha.

Dijo, con gesto aprobatorio:

—Todo se hace bien en esta casa.

La otra asintió:

—Sí. Es algo antigua, sin calefacción central, pero hay chimeneas en casi todas las habitaciones, y las doncellas son amabilísimas. Mistress Bishop es una inmejorable ama de llaves.

La enfermera Hopkins repuso:

—Estas muchachas modernas… No las puedo soportar… Hay muchas que no sé qué es lo que quieren o qué se creen… Casi ninguna conoce sus obligaciones.

—Mary Gerrard es una muchacha encantadora —aseguró la enfermera O'Brien—. Creo que mistress Welman no podría pasar sin ella. ¿Ha visto usted cómo ha preguntado por ella? Tengo la seguridad de que a esta chica no le faltará nada mientras la señora viva y aun si muriese…

La enfermera Hopkins intervino:

—Me da lástima Mary. Su padre no la quiere en absoluto.

—Es incapaz de decirle una palabra amable ese viejo cicatero —dijo la enfermera O'Brien—. ¡Mire, ya pita la tetera! Voy a echar el té tan pronto como empiece a hervir.

Hecha la infusión, las dos enfermeras se sentaron en la habitación de la O'Brien, junto al dormitorio de mistress Welman.

—Míster Welman y miss Carlisle no tardarán en llegar —aseguró la enfermera O'Brien—. Hemos recibido un telegrama suyo esta mañana.

—¡Ah, sí! —exclamó su colega—. Ahora me explico por qué estaba tan excitada la enferma. Debe de hacer mucho tiempo que no han estado por aquí.

—Más de dos meses. Míster Welman es un caballero arrogantísimo, pero parece muy orgulloso y algo retraído.

La enfermera Hopkins dijo:

—Vi la fotografía de ella el otro día en el *Tatles*. Estaba acompañada de un amigo… La foto estaba tomada en Newmarket.

—Es conocidísima entre la alta sociedad. ¡Y lleva siempre unos vestidos tan preciosos! ¿No cree usted que es maravillosa?

—Es difícil saber cómo son estas muchachas debajo de su maquillaje. A mi juicio, Mary Gerrard vale mucho más que ella.

La enfermera O'Brien se humedeció los labios e inclinó la leonina cabeza.

—Tal vez tenga usted razón —dijo, y luego añadió con aire triunfal—: Pero Mary carece de estilo.

—Las buenas plumas hacen hermosos pájaros —replicó la otra sentenciosamente.

—¿Quiere otra taza de té, colega?

—Gracias, acepto.

Las dos mujeres se inclinaron sobre sus tazas humeantes.

La enfermera O'Brien rompió el corto silencio:

—Anoche ocurrió una cosa muy extraña —dijo en voz baja—. A las dos de la mañana entré para poner cómoda a nuestra querida enferma, como es mi costumbre, y la encontré despierta. Debía de estar soñando, porque cuando llegué decía: «La fotografía… ¡Quiero la fotografía!».

—¿Qué fotografía era?

—Ahora verá… Yo le dije: «Sí, mistress Welman. ¿No podría usted esperar a mañana?». Y ella me contestó: «No, ¡quiero verla ahora mismo!». «¿Dónde está la fotografía? —le pregunté—. ¿Es la de míster Roderick la que usted quiere ver?». Y ella me respondió: «¿Ro-de-rick?… No… ¡La de Lewis!». Empezó a forcejear para incorporarse; yo la ayudé, y ella sacó de la cajita que hay al lado de su cama un manojo de llaves y me pidió que abriese el segundo cajón de la cómoda, y allí encontré una fotografía con marco de plata, de gran tamaño. ¡Qué hombre más guapo el de la foto! En una esquina del retrato leí su nombre: «Lewis». Muy antiguo, desde luego. La fotografía debió de ser hecha hace muchos años. Se la llevé y ella permaneció largo rato contemplándola y murmurando: «¡Lewis…, Lewis!». Luego suspiró profundamente y, devolviéndomela, me rogó que la guardase donde estaba. ¿Y… querrá creerme si le digo que cuando regresé a su lado dormía tan dulcemente como un niño?

La enfermera Hopkins preguntó:

—¿Cree usted que era su marido?

—¡No! Esta mañana ha preguntado a mistress Bishop cómo se llamaba míster Welman y me ha dicho que… ¡Henry!

Las dos mujeres quedaron mirándose extrañadas. El extremo de

la desarrollada nariz de la enfermera Hopkins se estremeció con una conmoción de alegría. Dijo, pensativamente:

—¡Lewis…, Lewis! No he oído pronunciar ese nombre por estos alrededores.

—¡Debe de hacer muchos años de eso! —le recordó la enfermera O'Brien.

—Sí, desde luego. Y yo no llevo aquí más que dos años. Sin embargo, me pregunto…

La O'Brien exclamó, interrumpiendo a su compañera:

—¡Era un hombre extraordinariamente guapo! ¡Apostaría a que era oficial de caballería!

La enfermera Hopkins tomó un sorbo de té y dijo:

—¡Es muy interesante!

Su compañera exclamó, en un arrobo de romanticismo:

—Tal vez se amaban cuando eran niños y un padre cruel los separó…

La enfermera Hopkins completó el pensamiento de su colega, diciendo con un suspiro profundísimo:

—Es probable que luego lo mataran en la guerra.

* * *

Cuando la enfermera Hopkins, agradablemente estimulada por el té y las meditaciones románticas, salió de la suntuosa residencia, Mary Gerrard corrió tras ella hasta llegar a su lado.

—¿Me permite que vaya hasta el pueblo con usted?

—Naturalmente, Mary querida.

Mary Gerrard dijo casi sin aliento:

—Tengo que hablarle. ¡Estoy tan preocupada!

La vieja enfermera la miró cariñosamente.

A los veintiún años, Mary Gerrard era una criatura encantadora, con la irrealidad de la rosa silvestre flotando a su alrededor como una aureola; poseía un cuello largo, como de cisne, y nacarado; sus cabellos, de color de oro, enmarcaban su cabeza exquisitamente modelada, cayendo en bucles que reflejaban la luz del sol. Sus ojos, de un color azul oscuro, chispeaban inteligentes.

La enfermera Hopkins preguntó:

—¿Qué pasa, querida?

—Pues me pasa que va transcurriendo el tiempo y no hago nada.

—¿Cree que no tendrá tiempo para *hacer algo*?

—Bien, pero no voy a estar siempre así. Mistress Welman es demasiado bondadosa. Mi permanencia en el colegio y en el extranjero debe de haberle ocasionado gastos enormes. Ahora quisiera empezar a ganarme mi pan. Quiero aprender algo de provecho.

La enfermera movió la cabeza asintiendo.

—Estoy malgastando mi tiempo y mi juventud. He intentado explicar mis intenciones a mistress Welman, pero no quiere comprenderme. Dice, como usted, que ya tendré tiempo sobrado.

—Tenga en cuenta que está enferma.

Mary se ruborizó, contristada.

—Sí, y supongo que no debo contrariarla en nada. Pero es fastidiosa esta situación, ¡y papá es tan brutal a veces! Siempre está burlándose de mí por ser una *señorita holgazana*. No puedo continuar así.

—Ya lo veo.

—Lo malo es que el aprendizaje de un oficio siempre exige un gasto que yo no puedo hacer. Conozco el alemán bastante bien y tal vez me sirva para algo. Pero mi idea es hacerme enfermera en un hospital. Me gusta cuidar a los enfermos.

La enfermera replicó con terrible crudeza:

—Tenga en cuenta que para eso hace falta un estómago de camello.

—No me importa. Yo soy fuerte. Y tengo aptitudes para enfermera. La hermana de mi madre, que vive en Nueva Zelanda, es enfermera. Como usted ve, lo llevo en la sangre.

—¿Por qué no aprende a dar masajes? —sugirió la enfermera Hopkins—. A usted le gustan los niños. Con el masaje podría ganar mucho dinero.

Mary contestó, titubeando:

—Debe de ser muy caro aprender, ¿verdad? Yo esperaba…, pero temo abusar de ella… Ya ha hecho bastante por mí.

—¿Se refiere a mistress Welman? No diga tonterías. Tengo la

convicción de que ella no hará más que cumplir con su deber. Le ha dado una educación superficial…, ya que no la ha puesto en condiciones de ganarse la vida por sí sola. ¿Por qué no se dedica a dar clases?

—No me creo lo suficientemente capacitada.

—¡Lo que le pasa a usted es que es excesivamente tímida! Siga usted mi consejo, Mary. Tenga paciencia, que, como le he dicho, mistress Welman está obligada a proporcionarle los medios de ganarse su subsistencia honradamente. Tengo la seguridad de que ella tiene esa intención. Se ha encariñado tanto con usted que, por ahora, no le permitiría, en modo alguno, que se marchara de su lado.

—¿Lo cree usted de veras? —preguntó Mary, tartamudeando de emoción.

—No tengo la menor duda de ello. La pobre señora se encuentra incapaz de hacer el más leve movimiento, con todo un lado paralizado…, y está desesperada cuando no tiene a nadie que la distraiga. Con usted posee una compañera ideal, que no podría pagar con todo el dinero que tiene.

Mary murmuró en voz baja:

—Si piensa usted de veras lo que dice…, me tranquiliza… ¡Quiero tanto a mistress Welman!… ¡Ha sido siempre tan buena para mí! ¡Sería capaz de cualquier cosa por ella!

La enfermera Hopkins repuso secamente:

—Entonces, lo mejor que puede hacer es permanecer igual que está y no preocuparse… ¡No estará así mucho tiempo!…

Mary se sobresaltó:

—¿Quiere usted decir…?

—Ahora se encuentra muy repuesta…, pero no durará mucho esa mejoría. No tardará en tener un segundo ataque y luego un tercero… Lo sé por experiencia. Tenga paciencia, hija mía; procure endulzar los últimos días de la anciana enferma, y ésa será la mejor acción que habrá hecho usted en toda su vida. Luego podrá dedicarse a buscar un empleo adecuado a sus conocimientos.

—Es usted muy amable —dijo Mary.

—¡Mire! —exclamó la enfermera Hopkins—. Ahora sale su padre del pabellón y no parece que piense pasar el día agradablemente,

por lo que veo.

Las dos mujeres se hallaban ahora junto a las grandes puertas de hierro. Por la escalera del pabellón apareció un anciano, encorvado, que descendió fatigosamente los escalones.

La enfermera Hopkins le saludó, jovial:

—¡Buenos días, míster Gerrard!

Efraim Gerrard respondió con enojo:

—¡Bah!

—¡Hace buen tiempo! —se atrevió a decir la enfermera.

—¡Para usted, tal vez; pero no para mí! El lumbago me está martirizando cruelmente.

—Eso es consecuencia de la humedad de la semana pasada. Con el tiempo seco que disfrutamos ahora, mejorará mucho.

El aire doctoral de la mujer encolerizó al anciano. Gruñó:

—¡Oh, enfermeras, enfermeras!… ¡Sois todas lo mismo!… ¡Con qué amabilidad hipócrita tratáis a los que sufrimos…, y qué poco os importamos! Mire a Mary. Yo creí que aspiraría a algo mejor que a ser enfermera, con todos esos conocimientos que ha adquirido: alemán, francés, piano… y esos modales de gran señora que ha traído del extranjero…

Mary repuso, disgustada:

—¡Qué más quisiera yo que ser enfermera de un hospital!

—Sí… ¡Qué bien ibas a estar!… ¡A ti lo que te gusta es no hacer nada…, nada de provecho! Te conozco sobradamente.

Mary protestó, con los ojos cuajados de lágrimas:

—¡Eso no es verdad, papá! ¡No tienes motivos para hablar así!

La enfermera Hopkins intervino para poner fin a la disputa:

—Está usted bajo la influencia del tiempo, míster Gerrard. Tengo la seguridad de que no piensa usted lo que dice. Mary es una chica excelente y una buena hija para usted.

—No es mi hija… ya…, con ese acento francés o alemán y ese aire de emperatriz… ¡Puaf!

Miró a su hija con malevolencia, volvió la espalda y regresó al pabellón.

Mary exclamó, sollozando:

—¿Ve usted, enfermera?… No razona en absoluto… No me ha querido nunca. Mi pobre madre tenía que defenderme siempre de

él…

—No se preocupe —dijo la enfermera amablemente—. Esos sufrimientos nos los envía Dios para probarnos. Bueno, me marcho, pues tengo mucho que hacer todavía. ¡Hasta mañana!

Y mientras observaba a la animada figura que se alejaba, Mary Gerrard pensaba, desesperadamente, que nadie era, en realidad, bueno o capaz de ayudarla con lealtad. La enfermera Hopkins, a pesar de su amabilidad, gozaba con exponer un pequeño *stock* de vulgaridades y ofrecerlo con aires de novedad.

Mary pensaba, desconsolada: «¿Qué haré?».

Capítulo II

MARY GERRARD

Mistress Welman yacía apoyada en sus bien mullidas almohadas. Respiraba con cierta dificultad, pero no estaba dormida. Sus ojos, profundos y azules como los de su sobrina Elinor, miraban con fijeza al techo de la habitación. Era una señora gruesa y anciana, con un perfil de halcón, aunque agradable. En su rostro se leían el orgullo y la determinación. Bajó la vista y la dirigió hacia la figura que había junto al balcón. Pareció complacerse en la contemplación de aquélla. Finalmente dijo:

—¡Mary!

La muchacha se volvió con presteza.

—¿Está usted despierta, mistress Welman?

La anciana respondió, sonriendo:

—Naturalmente… No he dormido en absoluto…

—¡Oh!… Créame que no lo sabía… Yo creía que…

Mistress Welman le interrumpió:

—No te disculpes, tontina… Estaba pensando…, pensando muchas cosas…

—¿Sí, mistress Welman?

La mirada de simpatía y el interés que demostraba la voz de la muchacha hicieron que se suavizara, hasta adquirir una expresión de ternura, la dureza del rostro de la enferma. Dijo suavemente:

—Te quiero mucho, hijita. Eres muy buena para mí.

—¡Oh, mistress Welman!… ¡Usted sí que ha sido buena para mí! Si no hubiese sido por usted, no sé lo que habría hecho. Usted ha hecho *todo* por mí.

—No sé… No sé… —dijo la enferma, y agitó nerviosamente su

brazo derecho. El izquierdo reposaba sobre el lecho, inerte, sin vida —. He querido obrar lo mejor que he podido contigo… Pero… ¡es tan fácil saber qué es lo mejor… y lo más conveniente!… Siempre he confiado demasiado en mí misma…

Mary Gerrard repuso afectuosamente:

—Usted sabe siempre qué es lo justo y lo conveniente.

Laura Welman movió su alba cabeza.

—No…, no. Estoy muy preocupada… Todos tenemos nuestros defectos… Yo soy muy orgullosa… Y el orgullo es un pecado gravísimo. Mi sobrina Elinor es muy orgullosa también… ¡Ah, niña mía, el orgullo es a veces la ruina de las familias!

Mary se apresuró a decir:

—¡Qué contenta se pondrá usted cuando vengan miss Elinor y míster Roderick!… Su presencia la animará mucho… Ya hace bastante tiempo que no han estado aquí…

—Sí… Son buenos muchachos…, muy buenos muchachos. Y me quieren los dos. Sé que no tengo más que llamarlos para que vengan inmediatamente; pero no quiero hacerlo demasiado a menudo. Son jóvenes y felices…, tienen el mundo ante ellos. ¡Para qué hacerlos venir junto al dolor y a la vejez sin necesidad!…

—Estoy segura de que ellos *nunca* pensarán así —dijo Mary.

Mistress Welman prosiguió hablando para sí misma más bien que para la muchacha:

—Siempre he tenido la esperanza de que se unieran en matrimonio, pero nunca he querido hacerles la menor sugerencia. ¡Los jóvenes son tan aficionados a llevarnos la contraria a los viejos! Se me ocurrió esa idea cuando aún eran niños… Creo que Elinor estaba enamorada de Roddy, pero no estaba muy segura de los sentimientos de él. Es una criatura extraña, ¿verdad?… Henry era como él…, reservado y fastidioso —permaneció silenciosa unos minutos, pensando en su marido. Murmuró—: ¡Hace ya tanto tiempo…, tanto tiempo!… Apenas hacía cinco años que estábamos casados, cuando vino aquella enfermedad: una pulmonía doble… Éramos felices… Sí, muy felices. Parecía *irreal* tanta felicidad… Yo era una muchacha rara, solemne, rudimentaria… Mi cabeza estaba llena de ideales y adoración hacia el héroe. Completamente *irreal*.

Mary murmuró, enternecida:

—Debió usted de sentirse muy sola… después.

—¿Después?… ¡Oh, sí…, terriblemente sola!… Tenía veintiséis años, y ahora he pasado de los sesenta… Un tiempo muy largo, querida, muy largo…, muy largo. Y ahora, esto…

—¿Su enfermedad?

—Sí. La parálisis es lo que más he temido en toda mi vida. ¡Es *indigno*! ¡Tener que resignarme a que me laven, me peinen y me cuiden como si fuera un *bebé*!… Incapaz de hacer nada con mis propias manos… Me enloquece… Esa O'Brien es una criatura excepcional, con una paciencia de elefante, cariñosa; y no es más idiota, pero menos tampoco, que sus otras colegas… ¡Y, sin embargo, Mary, qué diferencia hay de ella a ti!… ¡No puede compararse contigo, querida!

—¿De veras? —preguntó la muchacha, que enrojeció hasta las sienes—. Me…, me… alegro mucho de que piense usted así de mí, mistress Welman.

—Has estado preocupada estos días, no me lo niegues… Preocupada por tu porvenir… No seas tonta… Déjalo de mi cuenta… Te prometo que te emanciparás… Pero ten un poquito de paciencia… Me haces mucha falta ahora.

—¡Oh, mistress Welman!… ¡Claro que no…, claro que no la dejaré a usted por nada del mundo…! ¡Y ahora que sé que la hago falta…!

—Sí, hija mía; me haces mucha falta…, mucha —advertíase una emoción inusitada en el acento de la anciana—. Eres… casi una… hija para mí, Mary. Te vi nacer… casi…, y luego te he visto crecer…, crecer hasta convertirte en la encantadora muchacha que eres ahora… Estoy orgullosa de ti, chiquilla… Dios quiera que lo que he hecho por ti haya sido lo mejor.

Mary dijo rápidamente:

—Si se refiere usted a lo buena que ha sido para mí y a la educación que me ha dado tan por encima de mi…, de mi situación social…; si usted cree que estoy disgustada por lo que mi padre llama ideas de señorita holgazana, se equivoca. Si ardo en deseos de ganar para vivir, es una forma de demostrarle mi agradecimiento, porque me da… rabia ver que no hago nada por mí misma, después de todo lo que usted se ha esforzado por convertirme en una mujer

educada. Sobre todo, me atormenta la idea de que alguien pueda pensar que yo… me estoy… aprovechando de usted.

Laura Welman exclamó, con el aire de una leona en celo:

—¿Es eso lo que ha estado metiéndote Gerrard en la cabeza? ¡No le hagas caso a tu padre, Mary! ¡Nadie se atreverá jamás a pensar eso de ti! Te ruego que te quedes a mi lado… Por lo menos hasta que yo muera… No tendrás que esperar mucho…

—¡Oh, no diga eso, mistress Welman! El doctor Lord asegura que vivirá usted todavía mucho tiempo.

—No es ese mi deseo, querida. El otro día le dije que lo único que espero de él es que procure aliviar mis últimos momentos con una droga que me permita morir sin dolor.

Mary gritó, aterrada:

—¿Y qué dijo él?

—El impertinente sabelotodo me respondió que no quería arriesgarse a que le ahorcaran. Y luego añadió: «Si usted me dejara todo su dinero, sería diferente». ¡Valiente sinvergüenza! Sin embargo, me gusta. Sus visitas me alivian más que sus medicinas.

—Sí… Es muy simpático. La enfermera O'Brien piensa muy bien de él, y la Hopkins, también.

—Esa Hopkins debiera tener más juicio del que tiene para su edad. En cuanto a la O'Brien, no hace más que exclamar: «¡Oh, doctor!», y abre la boca todo lo que puede cuando se le acerca.

—¡Pobre enfermera O'Brien!

—No es mala, pero me aburre. Cree que me hace falta tomar una *buena* taza de té todas las mañanas, a las cinco, y no me deja descansar… —dijo, e hizo una pausa—. ¿Qué es eso?… ¿Es el coche?

Mary se asomó a la ventana.

—Sí, señora. Es el coche. Miss Elinor y míster Roderick acaban de llegar.

* * *

Mistress Welman le dijo a su sobrina:

—Me alegro mucho por ti y por Roderick.

Elinor le sonrió.

—Ya lo suponía, tía Laura.

La anciana continuó, después de vacilar un momento:

—¿Le quieres, Elinor?

—Naturalmente —contestó Elinor, y sus cejas formaron un arco de perplejidad.

—Perdóname, querida. Eres muy reservada. Es difícil saber qué es lo que piensas y lo que sientes. Cuando erais mucho más jóvenes llegué a creer que te interesabas por Roddy… demasiado.

—¿Demasiado?

—Sí. Y no es prudente interesarse demasiado por un hombre. Me alegré cuando te marchaste a Alemania. Cuando regresaste parecías indiferente hacia él… y me dio pena. Soy una mujer difícil de contentar. Estoy convencida de que posees una naturaleza… *intensa*…, esa especie de temperamento propio de nuestra familia. Eso no hace feliz a quien lo posee… Como te he dicho, cuando regresaste de Alemania y observé que Roddy te parecía indiferente, me entristecí… Tenía la esperanza de que os unierais… Ahora veo que estáis a punto de hacerlo y estoy contenta… ¿Le quieres de verdad?

—Le quiero bastante, pero no demasiado.

—Entonces seréis felices. Roddy necesita cariño, pero no le gustan las emociones violentas. Le fastidian los arrebatos de ternura.

—Veo que conoces a Roddy muy bien, tía.

La anciana repuso:

—Si Roddy te quiere un poquitín más que tú a él, lo pasaréis perfectamente.

La muchacha exclamó con acento indefinible:

—¡Máximas de tía Laura! «¡No permitas jamás a tu amigo que se asegure lo que piensas de él! ¡Déjale que adivine lo que quiera!».

Laura Welman replicó:

—A ti te ocurre algo, muchacha. ¿Habéis tenido algún disgusto?

—No, tía; no pasa nada.

—Se me acaba de ocurrir que estás… ¿desilusionada? Querida, eres joven y sensible. La vida no tiene nada de agradable.

Elinor respondió, con algo de amargura en la voz:

—Así parece.

Laura Welman dijo:

—Querida…, ¿no eres feliz? ¿Qué te pasa?

—Nada, absolutamente nada.

Elinor se levantó y se aproximó a la ventana. Volviéndose a medias, preguntó:

—Dime la verdad, tía Laura… ¿Tú crees que el amor nos puede hacer felices?

Mistress Welman respondió gravemente:

—En la forma en que tú lo consideras, Elinor, no… probablemente, no… Amar apasionadamente a un hombre produce siempre más tristezas que alegrías… Pero, de todas formas, querida, debe de ser triste no haber experimentado nunca… ese sentimiento… Quien no ha amado nunca de veras no puede decir que ha vivido realmente…

La muchacha asintió con un movimiento de cabeza. Dijo pensativamente:

—Sí, sí; tienes razón… Yo… también… —y volvióse repentinamente, con una expresión interrogante en sus ojos azules —: Tía Laura…

La puerta se abrió y la pelirroja O'Brien hizo su aparición.

—Mistress Welman —dijo alegremente—, el doctor Lord acaba de llegar.

* * *

El doctor Lord era un hombre de treinta y dos años de edad, cabellos ondulados, un rostro simpático y agradable, aunque feo y pecoso, y una mandíbula notablemente cuadrada. Sus ojos eran vivos y penetrantes, de color azul claro.

—¡Buenos días, mistress Welman! —dijo al entrar.

—¡Buenos días, doctor Lord! Ésta es mi sobrina, miss Carlisle.

Una expresión de inmensa admiración apareció en el rostro transparente del doctor. Se inclinó ligeramente y dijo:

—¿Cómo está usted?

Y tomó con infinito cuidado la mano que le extendía Elinor,

como si temiera romperla.

Mistress Welman prosiguió:

—Elinor y mi sobrino han venido para darme ánimos.

—¡Espléndido! —exclamó sinceramente el doctor—. Esto es precisamente lo que usted necesitaba.

Continuaba mirando a Elinor, entusiasmado.

Elinor dijo, aproximándose a la puerta:

—¿Le veré antes de marcharse, doctor Lord?

—¡Oh…, sí…, sí…, claro!

La muchacha salió y cerró la puerta. El doctor se acercó al lecho de la enferma. La enfermera O'Brien le acompañaba.

Mistress Welman dijo, haciendo un guiño:

—¿Va a empezar ya con todos los timos de su profesión, doctor?… Pulso, respiración, temperatura… ¡Qué charlatanes son ustedes!

La enfermera O'Brien dijo, suspirando:

—¡Oh, mistress Welman…, qué cosas le dice usted al doctor!

El doctor Lord le guiñó un ojo:

—Mistress Welman lee en mi corazón como en un libro abierto… De todas formas, mi buena señora, no tengo más remedio que seguir con mi rutina. Lo malo en mí es que nunca seré correcto a la cabecera de un lecho.

—Usted es perfectamente correcto. Y sé que, en realidad, está usted orgulloso de su comportamiento.

Peter Lord chascó la lengua y observó:

—¡Eso es lo que usted dice!

Después de unos minutos de silencio, que el doctor empleó en auscultar detenidamente a la enferma, Lord se sentó en un sillón, junto a la cama, y exclamó, sonriendo:

—¡Está usted estupenda!

Laura Welman inquirió:

—¿Cree usted que podré levantarme dentro de unas cuantas semanas?

—Tan pronto, no.

—¿No, charlatán?… ¿Usted cree que vale la pena vivir así, tratada como un niño?

—¿Qué es lo que vale de la vida?… ¿No ha oído o leído nunca

sobre aquella invención medieval que se llama «sin reposo»? No se podía estar de pie, ni sentado, ni acostado en aquella jaula. Usted creería que el condenado a aquel tormento moriría en pocas semanas. Pues se equivoca. Un hombre vivió dieciséis años en una de esas jaulas; le soltaron y llegó a una edad avanzada.

—¿Y a qué viene esa historia, charlatán?

—Pues a que lo que salvó a aquel hombre fue el *instinto* de vivir… Se muere porque ya no se tiene voluntad para vivir… He observado otra cosa curiosa… Los que están siempre diciendo que «valdría más morirse», son los que menos dispuestos están a hacerlo. Sin embargo, aquellos que lo tienen todo, rodeados de todas las comodidades, son los que más a menudo se dejan abatir y mueren lentamente porque no tienen suficiente energía para vivir.

—Continúe… Es interesantísimo.

—Ya he terminado. Usted es de las personas que *quieren vivir*…, diga usted lo que quiera… Y si su cuerpo quiere vivir, vivirá usted, aunque torture su pobre cerebro.

Mistress Welman cambió de tópico, preguntando de sopetón:

—¿Qué le parece su trabajo?

Peter Lord dijo, sonriendo:

—A mí me va muy bien.

—¿No es algo aburrido para un hombre joven como usted? ¿Por qué no se especializa en algo?

Lord agitó la cabeza de ondulados cabellos.

—No… Me gusta mi profesión. Prefiero la medicina general. No me agradaría tratar con los extraños bacilos de raras enfermedades. Me encantan el sarampión, las viruelas locas y todo eso. Resulta interesantísimo observar cuan diferentemente reaccionan las naturalezas a estas enfermedades. Ver la mejoría que producen los tratamientos plenamente comprobados. Lo malo es que carezco de ambición. Permaneceré aquí hasta que posea unas patillas que me lleguen a las solapas. Entonces dirán todos los del pueblo: «Siempre nos ha asistido el doctor Lord, que es un individuo que sabe su oficio… Pero ya está algo anticuado. Llamaremos para este caso al joven doctor Fulano de Tal, que está de moda…». Entonces, mistress Welman…

—¡Hum! —gruñó la enferma—. Piensa usted en todo.

Peter Lord se levantó.

—Bien… Me marcho.

—Creo que mi sobrina quiere hablarle. ¿Qué piensa usted de ella? No se conocían, ¿verdad?

El rostro de Lord adquirió un tinte escarlata. Enrojeció hasta los párpados.

—¡Oh, es… en… cantadora!… Y parece muy inteligente y…

Mistress Welman parecía divertidísima. Pensó para sí: «¡Qué joven es en realidad!».

Luego, en voz alta:

—Usted debería casarse.

* * *

Roddy erraba por el jardín. Después de haber cruzado el césped y seguir una pista pavimentada, llegó al huerto vallado. Había gran cantidad de hortalizas y legumbres. Se preguntó si él y Elinor llegarían a vivir algún día en Hunterbury. A él le gustaba la vida campestre, pero tenía sus dudas respecto a Elinor… Tal vez ella prefiriera vivir en Londres…

Era difícil conocer a fondo a Elinor. No manifestaba claramente lo que pensaba o sentía de las cosas. A él le gustaba esta condición de su novia. Odiaba a las personas que le confían a uno sus pensamientos y sus sentimientos, que le permiten a uno ahondar en un mecanismo interno. La reserva es siempre más interesante.

Pensaba juiciosamente que Elinor era casi perfecta. Nada de ella molestaba ni ofendía. Era deliciosa a la vista, de agradable conversación… siempre la más encantadora de las compañeras.

Pensaba de sí mismo con satisfacción: «Soy el más afortunado de los mortales por tenerla. No puedo pensar qué es lo que ella ha visto en un muchacho vulgar como yo».

Porque Roderick Welman, a pesar de su melindrería, no era presuntuoso. Honradamente, le extrañaba que Elinor hubiera consentido en casarse con él.

La vida se presentaba para él bastante agradable. Uno sabe muy bien hacia dónde camina. Eso es siempre una ventaja. Suponía que

Elinor y él se casarían muy pronto…; es decir, si Elinor lo quería así. Tal vez quisiera retrasarlo un poco. Él no debía meterla prisa. Al principio, estarían un poco apretados de dinero. Pero no había que preocuparse por eso. Él esperaba sinceramente que tía Laura muriese pronto. Ella le quería mucho y siempre había sido muy amable para con él cuando venía a pasar con ella las vacaciones, interesándose continuamente por lo que hacía.

Su pensamiento se desviaba de la idea de la muerte de su tía (su pensamiento, por lo corriente, se desviaba de toda cuestión desagradable). No le placía visualizar nada que fuera demasiado claramente desagradable. Pero…, en fin, después de todo…, sería estupendo vivir aquí, sobre todo teniendo el bolsillo lleno de dinero. Le gustaría saber exactamente cuánto le dejaría su tía. ¡Claro que, en realidad, eso no tenía importancia! Con ciertas mujeres sí importa mucho que el marido o la mujer sean los dueños del dinero. Pero con Elinor, no. Tenía un gran tacto y procuraría emplearlo bien en la cuestión monetaria.

Pensaba: «No, no pasará nada…, ¡aunque se lo deje todo a ella!».

Salió de la huerta por la verja de atrás. Desde allí se podía contemplar el bosquecillo donde los narcisos florecían. Claro que ahora no había. Pero era muy agradable ver el césped iluminado en los sitios por donde los rayos de sol se colaban a través de los árboles.

De pronto, tuvo una sensación extraña… Pensó: «Hay algo…, algo que nos faltaría para ser felices… No sé lo que es, pero nos falta algo».

Debido al resplandor verdoso, a la suavidad del ambiente…, su pulso se aceleró, la sangre circuló a mayor velocidad por sus venas y una repentina impaciencia le invadió.

Una muchacha venía hacia él atravesando los árboles… Una muchacha con cabellos dorados y piel rosada.

—¡Qué hermosa es…, qué hermosa! —murmuró para sí.

Algo le atenazó. Permaneció rígido, inmóvil. Se dio cuenta de que el mundo estaba girando, estaba trastornado; que de repente se había vuelto loco.

La muchacha se detuvo repentinamente; luego se acercó titubeando.

—¿No me recuerda, míster Roderick?… Ya hace mucho tiempo, desde luego. Soy Mary Gerrard, la del pabellón.

—¿Mary Gerrard?

—Sí. He cambiado mucho desde que usted no me ve.

—¡Oh, cómo ha cambiado usted!… ¡No la hubiera reconocido!

Quedó mirándola boquiabierto…, tan entusiasmado que no oyó los pasos que se aproximaban.

—¡Hola, Mary!

Elinor estaba junto a ellos y se dirigía a la muchacha, que se había vuelto al notar su presencia.

Mary respondió:

—¿Cómo está usted, miss Elinor? ¡Cuánto me alegro de volver a verla!… ¡Para su señora tía ha sido una sorpresa agradabilísima!

—Sí. Así supongo. La enfermera O'Brien quiere verla. Va a levantar a mistress Welman y dice que usted la ha ayudado siempre en estos menesteres.

—Voy corriendo —dijo Mary.

Hizo una ligera inclinación de cabeza a los dos jóvenes y salió rauda como una gacela. Era extraordinaria la gracia de sus movimientos.

Roddy exclamó inconscientemente:

—¡Atalanta…!

Elinor no respondió.

Después de un silencio que amenazaba prolongarse indefinidamente, dijo:

—Ya es hora de almorzar, Roddy. Regresemos.

Y lentamente se dirigieron a la casa.

* * *

—¡Oh, ven, Mary!… Es un filme estupendo, interpretado por la Garbo… Y la escena se desarrolla en París…

—Eres muy amable, Ted, pero no puedo ir… De veras, no puedo…

Ted Bigland dijo, colérico:

—No te comprendo, Mary… ¡Qué cambio tan grande has dado

en pocos días!

—No tienes razón para decir eso, Ted.

—Sí la tengo. Tu viaje a Alemania te estropeó… Ahora crees, por lo visto, que eres demasiado para mí…

—Eso no es verdad, Ted. No me gusta que me hables así.

Ella hablaba con vehemencia.

El joven, tosco y sincero, la miró con admiración a pesar de su cólera.

—Sí, es verdad. Pareces una verdadera señorita…

—¿Y es malo eso?

—No, no. ¡Claro!

Mary dijo rápidamente:

—Hoy día todos somos iguales.

—Sí, en efecto —asintió Ted pensativamente—. Pero no eres la misma de antes… Pareces una duquesa o condesa, o algo por el estilo.

Mary respondió, con una sonrisa:

—Eso no quiere decir nada. Yo he visto condesas que parecen cocineras.

—Bueno, tú ya sabes lo que quiero decir.

Una figura majestuosa de enormes proporciones, vestida elegantemente de negro, se aproximó a ellos. Los miró con rápida ojeada. Ted se hizo a un lado respetuosamente, diciendo:

—¡Buenas tardes, mistress Bishop!

Mistress Bishop hizo una graciosa inclinación de cabeza.

—¡Buenas tardes, Ted Bigland! ¡Buenas tardes!

Continuó su camino como una goleta con las velas desplegadas.

Mary murmuró:

—¡Ella sí que parece una duquesa!

—Sí… Tiene buenos modales… A veces me hace enrojecer…

Mary le interrumpió, diciendo:

—Mistress Bishop no me quiere.

—No digas tonterías, chiquilla.

—Es verdad, no me quiere. Siempre me habla con rudeza.

—Está celosa de ti. Eso es todo.

—Tal vez sea eso —respondió Mary sin convicción.

—No puede ser otra cosa. Ha sido el ama de llaves de

Hunterbury durante muchos años… Casi la verdadera dueña. Y ahora, mistress Welman se ha encaprichado contigo y la ha olvidado.

Mary respondió, ensombrecida:

—Es una tontería, pero no puedo soportar que haya alguien que me odie. Me gusta que me quieran todos los que me rodean.

—Pues no puedes esperar eso de todas las mujeres. Son gatos envidiosos que no pueden ver a una muchacha tan guapa y elegante como tú sin sentir un aborrecimiento invencible…

—Los celos deben de ser horribles.

Ted dijo lentamente:

—Tal vez…, *pero existen*. Hace unos días vi un filme magnífico en Alledore. El protagonista era Clark Gable. Se trataba de uno de esos multimillonarios que tiene abandonada a su mujer en su casa, y ella fingió que le había engañado. Y un amigo de…

Mary se volvió para marcharse.

—Lo siento, Ted. Tengo que irme. Es tarde ya.

—¿A donde vas?

—A tomar el té con miss Hopkins, la enfermera.

Ted hizo una mueca.

—¡Vaya un capricho! Esa mujer es la chismosa más grande de toda la comarca. Mete en todo esas narices tan largas que Dios le ha dado.

—Pero es muy bondadosa para mí.

—¡Oh, no quiero decir que sea mala! Pero le gusta hablar demasiado.

—Adiós, Ted.

El joven la vio alejarse con profundo resentimiento.

* * *

La enfermera Hopkins habitaba una pequeña villa al final del pueblo. Acababa de llegar y estaba desatando los cordones de su sombrero cuando entró Mary.

—¡Ah, es usted! Se me ha hecho un poco tarde. La anciana mistress Caldecott está bastante mal otra vez. Ya la he visto al final

de la calle con Ted Bigland.

Mary respondió:

—Sí.

La enfermera agitó la nariz mientras encendía el gas para poner la tetera.

—¿Le dijo algo de particular?

—No. Simplemente me invitó a ir al cine con él.

—Pues mire, Mary. Ted es un chico excelente, muy trabajador y honrado… Pero no le conviene a usted… Usted debe aspirar a algo más con su educación y su cara de ángel. Lo mejor es que aprenda a dar masajes y verá mucha gente y adquirirá buenas relaciones y, sobre todo, no tendrá que depender de nadie.

—Lo pensaré, miss Hopkins. Mistress Welman me habló el otro día. Tenía mucha razón en lo que me dijo. No quiere que me vaya ahora. Le hago mucha falta; me lo dijo. Pero me prometió que se preocuparía de mi porvenir.

La enfermera repuso, en tono de duda:

—¿Quién sabe lo que hará luego? ¡Los viejos son tan raros!

Mary preguntó:

—¿Cree usted que mistress Bishop me odia…, o es sólo producto de mi imaginación?

La enfermera reflexionó unos segundos.

—Desde luego, no le pone muy buena cara. Es una de esas personas que no pueden ver con buenos ojos los favores que mistress Welman hace a los demás. Ha visto el cariño que la enferma tiene por usted y está resentida.

Rió jovialmente.

—Yo, de ser usted, no me preocuparía, querida. ¿Quiere abrir aquel cartucho de papel? Encontrará un par de buñuelos exquisitos.

Capítulo III

EL SEGUNDO ATAQUE

«Su tía tuvo anoche una recaída. No es muy grave, pero sería conveniente que viniese lo más pronto posible. —*Lord*».

* * *

En cuanto recibió el telegrama, Elinor llamó a Roddy. Ambos se encontraban ahora en el tren que los conducía a Hunterbury.

Elinor no había visto con frecuencia a Roddy en la semana que había transcurrido desde su visita a su tía. En las dos brevísimas ocasiones en que se reunieron se había manifestado una conducta extraña entre ellos. Roddy le había enviado flores… Un gran ramillete de rosas… Cosa realmente inusitada en él. Comieron juntos y Roddy le estuvo preguntando, colmándola de atenciones, cuáles eran sus alimentos preferidos, las bebidas favoritas, ayudándola a elegir vestidos e infinidad de cosas desacostumbradas en el joven. Parecía que estaba representando un papel: el papel de novio enamorado…

La muchacha pensó para sí: «No seas idiota. No pasa nada. ¡Te lo imaginas todo! La causa es esta idea posesiva que todos tenemos».

Sin embargo, los modales de la muchacha hacia él eran más indiferentes que de ordinario.

En esta circunstancia súbita, la tensión había pasado y hablaban con toda naturalidad.

Roddy exclamó:

—¡Pobrecilla! ¡Con lo bien que estaba el otro día cuando la vi!

Elinor repuso:

—Estoy terriblemente preocupada por ella. Sé lo desagradable que le resulta estar enferma, y supongo que ahora se hallará más incapaz que antes para valerse por sí misma…. ¡Oh, Roddy, debíamos hacer siempre lo que quisiéramos sin que las enfermedades ni las conveniencias pudieran impedirlo!

—Desde luego. Eso es lo que se debía hacer en una sociedad civilizada; pero, desgraciadamente, no es posible obrar así…

—Además, si sufre, ¿por qué no aliviar sus dolores postreros, sabiendo que no tiene remedio, como ella desea?

—Sí…, sí… A los animales les evitamos sufrimientos matándolos… Pero a los seres humanos…, por el solo hecho de serlo, sus parientes, es decir, sus herederos, intentarían aliviárselos mucho antes que empezasen a sufrir realmente.

Elinor dijo, pensativa:

—Es el doctor el que debería estar obligado a hacerlo.

—Pero un médico puede ser un criminal también.

—El doctor Lord es un hombre digno de toda confianza.

Roddy dijo con indiferencia:

—Sí…, parece una buena persona…, y es simpático también.

* * *

El doctor Lord estaba inclinado sobre el lecho de la enferma. La enfermera O'Brien se hallaba a su lado. El galeno intentaba descifrar los gruñidos inarticulados que emitía la garganta de su paciente.

Dijo:

—Sí…, sí… No se excite. Tómese tiempo. Levante la mano derecha cuando quiera decir sí. ¿Está preocupada por algo?

Recibió la señal afirmativa.

—¿Algo urgente? Sí. ¿Quiere que se haga en seguida? ¿Hay que buscar a alguien? ¿A miss Carlisle? ¿Y a míster Welman? Ya están en camino.

Mistress Welman intentó de nuevo hablar, sin conseguirlo. El doctor Lord escuchó con reconcentrada atención.

—Querría usted que viniesen, pero no es eso sólo, ¿verdad? ¿Algún otro pariente? No. ¿Negocios? ¿Algo relacionado con su dinero? ¡Ah! ¿Abogado? Sí… Es acertado. ¿Quiere ver a su abogado? ¿Ahora mismo? Tenga calma… Hay tiempo de sobra… ¿Qué dice ahora? ¿Elinor?… ¿Ella sabe a qué abogado debe dirigirse?… Bien. No tardará en venir ni media hora. Yo mismo le diré lo que usted desea y le traeré un picapleitos. No se preocupe. Descanse ahora un poco.

Permaneció un momento más observándola. Luego se volvió y salió del dormitorio, acompañado de la O'Brien. En aquel momento, la enfermera Hopkins subía la escalera.

—¡Buenas tardes, doctor! —dijo casi sin aliento.

—Buenas tardes, señorita.

El doctor las acompañó hasta la habitación de la enfermera O'Brien y les dio algunas instrucciones. La Hopkins debía permanecer allí toda la noche, turnándose con su colega.

—Mañana sin falta enviaré otra enfermera que pueda quedarse aquí por las noches. La epidemia de difteria nos ha dejado sin enfermeras en el hospital.

Después de transmitirles sus órdenes, que ellas escucharon con reverente atención, el doctor Lord descendió la escalera dispuesto a recibir a los sobrinos de mistress Welman, que no podían tardar en llegar.

En el vestíbulo se encontró con Mary Gerrard. Su carita pálida tenía una expresión de ansiedad.

—¿Está mejor, doctor?

—Pasará una noche tranquila. Eso es todo lo que puedo asegurar.

—Es… cruel…, injusto… —dijo la joven entrecortadamente.

—Sí… Desde luego —asintió el doctor, enternecido—. Me parece… —Se interrumpió.

—¡Ahí está el coche!

Salió al vestíbulo. Mary descendió la escalera corriendo.

Elinor exclamó al entrar en el gabinete:

—¿Está grave, doctor?

—Me temo que va a producirle una impresión terrible, señorita. La parálisis se ha extendido. No es posible entender lo que habla.

Está preocupadísima por algo que se refiere a su abogado. ¿Sabe usted quién es, miss Carlisle?

—Míster Seddon…, que vive en Bloomsbury Square. Pero no estará allí a esta hora, y no sé la dirección de su domicilio particular.

—No hay prisa… Estoy preocupado únicamente al ver la ansiedad de la enferma, y quiero que se tranquilice lo más pronto posible. ¿Quiere usted subir conmigo a ver si lo conseguimos?

—Naturalmente.

Roddy preguntó:

—Yo no soy imprescindible, ¿verdad?

Estaba avergonzado de sí mismo, pero tenía verdadero horror a los enfermos… No se sentía capaz de ver a su tía esforzándose por pronunciar palabras ininteligibles.

El doctor Lord le tranquilizó:

—No es absolutamente necesaria su presencia, señor. Y no es conveniente que haya muchas personas en su habitación.

Roddy exhaló un suspiro de consuelo.

Cuando el doctor y Elinor llegaron al dormitorio de la enferma, la enfermera O'Brien se hallaba junto a ella.

Laura Welman, respirando fatigosamente, estaba sumida en una especie de sopor. Elinor se sentó al borde de la cama y permaneció unos segundos contemplando aquel rostro demacrado y convulso.

De pronto, el párpado derecho de mistress Welman se alzó después de temblar un instante. Un cambio imperceptible se operó en su rostro al reconocer a su sobrina.

Intentó hablar.

—¡Elinor…!

La joven lo adivinó por el movimiento de los torcidos labios.

Respondió rápidamente:

—Aquí estoy, querida tía. ¿Estás preocupada por algo? ¿Quieres que vaya a buscar a míster Seddon?

Otro de aquellos sonidos roncos. Elinor adivinó su significado.

Dijo:

—¿Mary Gerrard?

Lentamente la mano derecha de la anciana se movió en señal de asentimiento.

Un murmullo apagado surgió de los labios de la enferma. El doctor Lord y Elinor se miraron perplejos. Mistress Welman repitió una y otra vez los sonidos inarticulados. Elinor consiguió comprender una de las palabras.

—¿Legado? ¿Quieres hacer un legado para ella…? ¿Dinero…? No te preocupes, tía. Míster Seddon llegará mañana, y todo se hará conforme a tus deseos.

La enferma pareció tranquilizarse. La expresión de ansiedad desapareció del único ojo que tenía abierto. Elinor tomó su mano derecha entre las suyas y sintió la débil presión de los dedos.

Mistress Welman dijo con gran esfuerzo:

—Vosotros…, todo…, vosotros…

Elinor repuso:

—Sí. Yo me encargaré de todo. Cálmate y descansa.

Sintió la presión de sus dedos otra vez. Luego, la mano inmóvil. Su párpado se cerró.

El doctor Lord posó una mano sobre el hombro de Elinor y le hizo señas para que saliera de la habitación. La enfermera O'Brien volvió a ocupar su puesto junto al lecho.

Mary Gerrard estaba hablando animadamente con la enfermera Hopkins en el rellano de la escalera.

Al ver al doctor, se interrumpió y exclamó:

—¡Oh doctor! ¿Puedo pasar a verla?

El médico asintió.

—Pero esté callada para que no se despierte.

Mary se dirigió a la habitación de la enferma.

El doctor Lord dijo:

—Ha venido su tren con retraso. Yo…

Elinor estaba mirando hacia el punto por donde había desaparecido Mary. De pronto se dio cuenta de que le hablaba. Volvió la cabeza y le miró interrogadoramente. Él tenía la vista fija en ella. Las mejillas de Elinor se colorearon, ruborizadas.

Dijo apresuradamente:

—Perdóneme. ¿Qué me decía?

El doctor repuso muy lentamente:

—¿Qué le decía?… No me acuerdo… Miss Carlisle…, estuvo usted espléndida en la habitación de su tía… ¡Tan rápida de

comprensión!… ¡Cuán pronto la tranquilizó!… ¡Es usted maravillosa!

—¡Pobrecilla! ¡No puede usted suponer lo que me ha impresionado verla en ese estado!

—Sin embargo, no lo demostró. Tiene usted un dominio absoluto de sus emociones.

Elinor dijo, apretando los labios:

—He aprendido a ocultar mis sentimientos.

El doctor repuso muy lentamente:

—Pero la máscara cae de cuando en cuando.

La enfermera Hopkins entró en aquel momento en el cuarto de baño. Elinor inquirió, levantando las delicadas cejas y mirándole a los ojos:

—¿La máscara?

El doctor se humedeció los labios para responder:

—El rostro humano no es, después de todo, más que una máscara, un antifaz.

—¿Y debajo de él?

—Debajo aparece siempre el ser primitivo, el verdadero, sea hombre o mujer.

La muchacha se volvió bruscamente y empezó a bajar los escalones.

Peter Lord la siguió, perplejo e involuntariamente serio.

Roddy apareció en el vestíbulo y se dirigió hacia ellos.

—¿Y bien? —preguntó ansiosamente.

Elinor dijo:

—Da pena verla… No subas, Roddy…, hasta que pregunte por ti.

Roddy inquirió:

—¿Desea algo…, algo… especial?

Peter Lord habló, dirigiéndose a Elinor:

—Tengo que marcharme. Por el momento no se puede hacer nada. Volveré mañana temprano. Adiós, miss Carlisle… No…, no se preocupe demasiado.

Estrechó la mano de la joven en un apretón viril y consolador. Elinor pensó que la había mirado más estrechamente que nunca…, como si la compadeciera…

Cuando la puerta se cerró detrás del doctor, Roddy repitió su pregunta.

—La tía Laura está preocupadísima por ciertos asuntos de intereses. La he tranquilizado diciéndole que míster Seddon estará aquí mañana. Debemos telefonearle —dijo Elinor.

—¿Va a hacer un nuevo testamento?

—No sé… No dijo nada de eso.

—¿Qué…?

Se interrumpió en seco. Mary Gerrard descendía a toda prisa la escalera. Cruzó el vestíbulo y desapareció por la puerta de la cocina.

Elinor dijo con voz ronca:

—¿Qué me ibas a preguntar?

Roddy exclamó vagamente:

—¿Eh?… ¡Ah, lo he olvidado!

Su mirada estaba clavada en la puerta por la que Mary Gerrard acababa de salir.

Las manos de Elinor se contrajeron espasmódicamente. Sintió sus uñas largas y cuidadas horadar las palmas.

«¡No puedo soportarlo! —pensó—. ¡Oh, Roddy, no es imaginación, no! ¡Es la triste verdad!… *Y no quiero perderte*».

Cerró los ojos, sumida en profundas reflexiones: «¿Qué será lo que vio él…, el doctor…, en mi rostro? ¡Oh, Dios mío, qué triste es la vida a veces! Pero ¿qué te pasa, tonta? ¡Tranquilízate!… ¡Vuelve a ser dueña de ti!».

Al fin dijo en voz alta:

—Roddy, ya es hora de comer. Voy a subir con la tía y diré a las enfermeras que bajen.

Roddy exclamó, alarmado:

—¿Quieres que coma con ellas?

Elinor repuso con desdeñosa frialdad:

—¡No creo que te muerdan!

—Pero ¿y tú? ¿Por qué no comemos nosotros primero y luego las haces bajar?

Elinor dijo:

—No. Yo no tengo apetito… Verás cómo te distraes con ellas.

Luego dijo para sí: «Ya no puedo sentarme a comer junto a él…, hablar a solas con él. ¡Oh, no…, no podría!».

Y en voz alta:
—¡Oh, déjame que arregle las cosas a mi modo!

Capítulo IV

¡SI MARY NO EXISTIESE!

No fue una simple doncella la que despertó a Elinor al día siguiente, sino mistress Bishop en persona, en su antiquísimo traje negro y llorando desconsoladamente.

—¡Oh, miss Elinor, se nos ha ido!

—¿Qué dice?

Elinor se había sentado en su cama, frotándose los ojos.

—Su tía Laura, señorita, murió mientras dormía…

—¿Ha muerto mi tía?

Elinor quedó mirándola con fijeza. Parecía incapaz de comprenderlo. Mistress Bishop continuó sollozando histéricamente.

—Pensar que he estado dieciocho años a su lado y morir así…, sola…

Elinor repuso reposadamente.

—Ha sido una verdadera suerte para ella haber muerto mientras dormía, sin sufrir…

—Sí, pero ¡ha sido tan *de repente*…! El médico dijo que vendría a hacerle esta mañana la visita de costumbre.

—No podemos decir que ha sido *de repente*. Ya estaba enferma hacía bastante tiempo. Doy gracias al Cielo, que le ha evitado tantos sufrimientos.

Mistress Bishop asintió. Luego dijo entre hipos:

—¿Quién se lo dirá a míster Roderick?

—Yo misma.

Cubriéndose con un salto de cama, Elinor salió de su dormitorio y se encaminó a la habitación de Roddy. Llamó con los nudillos, y cuando oyó la voz de su primo que le decía: «¡Adelante!», entró.

—La tía Laura ha muerto, Roddy…, mientras dormía.

Roddy, sentándose en la cama, exhaló un profundo suspiro.

—¡Pobre tía Laura! Dios sea alabado, por haberla llamado a su seno. Habría sido tremendo que hubiese continuado mucho tiempo en el estado en que se encontraba… cuando yo la vi.

—No sabía que hubieses ido a verla.

Roddy dijo, avergonzado:

—La verdad, Elinor, es que me sentía muy cobarde por no atreverme a verla. Anoche me decidí y subí. La enfermera…, la gorda… acababa de salir de la habitación… Recuerdo que llevaba una botella de goma en la mano. Ella no supo que yo estuve allí. Después de permanecer un momento mirándola… salí, cuando oí a la O'Brien que subía la escalera. ¡Era una cosa terrible ver a la tía!

—Sí, era terrible —repitió Elinor mecánicamente.

—Debe de haber sufrido horriblemente hasta que…

—Desde luego —interrumpió Elinor.

Roddy dijo, después de un corto silencio:

—Es maravillosa la forma en que tú y yo nos compenetramos. Siempre pensamos exactamente igual.

Elinor asintió en voz baja:

—Sí. Así es.

Y Roddy añadió:

—En este momento, los dos tenemos idéntica sensación: el agradecimiento a Dios por habérsela llevado antes que la vida se le hubiese hecho insoportable.

* * *

—¿Qué le pasa, miss Hopkins? ¿Ha perdido algo? —preguntó la enferma O'Brien.

La enfermera Hopkins, con el rostro enrojecido, hurgaba nerviosamente en el interior de la cartera de cuero que había dejado en el vestíbulo la noche anterior.

Gruñó, malhumorada:

—Es extraño. No me explico cómo puede haberme sucedido esto.

—¿Qué es?

La Hopkins respondió, bastante ininteligiblemente:

—¿No le he hablado de Elisa Rykin, la enferma de sarcoma? Tengo que inyectarle morfina dos veces al día, mañana y tarde. Ayer tarde le puse una inyección y juraría que traía una ampolla.

—Mire otra vez. ¡Son tan pequeñas!

La enfermera Hopkins volvió a inspeccionar el contenido de la cartera.

—No está. Tal vez la dejé en mi botiquín. No volveré a confiar en mi memoria después de esto. Tenía la seguridad completa de que la llevaba preparada.

—¿Dejó la cartera en algún sitio antes de venir hoy?

—No. La dejé aquí, en el vestíbulo, y no creo que nadie se haya atrevido a tocar nada. Pero es lamentable que haya perdido la memoria hasta este punto. Además, tendré que regresar a casa y luego ir hasta el otro extremo del pueblo.

—Le deseo que no pase un día azaroso después de esta noche terrible. Pobre señora. Ya sabía yo que no viviría mucho.

—Y yo también. Pero me atrevo a decir que el doctor tendrá una sorpresa desagradable cuando se entere.

—Sí. Estaba muy esperanzado.

La enfermera Hopkins, mientras se disponía a partir, dijo:

—¡Ah, él es joven…, carece de experiencia todavía!…

Y con esta sentencia poco favorable para el doctor, se marchó.

* * *

El doctor Lord enarcó las cejas, sorprendido.

—¿Ha muerto?

—Sí, doctor.

La enfermera O'Brien estuvo a punto de contarle el fallecimiento con toda clase de detalles, pero se contuvo y esperó a que le preguntaran.

—¡Muerta! —repitió el doctor pensativamente.

Tras un instante de reflexión, ordenó:

—Hágame el favor de traerme agua hervida.

La enfermera O'Brien, extrañada, no hizo comentario. La disciplina era superior a su curiosidad. Si el doctor le hubiese dicho que le llevara la piel de un lagarto, habría murmurado: «Sí, doctor». Y habría ido obediente a buscarla, sin preocuparse de investigar por qué la necesitaba.

* * *

Roderick Welman dijo:

—¿Quiere usted decir que mi tía murió *ab intestato*?… ¿Que no hizo testamento alguno?

Míster Seddon limpió sus lentes y repuso:

—Ése es el caso.

—Es extraordinario, ¿verdad?

Míster Seddon tosió significativamente.

—No es tan extraordinario como usted se imagina. Sucede bastante a menudo. Hay una especie de superstición que hace creer a la gente que aproxima la fecha de su óbito haciendo el testamento. Siempre postergan este acto diciendo que hay tiempo de sobra.

Roddy dijo:

—¿No le sugirió nunca a mi tía la idea de hacer el suyo?

—Con bastante frecuencia —repuso Seddon con sequedad.

—¿Y qué decía ella?

El abogado suspiró:

—Igual que todos: que no tenía prisa. Que no tenía intención de morirse. Que aún no había decidido la forma exacta en que quería que se distribuyese su dinero.

Elinor intervino:

—Pero después del primer ataque de parálisis…

Míster Seddon movió la cabeza.

—Entonces fue peor… Me dijo que no quería que volviese a hablarle de ello.

—Es extraño —dijo Roddy.

—Nada de eso —repuso Seddon—. Su enfermedad la volvió mucho más nerviosa.

—Pero ella estaba deseando morirse…

—¡Ah, querida miss Carlisle, la mente humana es un mecanismo curiosísimo! Mistress Welman pensaba que *quería* morirse, pero junto a ese sentimiento tenía la esperanza de recobrarse completamente. Y a causa de esa esperanza consideró de mal agüero hacer testamento. Usted debe saber —prosiguió, dirigiéndose personalmente a Roddy— cómo se elude el enfrentarse con una cosa que resulta desagradable…

Roddy enrojeció al tiempo que murmuraba:

—Sí, sí… claro. Ya sé lo que quiere decir.

—Pues bien: mistress Welman tenía la intención de hacer su testamento, pero siempre lo dejaba para el día siguiente.

Elinor dijo:

—Por esa razón estaba tan trastornada anoche… Quería que se le avisara a usted inmediatamente.

Míster Seddon replicó:

—¡Sin duda!

—Y ahora, ¿qué ocurrirá? —inquirió Roddy.

—¿Con los bienes de mistress Welman? —dijo el abogado, y tosió profesionalmente—. Pues dado que murió sin testar, toda su fortuna iría a su pariente más próximo…, es decir, a miss Elinor Carlisle.

—¿A mí? —preguntó Elinor, asombrada.

—El Estado también tendrá su participación —se apresuró a añadir el abogado.

Después de extenderse en detalles sobre artículos del Código, que impacientaron a sus interlocutores, el abogado terminó:

—Pudiendo disponer libremente de su dinero, mistress Welman estaba facultada para cederlo a quien tuviese por conveniente. No habiéndolo hecho, toda su fortuna pasará a miss Carlisle. El impuesto del Tesoro será…, ¡ejem!…, algo elevado; no obstante, después de satisfacer su pago, quedará una fortuna considerable. Casi todo está invertido en valores del Estado.

Elinor dijo:

—¿Y Roderick?

—Míster Welman no es más que el sobrino del esposo de mistress Welman. No lleva su sangre.

Elinor replicó lentamente:

—De todas formas, no importa. Roderick y yo vamos a casarnos.

Pero no miró a Roddy.

El abogado exclamó:

—¡Estupendo!

* * *

—No importa, ¿verdad? —preguntó Elinor.

Lo dijo en tono de súplica.

Míster Seddon se había marchado.

El rostro de Roddy se estremeció nerviosamente.

Dijo:

—Es tuyo, Elinor. ¡Por Dios santo!… ¡Que no se te meta en la cabeza la idea de compartirlo conmigo! ¡No quiero un céntimo de todo ese condenado dinero!

Elinor repuso con voz insegura:

—¿No habíamos acordado que a cualquiera que correspondiese el dinero lo repartiría con el otro al… casarnos?

Él no respondió. Ella persistió:

—¿No recuerdas haber dicho eso, Roddy?

Él dijo al fin:

—Sí.

Fijó la vista en el suelo. Había una expresión de dolor en sus rasgos y un temblor en los labios sensuales. Elinor dijo, alzando la cabecita orgullosa:

—No importaría… si nos casáramos… Pero ¿lo haremos, Roddy?

Él preguntó, ensimismado:

—¿Que si haremos qué?

—¿Nos vamos a casar?

—Ésa es nuestra idea.

Lo dijo con tono indiferente. Prosiguió:

—Naturalmente, Elinor; si ahora piensas de otra forma…

Elinor gritó:

—¡Oh Roddy!… ¿Por qué no eres sincero?

El joven hizo una mueca.

Exclamó en voz baja:

—¡Ah Elinor, no sé lo que me ha sucedido!…

—Yo sí…

—Tal vez sea que no me agrada la idea de vivir a costa del dinero de mi esposa.

—No es eso —interrumpió Elinor con el rostro palidísimo—. Es otra cosa —hizo una corta pausa, y dijo en voz muy baja—: ¿No es por Mary?

Roddy murmuró, abatido:

—Tal vez. ¿Cómo lo sabes?

Elinor dijo, torciendo los labios en un esfuerzo por sonreír:

—No era muy difícil adivinarlo. Cualquiera podía leerlo en tu rostro cada vez que la mirabas.

—¡Oh, Elinor! —exclamó el joven, incapaz de fingir—. ¡No sé cómo ha sucedido! ¡Debo de estar loco! ¡El primer día que la vi…, allí…, entre los árboles…, sentí algo extraño en mi interior! ¡Tú no puedes comprenderlo!

Elinor dijo:

—Sí, lo comprendo. Sigue.

—No quería enamorarme de ella. Era casi feliz contigo. ¡Oh, Elinor, es pueril que te hable así!

—No seas tonto. Continúa. Cuéntame…

Roddy prosiguió, balbuciendo:

—Eres maravillosa… ¡Cómo me consuela hablar contigo! ¡Te quiero tanto, Elinor!… Debes creerlo. *Lo otro* es como una especie de encanto sobrenatural. Ha trastornado todo: mi concepción de la vida, mi alegría… y todo el orden razonable, de…, de…

—El amor no es muy razonable, desde luego.

—No —asintió Roddy, confuso.

Elinor inquirió con un temblor en la voz:

—¿Le has dicho algo a… ella?

Roddy reflexionó antes de responder.

—Esta mañana…, como un loco…, he perdido la cabeza… Y ella no me permitió seguir hablando… Me dijo que pensara en tía Laura… y en ti…

Elinor se quitó el anillo de diamantes que llevaba en el dedo.

—Será mejor que te lo devuelva, Roddy.

Cogiéndolo, murmuró sin mirarla:

—Elinor, no puedes imaginarte cuánto me reprocho…

La muchacha le interrumpió sosegadamente:

—¿Crees que se casará contigo?

Él movió la cabeza.

—No tengo la menor idea… No…, no lo creo… Por lo menos hasta que pase algún tiempo. Ahora no le intereso, pero tal vez…, después…, llegue a quererme.

—Tienes razón. Dale algún tiempo. No la veas durante varias semanas, y luego empiezas de nuevo.

—¡Querida Elinor!… ¡Eres la mejor amiga que he tenido en mi vida! —tomó una de las manos de la muchacha y la besó con efusión—. ¡Sabes, Elinor, que *te quiero*…, te quiero igual que siempre! A veces, Mary no me parece más que un sueño… Tal vez despierte algún día y me dé cuenta de que ella no existe…

Elinor exclamó:

—Si Mary no existiese…

Roddy repuso con un sentimiento repentino:

—A veces desearía con toda mi alma que no hubiese existido jamás… Tú y yo nos pertenecemos, Elinor…, nos pertenecemos, ¿verdad?

Lentamente, Elinor inclinó la cabeza.

Dijo con un esfuerzo:

—Sí… Nos… pertenecemos.

Y pensó: «¡Si Mary no existiese!».

Capítulo V

MARY HACE TESTAMENTO

La enfermera Hopkins dijo emocionada:

—¡Ha sido un funeral magnífico!

Su colega O'Brien respondió:

—En efecto. ¡Y las flores! ¿Ha visto usted alguna vez tantas flores y tan preciosas como aquéllas? Una corona de lilas blancas y una cruz de rosas amarillas. ¡Maravillosas!

La Hopkins suspiró y dio un mordisco a un bizcocho de manteca que tenía en la mano. Las dos enfermeras se hallaban ante una mesa del café El Caballito Azul.

La enfermera Hopkins continuó:

—Miss Carlisle es una muchacha generosa. Me ha hecho un regalo espléndido, aunque no estaba obligada a ello.

—Sí, es una muchacha generosa y muy amable —confirmó la enfermera O'Brien con calor—. Yo detesto la tacañería.

La enfermera Hopkins dijo:

—Ha heredado una gran fortuna.

—Sí —respondió la O'Brien alentadoramente.

Quedaron silenciosas un momento, y la enfermera O'Brien dijo:

—Es extraño que mistress Welman no hiciese testamento.

—Debieran obligar a la gente a que lo hiciese. De esta forma se evitarían muchos disgustos.

—Quisiera saber —interrumpió O'Brien— a quién habría dejado su dinero mistress Welman en caso de que hubiera hecho testamento.

La Hopkins aseguró:

—Yo sólo sé una cosa.

—¿Cuál?

—Que habría dejado una buena suma a Mary… Mary Gerrard.

—Sí, tienes razón. La noche en que llegó miss Carlisle, cuando intentaron tranquilizar a la pobre enferma y, cogiéndole una mano, le preguntó para qué quería que fuese el abogado, mistress Welman dijo: «¡Mary…, Mary!…». Y miss Elinor inquirió: «¿Mary Gerrard?». Y luego dijo que Mary recibiría lo que le correspondiera.

—¿De veras?

—Tengo la seguridad de que si mistress Welman hubiese vivido lo suficiente para hacer testamento, habría habido sorpresas para todos. ¡Quién sabe si hubiera dejado hasta el último céntimo a Mary Gerrard!

La enfermera Hopkins expresó sus dudas ante esta creencia:

—¿Cómo iba a quitar la herencia que le correspondía a los de su propia carne y sangre?

La O'Brien exclamó, sibilina:

—*¡Hay carne y sangre y carne y sangre!*

—¿Qué quiere usted decir con *eso*?

—No me gusta chismorrear —añadió la irlandesa con dignidad —, ni quiero manchar el nombre de una muerta.

La enfermera Hopkins asintió con la cabeza, y dijo:

—Eso está bien. Cuanto menos se hable, de menos hay que arrepentirse.

Volvieron a llenar las tazas de té.

La enfermera O'Brien preguntó:

—A propósito… ¿Encontró usted aquella ampolla de morfina?

La Hopkins frunció el ceño.

—No —dijo—. Estuve pensando cómo pude haberla perdido, y he llegado a la conclusión de que debió de ocurrir así: *Puede* que la dejase en la repisa de la chimenea mientras abría el armario, y puede que resbalase y cayese al cesto de los papeles, que estaba lleno, y lo vaciaron en el depósito de la basura cuando salí de la casa —hizo una pausa y prosiguió—: *Debe* de haber ocurrido así… No *puedo* explicármelo de otro modo.

—Sí, eso debe de ser. Me tenía preocupada la idea de que la hubiese perdido en el vestíbulo de Hunterbury… Pero ahora estoy convencida de que *es* como usted ha sugerido muy bien. *Debió* de ir

a parar al depósito de la basura.

—No tiene otra explicación, ¿verdad?

La otra asintió rápidamente…, demasiado rápidamente:

—Yo no me preocuparía si fuese usted.

La enfermera Hopkins repuso:

—Yo no estoy preocupada…

* * *

Grave y solemne con su traje negro, Elinor se sentó frente a la maciza mesa de escritorio de mistress Welman, en la biblioteca. Frente a ella se extendían varios documentos. Había interrogado a los domésticos de la casa y a mistress Bishop. En aquel momento, Mary Gerrard apareció en el marco de la puerta y vaciló antes de entrar.

—¿Deseaba usted verme, miss Elinor?

Elinor levantó la vista y respondió:

—¡Oh, sí! ¿Tiene la bondad de sentarse aquí, Mary?

Mary se acercó y tomó asiento en la silla que Elinor le había indicado. Volvió el rostro hacia la ventana y la luz cayó sobre ella, revelándola en toda su pureza y haciendo brillar sus dorados cabellos.

Elinor se pasó una mano por la cara y observó a través de sus dedos el rostro de la muchacha. Pensó: «¿Será posible odiar a alguien tanto y no demostrarlo?».

Luego dijo en voz alta y monótona:

—No ignora usted, Mary, que mi tía sentía cierta predilección por usted y que habría deseado asegurar su porvenir.

Mary murmuró con voz ahogada:

—Mistress Welman fue siempre muy buena para mí.

Elinor prosiguió con frialdad:

—Mi tía habría concedido varios legados en caso de haber podido otorgar testamento. Puesto que murió sin hacerlo, yo asumo la responsabilidad de cumplir sus deseos. He consultado a míster Seddon y, siguiendo sus consejos, he confeccionado una lista de cantidades que percibirán los criados y criadas según el tiempo que

llevan a nuestro servicio, etcétera…

Hizo una pausa, y prosiguió:

—Naturalmente, usted no puede ser incluida en esa relación —medio se detuvo, creyendo que tal vez aquellas palabras pudieran agradar a la muchacha, pero el rostro de ésta no se inmutó—. Aunque mi tía estaba privada del habla, comprendí que quería legarle una cantidad.

Mary dijo, sosegadamente:

—¡Qué bondadosa era!

Elinor terminó con brusquedad:

—Tan pronto como entre en posesión de la herencia, le entregaré a usted dos mil libras para que disponga de ellas como le plazca.

Mary enrojeció:

—¿Dos mil…, dos mil libras?… ¡Oh, miss Elinor, es usted muy generosa!… No sé qué decir.

Elinor exclamó con voz cortante:

—No es generosidad por mi parte, ni tiene nada qué decirme.

Mary enrojeció ruborizada.

—No puede usted figurarse lo que cambiará mi situación ese dinero.

—Me alegro —dijo Elinor; su voz se dulcificó un poco al preguntar—: ¿Tiene usted algún plan para el futuro?

Mary dijo, rápidamente:

—¡Oh…, sí!… Voy a aprender a dar masajes… Eso es lo que me ha aconsejado la enfermera Hopkins.

—Me parece una idea excelente. Iré a ver a míster Seddon para que me adelante algún dinero tan pronto como sea posible.

—Es usted muy buena, miss Elinor —dijo Mary, agradecida.

—No hago más que cumplir los deseos de tía Laura —y añadió, después de titubear un momento—: Bueno, eso es todo.

La brusca despedida hirió la sensibilidad de la muchacha. Se levantó y dijo con lentitud:

—Muchas gracias, miss Elinor.

Y salió de la habitación.

Elinor permaneció con los ojos fijos en un punto invisible. Nadie habría podido adivinar los pensamientos que surcaban el cerebro de

la joven. Continuó sentada, inmóvil, durante largo rato…

* * *

Al fin, Elinor fue en busca de Roddy. Le encontró en la sala. Estaba de pie mirando por la ventana. Se volvió bruscamente al entrar Elinor.

Ella dijo:

—¡Ya lo he terminado! Quinientas libras esterlinas para mistress Bishop: ¡ha estado aquí tantos años! Cien para la cocinera y cincuenta para Milly y Olive. Cinco libras esterlinas para cada uno de los otros. Veinticinco para Esteban, el primer jardinero; y, desde luego, algo para el viejo Gerrard, el guarda del pabellón. Todavía no me he ocupado de él. Es un problema… Supongo que habrá que pensionarle.

Hizo una pausa, y luego continuó rápidamente:

—Asigno dos mil libras esterlinas a Mary Gerrard. ¿Crees tú que eso es lo que tía Laura habría querido? Me pareció que era la cantidad apropiada para ella.

Roddy contestó, sin mirarla:

—Sí, en efecto. Siempre has tenido muy buen criterio, Elinor.

Se volvió para mirar de nuevo por la ventana.

Elinor contuvo el aliento un minuto. Luego empezó a hablar nerviosa, precipitada e incoherentemente:

—Hay algo más. Quiero…, es justo…, quiero decir…, que tú recibas la parte que en derecho te pertenece, Roddy.

Cuando él giró sobre sus talones, con una expresión de irritación en el rostro, ella se apresuró a añadir:

—No, escucha, Roddy. ¡No es más que un acto de justicia! El dinero que era de tu tío…, que él dejó a su esposa…, naturalmente suponía que vendría a parar a tus manos. Además, era el propósito de tía Laura. Lo sé por lo que ella me dijo en algunas ocasiones. Y si yo tengo el dinero de ella, tú debes recibir la parte de él; es muy justo. No puedo soportar la idea de que yo pueda haberte robado… simplemente porque tía Laura no quiso hacer testamento. ¡Tú tienes que comprender que esto no es más que justicia!

El rostro largo y sensitivo de Roddy palideció. Dijo:

—¡Dios mío, Elinor! ¿Quieres que yo tenga la impresión de que soy un canalla? ¿Crees por un momento que yo podría…, que yo podría aceptar ese dinero de ti?

—Yo no te lo doy. Es sencillamente un acto de justicia.

Roddy exclamó:

—¡No quiero tu dinero!

—¡No es mío!

—Es tuyo por ley, ¡y esto es lo que importa! Por amor de Dios, trata esto como si fuera un negocio. No quiero tomar ni un céntimo de ti. Espero que no querrás que acepte una limosna.

Elinor exclamó:

—¡Roddy!

Él hizo un rápido gesto.

—¡Ah!, perdona, querida, lo siento. No sé lo que me digo. Estoy tan desconcertado, tan desorientado.

Elinor murmuró suavemente:

—¡Pobre Roddy!…

Él había vuelto la cara del otro lado nuevamente y jugueteaba con la borla de los visillos. En tono indiferente, preguntó:

—¿Sabes tú lo que Mary Gerrard se propone hacer?

—Piensa aprender a dar masajes, según me ha dicho.

—¡Ya!

Hubo un silencio. Elinor se irguió; inclinó hacia atrás la cabeza. Su voz sonaba imperiosa cuando le dijo:

—Roddy, quiero que me escuches con atención.

Él se volvió hacia ella, ligeramente sorprendido.

—Desde luego, Elinor.

—Quiero que hagas el favor de seguir mi consejo.

—¿Y cuál es tu consejo?

Elinor repuso con toda calma:

—No estás muy atado. Puedes permitirte unas vacaciones siempre que quieras, ¿no es verdad?

—¡Oh, sí!

—Entonces…, hazlo. Márchate a alguna parte, al extranjero, por, digamos, tres meses. Vete solo. Traba nuevas amistades y visita nuevos lugares. Hablemos con franqueza. En este momento crees

que estás enamorado de Mary Gerrard. Quizá lo estés. Pero no es el instante de abordarla, tú lo sabes tan bien como yo. Nuestro compromiso queda roto. Vete al extranjero, pues, como un hombre libre, y al cabo de tres meses, como un hombre libre, puedes decidirte. Entonces sabrás mejor si realmente amas a Mary o si se trata tan sólo de un capricho pasajero. Y si entonces estás completamente seguro de que la amas, vuelve y dile que estás seguro de no equivocarte, y quizá ella te escuche entonces.

Roddy se aproximó a Elinor. Le cogió una mano.

—¡Elinor, eres maravillosa! ¡Tienes un cerebro tan claro! ¡Eres tan impersonal! No eres mezquina. Te admiro más de lo que puedes imaginarte. Haré al pie de la letra lo que me sugieres. Me marcharé, me apartaré de todo y comprobaré si realmente estoy enamorado o he estado haciendo el idiota. ¡Oh, Elinor! Realmente, no sabes cuánto te aprecio. Me doy perfecta cuenta de que siempre eres mil veces demasiado buena para mí. Dios te bendiga, querida, por tus bondades.

Rápida, impulsivamente, la besó en una mejilla y salió del aposento. Hizo bien, quizá, en no volver la cabeza y ver el rostro de ella.

* * *

Un par de días después, Mary comunicó a la enfermera Hopkins su cambio de fortuna.

Aquella mujer, de espíritu práctico, la felicitó calurosamente.

—Ha sido una gran suerte para usted, Mary —dijo—. La difunta señora podía haber tenido muy buenas intenciones para con usted; pero a menos que una cosa esté escrita, las intenciones no significan nada. Podría muy bien no haber recibido ni un céntimo.

—Miss Elinor manifestó que la noche en que mistress Welman murió le dijo que hiciera algo por mí.

La enfermera Hopkins resopló.

—Es posible. Pero muchas personas lo habrían olvidado después. Los parientes son así. ¡Puede estar segura de que he visto muchas cosas en mi vida! Gentes que al morir decían que sabían que su

querido hijo o su querida hija cumplirían sus deseos. De diez veces, nueve, el querido hijo o la querida hija encontraban algún motivo para no realizarlo. La naturaleza humana es la naturaleza humana, y a nadie le gusta separarse de su dinero, a menos que se vea obligado. Miss Elinor sabe cumplir mejor que la mayoría.

Mary murmuró, lentamente:

—Y, sin embargo…, tengo la impresión de que no me quiere.

—Tiene sus motivos —dijo la enfermera Hopkins bruscamente —. No ponga esa cara de inocente, Mary. Míster Roderick la está asediando desde hace algún tiempo.

Mary enrojeció.

La enfermera continuó:

—Se ha enamorado de usted. ¿Qué me dice? ¿También está enamorada de él?

Mary contestó, titubeante:

—No…, no lo sé…. No lo creo. Pero, desde luego, es muy simpático.

—¡Hum! —murmuró la enfermera Hopkins—. ¡No sería para mí! Es uno de esos hombres nerviosos y muy exigentes en la comida también. Los hombres no sirven para gran cosa, aun en el mejor de los casos. No se precipite, Mary. Usted es muy bonita y puede escoger. Miss O'Brien me dijo el otro día que usted debería dedicarse al cine. Las rubias son muy populares, según he oído decir siempre.

Mary contrajo la frente, y preguntó:

—¿Qué le parece que haga con mi padre, mistress Hopkins? Él cree que yo debo darle parte de ese dinero.

—Nada de eso —contestó mistress Hopkins, iracunda—. Mistress Welman no pensó en que ese dinero fuera a parar a él. En mi opinión, hace muchos años que habría perdido el empleo, de no ser por usted. ¡En mi vida he visto un hombre más gandul!

—¡Parece extraño que teniendo ella todo ese dinero no hiciera testamento diciendo cómo había de distribuirse!

La enfermera Hopkins movió la cabeza.

—La gente es así. Siempre lo aplaza.

Mary observó:

—Encuentro que es una tontería.

Mistress Hopkins preguntó:

—¿Ha hecho usted testamento, Mary?

Mary la miró con asombro.

—¡Oh, no!

—Y, sin embargo, ya es mayor de edad.

—Pero yo…, yo no tengo nada que dejar. Por más que ahora sí que tengo.

La enfermera Hopkins dijo bruscamente:

—Desde luego que sí… Y una bonita suma.

Mary murmuró:

—¡Oh, no hay prisa!…

—Ya lo ve —interrumpió la enfermera secamente—. Así es todo el mundo. Porque sea una muchacha que goza de buena salud, no obsta para que pueda sufrir un accidente en un autobús o que la atropelle un auto.

Mary rió. Confesó:

—Ni siquiera sé cómo se hace un testamento.

—Pues es muy fácil. Puede pedir un impreso en la oficina de Correos. Vamos a buscar uno.

En la casita de la enfermera Hopkins, el impreso fue extendido sobre una mesa y se discutió el asunto. La enfermera Hopkins se divertía muchísimo. Un testamento, declaró, era lo mejor después de una muerte.

Mary preguntó:

—¿Quién recibiría el dinero si yo no hiciese testamento?

La enfermera Hopkins contestó con tono de duda:

—Supongo que su padre.

Mary declaró con aspereza:

—De ninguna manera. Preferiría dejárselo a mi tía de Nueva Zelanda.

La enfermera Hopkins dijo alegremente:

—De poco serviría dejárselo a su padre…, pues seguramente no ha de vivir mucho.

Mary había oído decir eso a la enfermera Hopkins tantas veces, que ya no le impresionaba.

—No recuerdo las señas de mi tía. No tenemos noticias de ella desde hace años.

—Supongo que eso no tiene importancia —observó la enfermera Hopkins—. ¿Conoce su nombre de pila?

—Se llama Mary, Mary Riley.

—Muy bien. Escriba que lo deja todo a Mary Riley, hermana de la difunta Elisa Gerrard, de Hunterbury, Maidensford.

Mary se inclinó sobre el impreso, escribiendo. Cuando llegó al fin, se estremeció de repente. Una sombra se había interpuesto entre ella y el sol. Levantó la vista y vio a Elinor Carlisle de pie, al otro lado de la ventana, mirando hacia adentro.

Elinor preguntó:

—¿Qué está haciendo, tan ocupada?

La enfermera Hopkins contestó con una sonrisa:

—Está haciendo su testamento.

—¿Haciendo su testamento?

De pronto, Elinor prorrumpió en una risa extraña…, casi histérica. Comentó:

—¿De manera que está haciendo testamento, Mary? *Es cómico. Muy cómico*…

Riendo aún, se apartó de la ventana y echó a andar rápidamente por la calle.

La enfermera Hopkins la miró asombrada.

—¿Ha visto? ¿Qué le ha ocurrido?

* * *

Elinor no había andado más de una docena de pasos, riendo todavía, cuando una mano se posó sobre su brazo por detrás. Ella se detuvo bruscamente y se volvió.

El doctor Lord la miró con fijeza, con el ceño fruncido. Preguntó en tono imperioso:

—¿De qué se ríe?

Elinor contestó:

—Realmente… no lo sé.

Lord exclamó:

—¡Es una respuesta muy tonta!

Elinor enrojeció y explicó:

—Creo que deben de ser los nervios. Miré por la ventana de la enfermera Hopkins y… Mary Gerrard estaba escribiendo su testamento. Eso me hizo reír. ¡No sé por qué!

Lord interrogó bruscamente:

—*¿No lo sabe?*

Elinor respondió:

—Ha sido una tontería, le digo; estoy nerviosa.

El doctor Lord repuso:

—Le recetaré un tónico.

Elinor comentó incisivamente:

—¡Qué *útil* será!

Lord sonrió, desarmado.

—Completamente inútil, de acuerdo. Pero ¡es lo único que se puede hacer cuando una persona no quiere decir lo que tiene!

Elinor afirmó:

—No tengo nada.

El doctor repuso con toda calma:

—Sí que tiene, y mucho.

Elinor explicó:

—Supongo que he tenido algo de tensión nerviosa…

El doctor Lord interrumpió:

—Lo creo. Pero no estoy hablando de eso —hizo una pausa—. ¿Va usted a quedarse mucho tiempo aquí?

—Me marcho mañana.

—¿No quiere usted vivir aquí?

Elinor denegó con la cabeza:

—No…, jamás. Creo…, creo… que venderé la casa si me hacen una buena oferta.

El doctor Lord dijo:

—Comprendo…

Elinor anunció:

—Ahora tengo que marchar a casa.

Tendió su mano con firmeza. Peter Lord la cogió. La retuvo. En tono muy serio y un tanto preocupado, rogó:

—Miss Carlisle, ¿quiere hacer el favor de decirme qué pensaba cuando reía hace un momento?

Ella retiró su mano rápidamente.

—¿Qué había de pensar?

El rostro de Lord estaba grave y algo entristecido.

—Eso es lo que quisiera saber.

Elinor dijo con impaciencia:

—¡Simplemente, lo encontré muy divertido; eso es todo!

—¿Que Mary Gerrard estuviese haciendo su testamento? ¿Por qué? Hacer testamento es una cosa muy natural. Ahorra muchos sinsabores. ¡A veces, desde luego, *produce* disgustos!

Elinor dijo con impaciencia:

—Desde luego, todo el mundo debería hacer su testamento. No quería decir eso.

El doctor Lord observó:

—Mistress Welman debería haber hecho su testamento.

Elinor dijo con pasión:

—Sí, en efecto.

El color le subió a la cara.

El doctor Lord preguntó inesperadamente:

—¿Y usted?

—¿*Yo*?

—Sí, acaba usted de decir que todo el mundo debería hacer su testamento. *¿Lo ha hecho usted?*

Elinor le miró con fijeza un momento; luego rió.

—¡Qué cosa más extraordinaria! —exclamó—. No, no lo he hecho. ¡No había pensado en ello! Soy lo mismo que mi tía Laura. ¿Sabe usted, doctor Lord? Ahora mismo me voy a casa y le escribiré a míster Seddon al respecto.

Lord observó:

—Lo encuentro muy cuerdo.

* * *

En la biblioteca, Elinor acababa una carta:

Estimado míster Seddon:

¿Quiere hacer el favor de redactar un testamento para que yo lo firme? Uno que sea muy sencillo. Quiero dejarlo

absolutamente todo a Roderick Welman.

Sinceramente suya,

Elinor Carlisle.

Miró el reloj. Dentro de unos minutos se llevarían el correo.

Abrió el cajón de la mesa y recordó que había usado el último sello aquella mañana.

Sin embargo, estaba segura de que tenía algunos en su dormitorio.

Subió. Cuando volvió a entrar en la biblioteca con el sello en la mano, Roddy estaba de pie junto a la ventana.

Él dijo:

—¿De modo que nos marchamos de aquí mañana? Hemos pasado muy buenos tiempos aquí en este querido Hunterbury.

Elinor preguntó:

—¿Tienes algún inconveniente en que se venda?

—¡Oh, no, no! Comprendo que es lo mejor que puede hacerse.

Hubo un silencio. Elinor cogió su carta y le dio una ojeada para ver si estaba bien. Luego cerró el sobre y pegó el sello.

Capítulo VI

ALGUNAS CARTAS

CARTA DE LA ENFERMERA O'BRIEN A LA ENFERMERA HOPKINS. 14 DE JULIO.

Laborough Court.

Querida Hopkins:

He tenido la intención de escribirle desde hace unos días. Ésta es una casa preciosa, y los cuadros, según creo, muy famosos. Pero no puedo decir que es tan cómoda como lo era Hunterbury, si entiende lo que quiero decir. En esta parte del campo es difícil encontrar una criada, y las muchachas que hay son muy rústicas y algunas de ellas poco serviciales; y aunque yo no soy de las que se quejan, la comidas, cuando se las mandan en una bandeja, deberían estar calientes por lo menos. ¡Y no hay facilidades para calentar un cacharro de agua, y el té no siempre se hace con agua hirviendo! Sin embargo, no importa. El paciente es un caballero muy simpático: una pulmonía doble, pero la crisis ha pasado y el doctor dice que está mejorando.

Lo que tengo que decirle, que realmente le interesará, es la siguiente extraña coincidencia: en el salón, sobre el piano, hay un retrato montado en un armazón de plata, y, ¿querrá usted creerme?, es el mismo retrato del que ya le he hablado; el que está firmado Lewis, que mistress Welman pidió. Desde luego, me intrigó… ¿Quién no lo estaría? Y pregunté al mayordomo quién

era, y me contestó al instante que era el hermano de lady Rattery, sir Lewis Rycroft. Vivía, a lo que parece, no muy lejos de aquí, y murió en la guerra. Muy triste, ¿no es verdad? Pregunté casualmente si estaba casado, y el mayordomo contestó que sí, pero que lady Rycroft ingresó en un manicomio, la pobre, poco después de su casamiento: «Vive aún», dijo. Interesante, ¿no es cierto? Como ve, estábamos equivocados. Tienen que haberse querido mucho él y mistress W., y no pudieron casarse porque la esposa estaba en un manicomio. Parece cosa de película, ¿verdad? Y eso de que ella recordase los años pasados y antes de morir mirase el retrato de él… «Murió en la guerra, en el año mil novecientos diecisiete», dijo el mayordomo. Toda una novela, a mi entender.

¿Ha visto la nueva película de Myrna Loy? He visto que la proyectaban en Maidensford esta semana. ¡Y no hay ningún cine por aquí cerca! ¡Oh, es terrible encontrarse enterrada en el campo! ¡No extraño que no encuentren criadas decentes!

Bueno, adiós por ahora, querida; escríbame y cuénteme todas las novedades.

Sinceramente suya,

Eileen O'Brien.

CARTA DE LA ENFERMERA HOPKINS A LA ENFERMERA O'BRIEN. 14 DE JULIO.

Villa Rosa.

Querida O'Brien:

Todo continúa aquí como siempre. Hunterbury está desierto; todos los criados se han marchado y hay un cartel que dice: «Se vende». Vi a mistress Bishop el otro día; vive con su hermana, que habita a unos kilómetros de aquí. Se llevó un disgusto, como puede imaginarse, al observar que la casa estaba en venta. Al parecer, ella se aseguró de que miss Carlisle se casaría con míster

Welman y que vivirían aquí. ¡Mistress B. dice que el compromiso de casamiento quedó roto! Miss Carlisle marchó a Londres poco después de su partida. Una o dos veces que la vi noté en ella unas maneras muy extrañas. Realmente, yo no sabía qué le ocurría. Mary Gerrard ha marchado a Londres y ha empezado a estudiar para masajista. Creo que ha hecho muy bien. Miss Carlisle le dará, en concepto de legado, dos mil libras esterlinas, lo cual encuentro muy decente por su parte.

A propósito, es extraño cómo suceden las cosas. ¿Recuerda que le hablé en una ocasión de un retrato firmado Lewis, que mistress Welman me enseñó? Estaba yo conversando el otro día con mistress Slattery…, era el ama de llaves del viejo doctor Ransone, que ejercía aquí antes que el doctor Lord…, y desde luego, ella ha vivido siempre aquí y está muy enterada de la vida y milagros de la gente de esos parajes. Abordé el tema en tono casual, mencionando algunos nombres de pila, y diciendo que el nombre de Lewis no era común, y, entre otros, ella mencionó a sir Lewis Rycroft, de Forges Park. Aquél sirvió, en la gran guerra, en el regimiento de Lanceros número 17, y murió hacia el final de la contienda. Así, yo dije: «Era un gran amigo de mistress Welman, de Hunterbury, ¿no es verdad?». Ella me miró y dijo: «Sí, habían sido muy íntimos amigos, pero ella no quería hablar…, ¿y por qué no habían de ser amigos?». Entonces, yo dije que seguramente mistress Welman era viuda en aquella época, y ella contestó: «¡Oh, sí, era viuda!». Como ve, querida, presumí al instante que ella quería decir algo con eso, y en consecuencia manifesté que era extraño, entonces, que no se casaran. Ella repuso al instante: «No podían casarse. Sir Lewis tenía a su esposa en un manicomio». ¡Por consiguiente, como ve, ahora lo sabemos todo! Considerando el modo fácil como se consigue un divorcio en estos tiempos, constituye una vergüenza que la locura no sea un motivo para concederlo.

¿Recuerda a aquel joven apuesto, Ted Bigland, que solía cortejar a Mary Gerrard? Ha venido a pedirme las señas de ella en Londres, pero no se las he dado. En mi opinión, Mary está por encima de Ted Bigland. Ignoro si usted se dio cuenta, querida; pero míster R. W. estaba enamorado de ella. Es una lástima,

porque se han producido algunos disgustos. Fíjese bien: ése es el motivo por el cual se han roto las relaciones entre él y miss Carlisle. Y si me lo pregunta, le diré que esto la ha afectado mucho. Yo no sé lo que ella vio en él. Tengo la seguridad de que R. W. no hubiera sido objeto de mi elección; pero oigo de persona bien enterada que ella estaba locamente enamorada de él. Un lío, ¿no le parece? Y la señorita tiene ahora todo ese dinero.

Creo que él esperaba que su tía le dejase alguna suma de importancia.

El viejo Gerrard, del pabellón, decae rápidamente: ha sufrido algunos ataques graves. Sigue tan grosero y quisquilloso como siempre. Llegó a decir el otro día que Mary no era su hija. Yo entonces le repuse: «A mí me daría vergüenza decir una cosa semejante de su esposa». Él me miró y contestó: «No es usted más que una idiota. No comprende usted». Cortés, ¿no es verdad? Su mujer era, según tengo entendido, doncella de mistress Welman antes de su casamiento.

Vi La buena tierra la semana pasada. ¡Es preciosa! Al parecer, las mujeres tienen que soportar muchas cosas en China.

Siempre suya,

Jessie Hopkins.

POSTAL DE LA ENFERMERA HOPKINS A LA ENFERMERA O'BRIEN.

¡Qué casualidad! ¡Nuestras cartas se cruzaron! ¿No le parece que hace un tiempo horrible?

POSTAL DE LA ENFERMERA O'BRIEN A LA ENFERMERA HOPKINS.

Recibí su carta esta mañana. ¡Qué coincidencia!

CARTA DE RODERICK WELMAN A ELINOR CARLISLE. 15 DE JULIO.

Querida Elinor:

Acabo de recibir tu carta. No; realmente, no siento que se venda la casa de Hunterbury. Has sido muy amable al consultarme. Creo que procedes muy bien si no te gusta vivir allí, lo cual es evidente. No obstante, es posible que tengas alguna dificultad en deshacerte de ella. Es una casa demasiado grande para las necesidades actuales, aunque, desde luego, ha sido modernizada, está provista de buenas dependencias para la servidumbre, tiene gas y luz eléctrica y todo lo necesario. De todas formas, espero que tengas suerte. El calor aquí es espléndido. Paso horas enteras en el mar. Hay aquí una gente algo extraña, pero no me mezclo mucho con ella. Ya me dijiste una vez que yo no era muy sociable. Temo que sea la pura verdad. Encuentro que la mayor parte del género humano es extraordinariamente repulsiva. Probablemente los otros tienen hacia mí el mismo sentimiento. Hace mucho tiempo que me di cuenta de que tú eras uno de los representantes más aceptables de la Humanidad. Estoy pensando en pasar una semana o dos en las costas dálmatas. Mis señas: a la casa Cook, de Dubrovnik, desde el día 22. Si puedo hacer algo por ti, dímelo.

Agradecido y con admiración, tuyo,

Roddy.

CARTA DE MÍSTER SEDDON, DE LA RAZÓN SOCIAL SEDDON, BLATHERWICK Y SEDDON, A MISS ELINOR CARLISLE. 20 DE JULIO.

104 Blomsbury Square.

Distinguida señorita:

Creo sinceramente que debe usted aceptar la oferta del mayor Somervell. Doce mil quinientas libras es una bonita suma, y las grandes propiedades son extremadamente difíciles de vender en estos tiempos. La condición principal es entrar inmediatamente en posesión de la finca, y como ha llegado a mis oídos que el citado mayor ha visto varias propiedades de los alrededores, me permito aconsejarle que acepte lo más pronto posible.

El presunto comprador desea tomar la casa amueblada por tres meses, y durante ese plazo podrán formalizarse los requisitos legales y efectuar la venta.

En lo que se refiere al guarda Gerrard y su pensión, me dice el doctor Lord que el pobre anciano se encuentra gravemente enfermo y que no es probable que viva más de un mes.

Aunque todavía no se ha resuelto nada, he adelantado cien libras a miss Mary Gerrard, de acuerdo con sus deseos.

De usted atto., s. s.,

Edmund Seddon.

CARTA DEL DOCTOR LORD A MISS ELINOR CARLISLE. 24 DE JULIO.

Distinguida señorita:

El anciano Gerrard ha fallecido hoy. ¿Podría serle útil en alguna otra cosa? Me he enterado de que ha vendido usted su posesión al mayor Somervell.

La saluda atentamente,

Peter Lord.

CARTA DE ELINOR CARLISLE A MARY GERRARD. 25

DE JULIO.

Querida Mary:

Con gran sentimiento me entero hoy del fallecimiento de su pobre padre.

El mayor Somervell desea comprar Hunterbury. Está ansioso por entrar inmediatamente en posesión de la casa. Yo iré por ésa a recoger los papeles de mi tía y a hacer una limpieza general. ¿Querrá hacerme el favor de recoger los efectos de la propiedad de su difunto padre del pabellón lo más pronto posible?

Espero que su salud vaya perfectamente y no encuentre demasiado fatigoso el aprendizaje del masaje.

Un saludo de su affma.,

Elinor Carlisle.

CARTA DE MARY GERRARD A LA ENFERMERA HOPKINS. 25 DE JULIO.

Querida enfermera Hopkins:

Le agradezco mucho lo que me escribe acerca de mi pobre padre. Me consuela pensar que no sufrió demasiado. Miss Elinor me escribe diciéndome que ha vendido Hunterbury y que desea que desocupe el pabellón lo más pronto posible. ¿Podría usted alojarme si fuese mañana al funeral? En caso afirmativo, no se moleste en responderme.

Muy afectuosamente,

Mary Gerrard.

Capítulo VII

«LA MUCHACHA ESTÁ MURIÉNDOSE»

Elinor Carlisle salió del King's Arms en la mañana del jueves 27 de julio y permaneció durante un par de minutos ojeando de arriba abajo la calle principal de Maidensford.

De pronto, con una exclamación de alegría, cruzó la calle.

No había error posible. Aquella figura elevada y digna, que se semejaba a un galeón con velas desplegadas, no podía ser más que el ama de llaves.

—¡Mistress Bishop!…

—¡Caram…, miss Elinor!… ¡Qué sorpresa!… ¡Ignoraba que estuviese usted por aquí! Si hubiese sabido que se proponía visitar Hunterbury, la habría esperado en la casa. ¿Quién la atenderá?… ¿Ha traído a alguien de Londres?…

Elinor movió la cabeza.

—No pienso alojarme en la casa. Me hospedo en el King's Arms.

Mistress Bishop miró al edificio que se alzaba frente a ella.

—Tengo entendido que no se está mal ahí. Hay aseo, y la cocina es buena. Pero no es eso a lo que está usted acostumbrada, señorita.

Elinor repuso, sonriente:

—Estoy bastante cómoda. Además, no estaré más que un día o dos. Tengo que sacar varias cosas de la casa: todos los efectos personales de mi tía y varios muebles que me gustaría tener en Londres.

—¿Ha vendido ya la casa, entonces?

—Sí. A un señor llamado Somervell. Nuestro nuevo diputado. Como usted sabe, ha muerto sir George Karr, y este caballero ha resultado elegido.

—Hasta ahora no habíamos tenido en Maidensford más que un diputado conservador —arguyó mistress Bishop.

Elinor añadió:

—Me complace que el comprador de la casa piense vivir en ella. Me habría dado pena que la hubiese convertido en un hotel o la hubiera derribado para volver a edificar de nuevo.

Mistress Bishop cerró los ojos y toda su aristocrática humanidad se estremeció. Opinaba exactamente como Elinor.

—Sí. Habría sido terrible. Ya es lamentable que Hunterbury pase a manos extrañas.

Elinor repuso:

—Tiene usted razón; pero es una casa demasiado grande para vivir… sola en ella.

Mistress Bishop exhaló un suspiro.

Elinor se apresuró a decir:

—Quería preguntarle a usted… ¿Tiene interés por alguno de los muebles? Me causaría un gran placer que lo aceptara usted a título de recuerdo.

El rostro de mistress Bishop irradió satisfacción.

—Bien, miss Elinor…, es usted extraordinariamente amable. Si me atreviese…

Se detuvo, cohibida.

Elinor la animó:

—¡Atrévase!

—Pues bien… Siempre he admirado enormemente el *secrétaire* que hay en la sala de dibujo. ¡Es tan precioso!

Elinor recordó el mueble. Una obra ostentosa de marquetería. Asintió.

—Es suyo, mistress Bishop. ¿No quiere nada más?

—¡Oh, no, miss Elinor; es usted muy generosa!

Elinor dijo:

—Hay algunas sillas del mismo estilo que el *secrétaire*. ¿Le gustarían?

Mistress Bishop aceptó las sillas con un balbuceo de reconocimiento. Luego declaró:

—Ahora estoy alojada en el domicilio de mi hermana. ¿Puedo ayudarla en algo allí, en la casa, miss Elinor? Iré con usted si lo

desea.

Elinor respondió:

—Se lo agradezco mucho, mistress Bishop, pero no es necesario. Lo que he de hacer no requiere ayuda. Se está mejor sola.

Mistress Bishop repuso:

—Como usted quiera, señorita.

Luego prosiguió:

—La hija de Gerrard está aquí. Ayer tuvo lugar el entierro. Se aloja en casa de miss Hopkins. He oído decir que piensa ir hoy mismo al pabellón.

Elinor asintió con la cabeza.

Dijo:

—Sí. Yo misma le pedí que viniese a recoger todo lo perteneciente a su padre. El mayor Somervell quiere venir a vivir en seguida.

—Ya veo.

Elinor dio un paso atrás.

—Bien, mistress Bishop, tengo que marcharme. Me alegro mucho de verla. Ya tendré en cuenta lo del *secrétaire* y las sillas.

Estrechó la mano de la antigua ama de llaves y se despidió.

Se dirigió a la panadería y compró un pan. Luego adquirió en la quesería una libra de manteca y cierta cantidad de leche.

Finalmente, entró en la casa del tendero.

—Desearía pasta para emparedados.

—En seguida, miss Carlisle —el mismo míster Abbot se dispuso a atenderla, dando un codazo a su dependiente—. ¿Qué prefiere? ¿Salmón y camarones? ¿Pavo y lengua? ¿Salmón y sardinas? ¿Mermelada y lengua?

Al mismo tiempo fue sacando bote tras bote y alineándolos sobre el mostrador.

Elinor dijo con leve sonrisa:

—A pesar de su denominación, yo creo que tienen todos el mismo gusto.

Míster Abbot asintió inmediatamente.

—Sí, en efecto; en cierto modo, sí. Pero son muy sabrosos, muy sabrosos.

Elinor declaró:

—Es peligroso ingerir esas pastas de pescado. Se han dado muchos casos de envenenamiento por su causa.

Míster Abbot adoptó una expresión de horror.

—Puedo asegurarle a usted que este surtido es excelente… y de confianza. Jamás hemos recibido queja alguna.

Elinor dijo:

—Déme uno de salmón y anchoas y otro de salmón y camarones. Gracias.

* * *

Elinor Carlisle penetró en los dominios de Hunterbury por la puerta posterior.

Era un día de estío, claro y caluroso. Veíanse los guisantes de olor en flor. Elinor pasó rozando una fila de ellos. El ayudante del jardinero, Horlick, que había permanecido en su puesto para cuidar el jardín, la saludó respetuosamente:

—Buenos días, señorita. Recibí su carta. Encontrará abierta la puerta lateral. He descorrido las persianas y he dejado abiertas la mayoría de las ventanas.

Elinor dijo:

—Gracias, Horlick.

Cuando la joven se alejaba, el muchacho corrió tras ella diciendo nerviosamente, mientras que la nuez ascendía y descendía en su garganta en forma espasmódica:

—Perdóneme, señorita…

Elinor se volvió.

—¿Qué desea?

—¿Es verdad que ha vendido la casa?… Es decir…, ¿han cerrado ya la venta?

—Sí.

Horlick continuó, tartamudeando:

—Desearía…, señorita…, que usted… me… recomendara al ma… yor Somervell. Necesitará un… jardinero…, sin duda… Tal vez crea que yo soy todavía demasiado joven… para ser… jardinero… pri… me… ro… Pero, como usted sabe, he estado al

servicio de míster Stephens durante cuatro años y puedo arreglármelas muy bien yo solo con todo este jardín…

Elinor prometió:

—Haré lo que pueda por usted, Horlick. De todas formas, tenía la intención de elogiar sus conocimientos de jardinería ante el nuevo dueño de Hunterbury.

El rostro de Horlick adquirió la tonalidad de la púrpura.

—Muchas gracias, señorita. Es usted muy bondadosa. Me ha quitado usted un peso de encima. Ya ve: la muerte repentina de su señora tía… y la venta de Hunterbury me tenían muy preocupado… Además, pienso casarme el próximo otoño y… querría asegurarme…

Se interrumpió.

Elinor dijo amablemente:

—Espero que el mayor Somervell aceptará sus servicios. Confíe en que yo haré todo cuanto esté en mi mano.

—Gracias, señorita… Todos esperábamos que la finca sería conservada por la familia… Gracias, señorita.

Elinor se alejó.

De pronto, como el vapor de una caldera que estalla, una ola de cólera, de resentimientos indescriptibles, la inundó: «Todos esperábamos que la finca sería conservada por la familia…».

Roddy y ella debían haber vivido allí. *¡Roddy y ella!*

A Roddy le habría gustado. Y ella habría vivido en aquella casa por amor a Roddy. Ambos habían amado siempre Hunterbury… ¡Querido Hunterbury!… En los años que precedieron a la muerte de sus padres, cuando éstos estuvieron en la India, ella venía a pasar allí sus vacaciones, había jugado en el bosque, vadeando los arroyuelos, arrancando los guisantes en flor hasta formar grandes brazadas… Recordaba cuando comía uvas y grosellas hasta saciarse y frambuesas lustrosas de color rojo oscuro… Luego, las manzanas…, y los escondrijos secretos en que se ocultaba con un libro y leía horas y horas…

Ella había amado Hunterbury… Siempre había alimentado la esperanza de poder vivir allí permanentemente… algún día… Tía Laura la había animado a esta idea. Con palabras y frases como éstas: «Algún día, Elinor, harás cortar esos tejos… ¡Son algo

sombríos, tal vez!… ¡Tú te encargarás de que te lo hagan!».

¿Y Roddy?… Roddy también pensaba en que Hunterbury llegase a ser su hogar… Tal vez se basaba en su cariño hacia ella y en la idea de unirse… Subconscientemente, él experimentaba también la sensación de que Hunterbury sería el complemento de su vida común…

Y habrían venido aquí a vivir juntos… Ahora mismo estarían ya viviendo en la magnífica residencia, en vez de estar sacando las cosas para venderlas. En estos momentos habría estado llena de tapiceros, decoradores, albañiles… Y ellos planearían nuevas modificaciones que hermosearan el interior y exterior de aquella casa que *era suya, de los dos*… Y habrían paseado juntos, muy juntos, por *su* jardín, causando la envidia de todos los que los viesen por la felicidad que rebosarían… Así habría ocurrido si no hubiese sido por aquel fatal accidente de la belleza de Mary.

¿Qué sabía Roddy de Mary Gerrard…? Nada…, menos que nada… ¿Qué era lo que le atraía de Mary?…

Indudablemente, la joven debía de tener buenas cualidades…, pero ¿lo sabía Roddy?

¿No había dicho él mismo que estaba bajo el influjo de un encanto?

¿No deseaba Roddy verse libre de él?

Si algún día Mary Gerrard…, muriese…, por ejemplo…, tal vez Roddy reconociese: «Más vale así; ahora me doy cuenta. No teníamos nada en común. Hubiéramos sido desgraciados».

Tal vez hubiese añadido con gentil melancolía:

«Era una criatura encantadora…».

Si a Mary Gerrard le sucediese algo, Roddy volvería a ella, a Elinor… Estaba segura.

Si a Mary Gerrard le sucediese algo…

Elinor hizo girar el picaporte de la puerta lateral. Pasó de la luz a la sombra. Parecía que *algo* la esperaba dentro de la casa… Tembló.

Atravesó el vestíbulo, abrió otra puerta y penetró en la despensa.

Olía a húmedo allí. Empujó la ventana y la abrió de par en par.

Sobre la mesa dejó todos los paquetes que traía…, la manteca, el

pan, la pequeña botella de leche.

Quedó mirándolos un momento y pensó: «¡Qué estúpida soy…! ¡He olvidado el café!».

Miró en los botes que había sobre un estante. En uno de ellos había un poco de té, pero en ninguno pudo encontrar café.

Murmuró para sí:

—Bueno, no importa.

Abrió los tarros de pasta de pescado y quedó ensimismada mirándolos. Luego salió de la despensa y subió la escalera. Se dirigió directamente a la habitación de la difunta mistress Welman. Se aproximó a la cómoda y empezó a abrir cajones y a sacar vestidos, abanicos…, que fue apilando cuidadosamente.

* * *

En el pabellón, Mary miraba abatidísima a su alrededor.

El pasado acudió a su mente en visión cinematográfica. Veía a su madre haciendo vestiditos para sus muñecas… Y a su padre con su eterno mal humor. La odiaba. Sí, la odiaba…

De pronto, se volvió a la enfermera Hopkins.

—¿No le dio papá ningún encargo para mí antes de… morir?

La enfermera repuso con displicencia:

—¡Oh, no!… Perdió el conocimiento una hora antes de exhalar el último suspiro.

Mary dijo lentamente:

—Creo que debí venir a cuidarle. Después de todo, *era mi padre*.

La Hopkins replicó con cierto embarazo:

—Mire, Mary… La cuestión no es que fuese su padre o dejase de serlo. Los hijos no se preocupan gran cosa por sus padres en nuestros tiempos. Ni tampoco los padres por sus hijos. Hace unos días estuve oyendo a miss Lambert en la escuela de segunda enseñanza y dijo que la vida familiar es un error y que los hijos deben ser educados y atendidos por el Estado. Las escuelas vendrían a ser una especie de asilo de huérfanos… pero a mí me parece admirable, porque así se evitarán muchos disgustos, sentimentalismos, nostalgias del pasado… y otras muchas cosas. Lo

esencial es ganar para comer por medio del trabajo honrado, y no es tan fácil algunas veces.

Mary dijo lentamente, y en sus palabras había tristeza:

—Tal vez tenga usted razón. Pero creo que tengo yo la culpa de que mi padre no haya congeniado conmigo.

La enfermera Hopkins exclamó:

—¡No diga tonterías!

La frase tuvo el estallido de una bomba.

La Hopkins desvió el tópico hacia cuestiones más prácticas.

—¿Qué piensa usted hacer con los muebles? ¿Los va a vender? ¿O piensa llevarlos a un guardamuebles?

—No sé… ¿Qué opina usted?

Echándoles una ojeada, la enfermera Hopkins repuso:

—Algunos son buenos y están en buen estado. Debe conservarlos y amueblar un pisito en Londres cuando pueda. Desháguese de los estropeados. Las sillas y la mesa están en buen uso… Aquel *bureau* está pasado de moda, pero es de caoba y es probable que el auténtico estilo victoriano vuelva a estar de moda… Yo vendería el armario. Es demasiado grande para transportarlo. Ocuparía la mitad de cualquier habitación.

Hicieron una relación de los muebles que cabía conservar o vender.

Mary aseguró:

—El abogado ha sido muy amable… Me ha adelantado algún dinero para que empiece mi aprendizaje y demás gastos. Transcurrirá un mes o dos antes que pueda entrar en posesión total, según me dijo.

La enfermera declaró con seriedad:

—¿Qué le parece su nuevo trabajo?

—Creo que me va a gustar mucho. Es muy cansado al principio. Llego a casa extenuadísima.

La enfermera declaró con seriedad:

—Yo también creí que me iba a morir cuando empecé a asistir a las prácticas en Saint Luke's. Tenía la seguridad de que no podría resistir los tres años… Sin embargo, lo conseguí.

Habían sacado los trajes y demás ropas del difunto. Ahora se encontraron con una caja de hojalata llena de papeles.

Mary dijo:

—Veamos todo esto.

Sentáronse cada una a un lado de la mesa.

La Hopkins murmuró, sacando un puñado de papeles:

—¡Qué montón de basura guardaba aquí su padre!… Recortes de periódicos… Cartas antiguas…

Mary dijo, desliando un documento:

—¡Éste es el certificado matrimonial de mis padres!… ¡Está fechado en Saint Albans… en el *año mil novecientos diecinueve*!… ¡Oh! ¡Enfermera!

—¿Qué le ocurre, querida?

Mary exclamó con voz trémula:

—¿No ve usted?… Estamos en mil novecientos treinta y nueve… Y tengo veintiún años… En mil novecientos diecinueve tenía un año de edad… Esto quiere decir que papá y mamá se casaron… después…

La enfermera Hopkins frunció el entrecejo. Luego exclamó vigorosamente:

—¡Bueno! ¿Y qué?… ¿Se va a preocupar por eso en estos tiempos?

—¡Oh, miss Hopkins…!

La enfermera dijo autoritariamente:

—Hay muchas parejas que no se deciden a ir a la Vicaría hasta mucho tiempo después de lo que están obligados…, pero el caso es que lo hagan. ¡Qué más da antes que después!…

Mary exclamó, con voz que parecía un susurro:

—¿No cree usted que tal vez sea por eso por lo que mi padre me odiaba? ¡Porque mi madre le *obligó* a casarse con ella!

La enfermera titubeó. Se mordió los labios; luego dijo:

—No es eso… —hizo una pausa y prosiguió—: No quiero que se preocupe más. Voy a decirle la verdad. El viejo Gerrard no era su padre.

Mary dijo, suspirando:

—Entonces, ¿*ésa* era la razón?

La enfermera declaró:

—¡Tal vez!

Mary se atrevió a decir, con las mejillas teñidas de púrpura:

—Tal vez no debiera decirlo, pero créame que me alegro… Me reprochaba siempre interiormente el poco cariño que sentía hacia *mi* padre… Ahora que me dice usted que no era mi padre, me tranquilizo. ¿Cómo lo supo usted?

La enfermera declaró:

—Gerrard habló mucho sobre esto antes de morir… Yo quise evitar que charlara tan a tontas y a locas, por si llegaba a oídos extraños; pero no me quiso hacer caso… Naturalmente, yo no se lo habría dicho a usted si no hubiese sido porque me daba lástima verla tan preocupada.

Mary dijo lentamente:

—Quisiera saber quién fue mi verdadero padre…

La enfermera titubeó. Abrió la boca y, sin decir palabra, la volvió a cerrar.

Una sombra se extendió por la habitación, y al mirar las dos mujeres hacia la ventana, vieron a Elinor Carlisle.

Elinor dijo:

—Buenos días.

La enfermera respondió:

—Buenos días, miss Carlisle. Hace un tiempo espléndido, ¿verdad?

Y Mary, que en un principio se había asustado, añadió:

—¡Oh, buenos días, miss Elinor!

Elinor declaró:

—He estado haciendo unos emparedados. ¿Quieren venir a probarlos? Es la una de la tarde y es una molestia tener que regresar a almorzar. Traje lo suficiente para tres…

La enfermera Hopkins dijo, agradablemente sorprendida:

—¡Oh, miss Carlisle, es usted excesivamente amable!… ¡Interrumpir lo que estaba usted haciendo!… Yo creía que podría terminar esta mañana aquí… Pero esto se lleva más tiempo del que una cree.

Mary respondió, reconocida:

—Muchas gracias, miss Elinor; es usted muy bondadosa.

Las tres abandonaron el pabellón y se dirigieron a la casa. Elinor había dejado abierta la puerta principal. Penetraron en el vestíbulo. Mary se estremeció levemente. Elinor lo observó:

—¿Qué le sucede? —preguntó:

Mary repuso:

—No es nada… Frío, tal vez… El sol calienta tanto y esto está tan helado…

Elinor dijo en voz baja:

—Es curioso… Yo también he tenido el mismo estremecimiento esta mañana.

La enfermera Hopkins exclamó jocosa, con voz varonil:

—Vamos… ¿Quieren hacerme creer que hay fantasmas en la casa?… *Yo* no he notado nada.

Elinor sonrió. Entraron en la habitación de la derecha. Las persianas estaban subidas y las ventanas abiertas. La temperatura era agradabilísima.

Elinor regresó al vestíbulo, entró en la despensa y volvió al poco tiempo con una bandeja con emparedados. La alargó a Mary, diciendo:

—Tome uno.

Mary tomó uno. Elinor la contempló con fijeza, mientras la muchacha clavaba sus blancos dientes en el emparedado.

Inconscientemente, permaneció algunos segundos en muda contemplación, con la bandeja apoyada en un costado, hasta que, viendo la expresión hambrienta de la enfermera Hopkins, tendió los fiambres a la mujer.

Elinor tomó otro emparedado, y dijo excusándose:

—Quisiera haber podido ofrecerles café, pero olvidé traerlo. En aquella mesa tienen manteca… Si alguna de ustedes quiere…

La enfermera Hopkins dijo con tristeza:

—¡Si tuviéramos un poco de té!

Elinor declaró, sin pensar lo que decía:

—Hay un poco de té en el bote de la despensa.

La faz de la enfermera Hopkins se animó.

Dijo:

—Voy a encender el gas y pondré la tetera al fuego. ¿No hay leche?

—Sí. He traído una botella —repuso Elinor.

La enfermera Hopkins salió apresuradamente hacia la despensa.

—¡Estupendo! —exclamó.

Elinor y Mary quedaron solas.

La atmósfera se cargó de una tensión extraña. Elinor, con gran esfuerzo, intentó entablar conversación. Tenía los labios resecos. Se los humedeció con la lengua y dijo con voz ronca:

—¿Le gusta… el trabajo que está haciendo en Londres?

—Sí… Muchas gracias… Le estoy muy agradecida.

De pronto, un sonido ronco, como un estertor, brotó de la garganta de Elinor. Convirtióse en una risa tan discordante, tan fuera de lugar, que Mary quedó mirándola sorprendida.

Recobrada, Elinor dijo:

—¡No tiene por qué estar agradecida!

Mary, algo cortada, tartamudeó:

—Yo quería decir… que…

Se interrumpió.

Elinor la miraba con tan escrutadora fijeza, de forma tan extraña, que Mary retrocedió un poco asustada.

Dijo, temblando:

—¿Le ocurre algo, señorita?

Elinor volvió a adoptar su expresión habitual.

Se volvió y preguntó a su vez:

—¿Qué me va a ocurrir?

Mary murmuró:

—Usted… parecía…

Elinor repuso con leve sonrisa:

—¿La miraba con fijeza, como ensimismada? Siento que se haya asustado. Me ocurre muy a menudo… Siempre que pienso en algo…

La enfermera Hopkins apareció en el umbral y anunció:

—¡Ya he puesto el agua a hervir!

Y volvió a desaparecer.

Elinor tuvo un acceso de hilaridad.

—Margarita, ¡puso el agua a hervir…! ¡Margarita puso el agua a hervir!… ¡Al fin tendremos té!… ¿Se acuerda usted que jugábamos a esto cuando éramos niñas, Mary?

—Sí, claro que sí…

Elinor repitió:

—*Cuando éramos niñas*… ¿Verdad que es lástima que no podamos volver al pasado…?

Mary preguntó:

—¿Le gustaría a usted volver al pasado?

Elinor dijo con convicción:

—Sí…, *sí*.

El silencio se alzó entre ellas durante algún tiempo.

Dijo, enrojeciendo:

—Miss Elinor, no quiero que piense usted…

Se detuvo al ver la expresión de Elinor… Su esbelta figura se irguió y la mandíbula voluntariosa se proyectó hacia adelante…

Dijo con voz fría, acerada:

—¿Qué es lo que no quiere que piense?

Mary murmuró:

—He olvidado… lo… que iba a decir.

El cuerpo de Elinor perdió la rigidez. Lanzó un suspiro, como si hubiese escapado a un peligro horrible.

La enfermera Hopkins entró con una bandeja de madera. Sobre ella veíanse la tetera, la botella de leche y tres tazas.

Exclamó, inconsciente de la crisis:

—¡Aquí está el té!

Puso el servicio ante Elinor. La joven movió la cabeza.

—No quiero té.

Alargó la bandeja a Mary.

Mary llenó dos tazas.

La enfermera Hopkins suspiró, satisfecha.

—Lo he hecho bien cargadito. ¡Está estupendo!

Elinor se levantó y se aproximó a la ventana.

La enfermera intentó convencerla:

—¿Está usted segura de que no quiere té, miss Elinor?… Le sentaría bien.

Elinor murmuró:

—No, gracias.

La enfermera vació su taza. La colocó de nuevo en la bandeja y murmuró:

—Voy a llevar la tetera y ponerla al fuego por si necesitamos tomar otra tacita; así se conservará bien calentito.

Cuando hubo desaparecido, Elinor giró bruscamente sobre sus talones. Dijo con voz en la que se advertía una súplica desesperada:

—Mary…

Mary Gerrard respondió apresuradamente:

—¿Qué quiere usted?

Lentamente desvanecióse la luz del rostro de Elinor. Cerráronse sus labios. La desesperada súplica murió, y dejó en su lugar un antifaz frío e inmóvil.

—Nada.

Un silencio denso cayó sobre la habitación.

Mary pensó: «¡Qué extraño es todo hoy…! ¡Parece que estamos esperando… algo…!».

Elinor hizo un movimiento.

Se separó de la ventana, recogió el servicio del té y colocó en él el plato en que había traído los emparedados.

Mary se apresuró a recogerlo.

—¡Oh, miss Elinor, déjeme a mí!

Elinor repuso con voz cortante:

—No. Quédese donde está. Yo lo haré.

Sacó la bandeja de la habitación. Miró hacia atrás antes de salir y vio a Mary Gerrard junto a la ventana… llena de vida…, joven y bella.

* * *

La enfermera Hopkins estaba en la despensa. Limpiábase la cara con un pañuelo. Levantó la mirada con presteza cuando entró Elinor.

—¡Vaya calor que hace aquí!

Elinor respondió mecánicamente:

—Sí. Está orientada al Sur. Por eso es tan calurosa.

La enfermera la descargó en la bandeja.

—Me permitirá que lave yo los cacharros. Usted no se encuentra en disposición de hacerlo.

—Estoy perfectamente —cogió un paño y dijo—: Yo los secaré.

La enfermera Hopkins se subió las mangas y vertió el agua de la tetera en el barreño.

Elinor dijo, como ensimismada, mirando a la muñeca de la

enfermera:

—Se ha arañado.

La Hopkins lanzó una carcajada.

—Sí. En la rosaleda del pabellón… Me clavé una espina… Ahora me la sacaré.

La rosaleda del pabellón… El recuerdo afluyó en oleadas a la mente de Elinor. Ella y Roddy luchaban…, la batalla de las rosas… Días felices, de alegrías… encantadoras. Una sensación de malestar, como una convulsión, la invadió… ¿Qué le sucedería?… ¿Qué negro abismo de odio…, de maldad…? Se tambaleó… Con un esfuerzo se recobró.

Pensó: «He estado rematadamente loca».

La enfermera Hopkins la miraba con curiosidad.

«Extrañamente erguida, parecía… —así lo relató la enfermera algo más tarde—. Hablaba como si no se diese cuenta de lo que decía, y tenía en los ojos un brillo inusitado…».

Cuando hubo secado los platos y tazas, Elinor cogió uno de los frascos vacíos de pasta de pescado que había sobre la mesa y lo puso dentro del barreño. Mientras lo hacía, dijo, y se asombró de la firmeza de su voz:

—He sacado alguna ropa de mi tía Laura y quisiera que usted me aconseje a quién le podría ser útil en este pueblo…

La enfermera repuso, presurosa:

—¡Oh, sí!… Están las señoras Parkinson, Nellie y otra pobre criatura que habita en Ivy Cottage… Será una bendición para ellas.

Las dos mujeres limpiaron rápidamente todos los utensilios. Luego subieron al primer piso.

En la habitación de mistress Welman veíanse los montones de ropa limpísima. Ropa interior, vestidos, algunas piezas de telas riquísimas, blondas, trajes de terciopelo para noche, un abrigo de pieles. Elinor dijo que pensaba regalar este último a mistress Bishop. La enfermera Hopkins asintió con un movimiento de cabeza.

La enfermera se dio cuenta de que las pieles de mistress Welman fueron reintegradas a los cajones.

«Querrá arreglárselas para ella», pensó para sí.

Dirigió una mirada a la cómoda. Se preguntó si Elinor habría

encontrado la fotografía firmada *Lewis* y lo que habría hecho con ella en caso afirmativo.

«Es curioso —pensó— que la carta de la O'Brien se cruzara con la mía. Jamás creí que pudiese suceder una cosa así. Dar con la foto el mismo día que yo hablé con mistress Slattery».

Ayudó a Elinor a separar las ropas y se ofreció voluntariamente para clasificarlas, hacer algunos paquetes para las agraciadas y cuidarse de su distribución.

Propuso:

—Yo puedo cuidarme de ello mientras Mary va al pabellón y termina allí. Ella no tiene que mirar más que una caja de papeles y cartas. A propósito, ¿dónde está la muchacha? ¿Fue al pabellón?

Elinor respondió:

—La dejé en la sala…

La enfermera Hopkins murmuró:

—No es posible que esté allí todo este tiempo —miró su reloj—. Pero ¡si hace cerca de una hora que estamos aquí!

Bajó presurosamente la escalera. Elinor la siguió.

Entraron en el salón.

La enfermera Hopkins exclamó:

—¡Pero si se ha quedado dormida!

Mary Gerrard estaba sentada en una poltrona junto a la ventana.

La enfermera Hopkins se aproximó a la muchacha y la sacudió.

—Despierta, querida…

Se interrumpió. Se inclinó sobre la muchacha; le bajó un párpado.

Se volvió a Elinor. Su voz sonaba amenazadora cuando dijo:

—¿Qué significa esto?

Elinor repuso:

—No sé lo que usted quiere decir. ¿Está enferma la muchacha?

La enfermera Hopkins preguntó:

—¿Dónde está el teléfono? Avise al doctor Lord cuanto antes.

Elinor inquirió:

—¿Qué ocurre?

—La muchacha está enferma. Está muriéndose.

Elinor retrocedió un paso.

—*¿Muriéndose?*

La enfermera Hopkins contestó:
—Ha sido envenenada…
Sus ojos, con una expresión de sospecha, se clavaron en Elinor.

SEGUNDA PARTE

Capítulo I

POIROT SE INTERESA

Hércules Poirot, con su cabeza en forma de huevo reclinada suavemente a un lado, las cejas enarcadas con expresión interrogante y las puntas de sus dedos unidas, observaba al joven que paseaba furiosamente de un extremo a otro del aposento, contraído su rostro simpático y pecoso.

Hércules Poirot preguntó:

—*Eh bien*, amigo, ¿qué es todo esto?

El doctor Lord se detuvo en seco en su paseo.

Contestó:

—Monsieur Poirot: es usted el único hombre del mundo que puede ayudarme. He oído a Stillingfleet hablar de usted; me dijo que lo que usted hizo en el caso de Benedict Farley. Cómo todo el mundo creía que se trataba de un suicidio y usted demostró que era un asesinato.

Hércules Poirot repuso:

—¿Tiene usted, pues, un caso de suicidio entre sus pacientes, un suicidio que no le satisface del todo?

Peter Lord movió la cabeza.

Se sentó enfrente de Poirot. Respondió:

—Hay una joven. ¡Ha sido detenida y va a ser procesada por asesinato! ¡Quiero que usted encuentre las pruebas de que ella no hizo tal cosa!

Las cejas de Poirot se enarcaron un poco más. Luego adoptó un aire discreto y confidencial.

Inquirió:

—Usted y esa joven…, ¿están prometidos? ¿Son novios? ¿Están

enamorados mutuamente?

El doctor Lord prorrumpió en una risa áspera y amarga.

Contestó:

—¡No, no se trata de eso! ¡Ella ha tenido el mal gusto de preferir a un asno arrogante y narigudo, con una cara como un caballo melancólico! ¡Es una estupidez por parte de ella, pero así es!

Poirot murmuró:

—Comprendo.

Peter Lord exclamó amargamente:

—¡Oh, sí, usted lo comprende! No es necesario hablar con tacto al respecto. Me enamoré de ella al instante. Y por este motivo no quiero que la ahorquen. ¿Comprende?

Poirot inquirió:

—¿De qué la acusan?

—La acusan de haber asesinado a una muchacha llamada Mary Gerrard, envenenándola con hidrocloruro de morfina. Probablemente ya ha leído usted la historia de la encuesta en la Prensa.

Poirot interrogó:

—¿Y el móvil?

—¡Los celos!

—Y, en su opinión, ¿ella no cometió dicho crimen?

—No, desde luego que no.

Hércules Poirot le miró pensativo un instante y luego dijo:

—¿Qué es, concretamente, lo que usted quiere que yo haga? ¿Investigar este caso?

—Quiero que usted la salve.

—Yo no soy ningún abogado defensor, *mon cher*.

—Lo explicaré con más claridad: *quiero que usted encuentre las pruebas que permitan a su abogado defenderla con éxito y ponerla en libertad*.

—Propone usted eso de un modo algo extraño.

Peter Lord repuso:

—¿Porque hablo con franqueza, quiere usted decir? Yo lo veo muy claro. *Quiero que no condenen a esa muchacha*. ¡Creo que *usted* es el único hombre que puede hacerlo!

—¿Quiere usted que yo examine los hechos? ¿Que averigüe la

verdad? ¿Que descubra lo que realmente ocurrió?

—Quiero que usted encuentre todos los hechos que hablen en favor de la muchacha.

Hércules Poirot, con cuidado y precisión, encendió un diminuto cigarrillo.

Repuso:

—Pero ¿no es algo inmoral lo que usted dice? Llegar a la verdad, sí, siempre me interesa. Pero la verdad es un arma de dos filos. ¿Y si encontrase algunos hechos *en contra* de la muchacha? ¿Pide usted que los suprima?

Lord se incorporó. Estaba muy pálido.

Exclamó:

—¡Eso es imposible! Nada de lo que usted encuentre puede perjudicarle más que los hechos conocidos ya. ¡La comprometen! ¡La acusan! ¡Hay numerosas pruebas evidentes que la acusan! ¡Usted no podría encontrar nada que pudiera comprometerla más de lo que ya está! Yo le pido a usted que emplee todo su ingenio. Stillingfleet dice que usted es sumamente ingenioso para encontrar una salida, una coartada, una posible alternativa.

Hércules Poirot repuso:

—Seguramente sus abogados harán eso.

—¿Sus abogados? —dijo el joven, y rió desdeñosamente—. ¡Están derrotados antes de empezar! ¡Opinan que es inútil, que no hay ninguna esperanza! Han designado a Bulmer, el abogado de las causas perdidas, lo cual es ya un hecho grave, desesperado: una confesión. El abogado sentimental, para que resalte la juventud de la acusada. Pero el juez no se quiere dejar sobornar. ¡No hay la menor esperanza!

Hércules Poirot preguntó:

—Suponiendo que ella *sea* culpable, ¿todavía querrá usted que la absuelvan?

Peter Lord contestó quedamente:

—Sí.

Hércules Poirot se movió de su asiento.

Declaró:

—Usted me interesa…

Un minuto o dos después añadió:

—Creo que sería mejor que usted me explicase la situación, los hechos del caso.

—¿No ha leído usted nada en la Prensa?

Hércules Poirot agitó una mano.

—Sí, una reseña, una mención breve. Pero los periódicos son tan inexactos, que nunca me guío por lo que ellos dicen.

Lord explicó:

—Es muy sencillo. Horriblemente sencillo. Esta muchacha, Elinor Carlisle, acababa de heredar una casa cerca de aquí, Hunterbury Hall, y una fortuna de su tía, que murió sin hacer testamento. La tía se llamaba Welman. La tía tenía un sobrino: Roderick Welman. Éste tenía relaciones con Elinor Carlisle, estaba prometido a ella, una cosa ya antigua, pues se han conocido de niños. Había una muchacha en Hunterbury Hall: Mary Gerrard, hija del conserje. Mistress Welman había cobrado afecto a la chiquilla, le costeó una educación, etcétera. En consecuencia, la muchacha exteriormente era una señorita. Al parecer, Roderick Welman se enamoró de ella. Y el compromiso con Elinor Carlisle se rompió.

»Ahora vamos a los hechos. Elinor Carlisle puso en venta la finca, y un hombre llamado Somervell la compró. Elinor bajó para recoger los efectos personales de su tía. Mary Gerrard, cuyo padre acababa de fallecer, estaba desalojando el pabellón. Ésto nos lleva a la mañana del veintisiete de julio.

»Elinor Carlisle se hospeda en la fonda del pueblo. En la calle encontró a la antigua ama de llaves, mistress Bishop. Ésta se ofreció a acompañarla a la casa para ayudarla. Elinor rehusó, con cierta vehemencia. Luego entró en la tienda de comestibles y compró un poco de pasta de pescado, y allí hizo una observación referente a la intoxicación de los alimentos. ¿Comprende usted? ¡Una cosa por completo inocente; pero, desde luego, es un dato acusatorio! Fue a la casa, y a eso de la una bajó al pabellón, donde Mary Gerrard estaba ocupada con la enfermera del distrito, una mujer muy curiosa, llamada Hopkins, que la ayudaba. Elinor les dijo que tenía unos emparedados en la casa. Subieron las tres a la casa, comieron emparedados, y cosa de una hora más tarde me llamaron y encontré a Mary Gerrard que había perdido el conocimiento. Hice cuanto pude, pero fue en vano. La autopsia reveló que la muchacha había

ingerido una fuerte dosis de morfina poco antes. Y la Policía encontró un trozo de etiqueta que decía: «Hidrocloruro de morfina», precisamente donde Elinor Carlisle había estado preparando los emparedados.

—¿Qué más comió o bebió Mary Gerrard?

—Ella y la enfermera del distrito tomaron té con los emparedados. La enfermera lo preparó y Mary lo sirvió. No hubo nada más. Desde luego, tengo entendido que el abogado defensor se extenderá sobre el punto de los emparedados, haciendo resaltar como dato muy importante que las tres comieron y, por consiguiente, resulta imposible que sólo una persona fuese envenenada. Recordará usted que eso fue lo que alegaron en el caso Hearne.

Poirot movió afirmativamente la cabeza. Observó:

—Pero, en realidad, es muy sencillo. Se preparan los emparedados. *En uno de ellos está el veneno*. Usted ofrece el plato. En nuestro estado de civilización, es costumbre que la persona a quien se ofrece el plato *tome el emparedado más cercano a ella*. ¿Supongo que Elinor Carlisle presentó el plato a Mary Gerrard primero?

—Exacto.

—¿Aunque la enfermera, que era una mujer de más edad, se encontraba en la habitación?

—Sí.

—Esto no presenta buen cariz.

—En realidad, no significa nada. No se guarda mucha etiqueta en un refrigerio tan ligero, una simple merienda improvisada.

—¿Quién cortó los emparedados?

—Elinor Carlisle.

—¿Había alguien más en la casa?

—Nadie.

Poirot movió la cabeza.

—Esto presenta mal aspecto. ¿Y la muchacha no tomó *nada más* que el té y los emparedados?

—Nada más. El contenido del estómago nos lo demuestra.

Poirot observó:

—¿Se ha sugerido que Elinor Carlisle esperaba que la muerte de la muchacha se atribuyera a la intoxicación de los alimentos?

¿Cómo se proponía ella explicar el hecho de que tan sólo *un miembro* del grupo fuese afectado?

Lord repuso:

—Suele suceder así en ocasiones. Además, había dos botes de pasta de aspecto muy parecido. Se ha expuesto la hipótesis de que uno de los botes estaba bien y que, por una coincidencia, Mary comió toda la pasta mala.

—Un interesante estudio de la ley de probabilidades —observó Poirot—. Las probabilidades matemáticas en contra de que eso pueda suceder son muy grandes, me parece. Pero hay otro punto: si había de sugerirse una intoxicación por alimentos, *¿por qué no escoger un veneno diferente?* Los síntomas de la morfina no son en modo alguno similares a los de una intoxicación producida por alimentos en mal estado. ¡Seguramente que la atropina hubiera sido una elección mejor!

El doctor Lord dijo lentamente:

—Sí, es verdad. Pero hay algo más. ¡Esa maldita enfermera jura que perdió un tubo de morfina!

—¿Cuándo?

—¡Oh! Unas semanas antes: la noche en que mistress Welman falleció. La enfermera declara que dejó su maletín en el recibidor y echó de menos un tubo de morfina por la mañana. Todo ello es pura invención. Probablemente se le rompió en casa y se olvidó de ello.

—¿Ella lo ha recordado *sólo* cuando la muerte de Mary Gerrard?

Lord respondió de mala gana:

—En realidad, ella *lo* mencionó oportunamente a la enfermera de guardia.

Hércules Poirot miraba con cierto interés a Peter Lord.

Dijo suavemente:

—Creo, *mon cher*, que hay algo más, algo que usted no me ha dicho aún.

Lord repuso:

—¡Ah, bueno! Será mejor que se lo diga todo. Han solicitado permiso de exhumación y van a desenterrar a mistress Welman.

Poirot preguntó:

—*Eh bien?*

—Cuando lo hagan, *probablemente encontrarán lo que buscan:*

¡morfina!

—¿Usted lo sabía?

El doctor Lord, con el rostro pálido bajo las pecas, murmuró:

—Lo sospechaba.

Hércules Poirot palmoteo en el brazo de su sillón. Exclamó:

—*Mon Dieu!* ¡No le comprendo a usted! ¿*Usted sabía* cuando ella murió que había sido asesinada?

Peter Lord gritó:

—¡Cielos, no! ¡Jamás se me ocurrió semejante cosa! Pensé que ella misma se lo había administrado.

Poirot se hundió en su sillón.

—¡Ah! Usted pensó *eso*…

—¡Naturalmente que sí! Ella me había hablado al respecto. Me preguntó más de una vez si no podía «terminar con ella». Era una mujer que detestaba las enfermedades, el verse reducida a la impotencia… lo que ella llamaba la *indignidad* de encontrarse tendida, asistida como si fuera una criatura. Y era una mujer muy resuelta.

Permaneció silencioso un momento; luego continuó:

—Su muerte me sorprendió. No la esperaba. Hice salir a la enfermera y practiqué una investigación. Naturalmente, era imposible asegurarse del motivo de la muerte sin hacer la autopsia. Pero pensé: «¿Para qué?». No conseguiríamos más que provocar un escándalo. Era preferible firmar el certificado de defunción y dejar que la enterraran en paz. Después de todo, yo no estaba muy seguro. Tal vez hice mal… Pero jamás pensé que la hubiesen asesinado. Estaba convencido de que había sido ella misma la que aceleró su muerte.

Poirot preguntó:

—¿Cómo cree que obtuvo la morfina?

—No tengo la menor idea. Pero créame usted, era una mujer astuta e inteligente, con mucho de ingenuidad y notable determinación.

—¿Pudo conseguirla de alguna de las enfermeras?

Lord movió la cabeza.

—¡Ni pensarlo! ¡Usted no conoce a las enfermeras!

—¿Y de sus familiares?

—Es posible. Tal vez apeló a sus buenos sentimientos.

Hércules Poirot dijo:

—Me ha dicho usted que murió sin testar. ¿Habría hecho testamento si hubiese vivido?

El doctor Lord hizo una mueca de disgusto.

—Quiere usted apretar todos los resortes, ¿eh? Sí. Estaba dispuesta a otorgar testamento, lo deseaba apremiantemente. No podía hablar, pero se hacía entender. Elinor Carlisle fue encargada de telefonear al abogado a la mañana siguiente.

—Luego Elinor sabía perfectamente que su tía quería hacer testamento, ¿eh? Y, al morir sin hacerlo, toda su fortuna iría a parar a Elinor. ¿No es así?

Lord se apresuró a declarar:

—Ella no sabía eso. No tenía la menor idea de que su tía no hubiese hecho testamento.

—Eso, amigo mío, eso es lo que ella *dice. Es probable* que lo supiese.

—Pero, Poirot…, ¿es usted fiscal?

—En este momento, sí. Debo saber todo lo que la acusa. ¿Pudo Elinor coger la morfina de la cartera de cuero?

—Sí. Pero también pudo hacerlo otro cualquiera. Roderick Welman… La enfermera O'Brien… Uno de los criados…

—¡O el doctor Lord!

Lord abrió los ojos, asombrado. Exclamó:

—¡Cla… ro que sí!… ¿Qué es lo que piensa?

—Tal vez por compasión…

Lord movió la cabeza.

—No… Nada de eso… Debe usted creerme.

Hércules Poirot se arrellanó en su asiento. Dijo:

—Formularemos una hipótesis. Supongamos que Elinor cogió la morfina de la cartera de la Hopkins y la administró a su tía. ¿Se dijo algo de la pérdida de la morfina?

—A los de la casa, no. Las enfermeras lo mantuvieron en secreto.

Poirot preguntó:

—¿Qué cree usted que hará el tribunal?

—¿Quiere usted decir si encontraran morfina en el cuerpo de mistress Welman?

—Precisamente.

Lord declaró, ceñudo:

—Es posible que si Elinor es declarada inocente de este crimen, sea acusada del asesinato de su tía.

Poirot dijo pensativamente:

—Los motivos son muy diferentes; es decir, en el caso de mistress Welman, el móvil era el *lucro*… Mientras que en el de Mary Gerrard se supone que han sido los *celos*.

—Cierto.

Poirot preguntó:

—¿Cómo desarrollará el caso la defensa?

Lord repuso:

—Bulmer se propone fundamentar su tesis en que no pudo existir motivo alguno. Expondrá la teoría de que el enlace proyectado por Roderick y Elinor se debía a instigaciones de la difunta. No existía amor alguno entre ellos, y si aceptaron la idea de la boda fue para complacer a mistress Welman; y deshicieron el proyecto, a la muerte de aquélla, de mutuo acuerdo. Roderick Welman lo declarará así. Creo que casi está convencido de que es la verdad.

—¿No cree que Elinor le haya amado?

—Así es.

—En ese caso —afirmó Poirot—, ella no tenía motivo alguno para envenenar a Mary Gerrard.

—Cierto.

—Entonces, ¿quién la *asesinó*?

—¿Quién sabe?

Hércules Poirot movió la cabeza, apesadumbrado.

—*C'est difficile*.

Lord expuso en tono vehemente:

—Dígame, Poirot… Si no fue ella, *¿quién lo hizo?* Tenemos el té, pero tanto la enfermera Hopkins como Mary bebieron de él. La defensa sugerirá que Mary Gerrard ingirió la morfina cuando quedó sola en la habitación… Es decir, que se suicidó…

—¿Tenía algún motivo para suicidarse?

—Que yo sepa, no.

—¿Tenía predisposición al suicidio?

—No.

Poirot dijo:

—¡Descríbame a esa Mary Gerrard!

Lord reflexionó un instante.

—Era… una criatura preciosa… Eso es, una criatura preciosa.

Poirot suspiró. Dijo en voz que parecía un murmullo:

—¿Se enamoró Roderick de ella porque era *una criatura preciosa*?

Lord sonrió.

—Ya sé lo que usted piensa… No. Era hermosa de verdad.

—¿Y usted mismo?… ¿No experimentaba usted también la atracción de su belleza?

Lord se le quedó mirando, asombrado.

—¿Yo?… ¡No, por Dios!

Hércules Poirot reflexionó durante varios segundos.

Luego dijo:

—Roderick Welman afirma que no le unía a Elinor más que una buena amistad. ¿Lo cree usted?

—¿Cómo diablos quiere usted que yo lo sepa?

Poirot movió la cabeza.

—Usted me dijo cuando entró aquí que Elinor Carlisle había tenido el mal gusto de enamorarse de un asno narigudo y arrogante. Me parece que ésa es la descripción de Roderick Welman. Luego *le quería*.

Lord exclamó, desesperado:

—¿Y qué?… ¡Sí, le quería!… ¡Le quiere aún!

Poirot aseguró pausadamente:

—Entonces, *había* un motivo…

Peter Lord se aproximó al detective con el rostro congestionado por la ira.

—Bueno, *¿y qué?*… Es posible que lo hiciera ella… Pero *no me importa en absoluto*.

Poirot dijo:

—¡Bien!

—Sin embargo, no quiero que la cuelguen. Suponiendo que la desesperación la empujara a cometer ese crimen… El amor puede hacer de un canalla un hombre honrado…, puede llevar a un

hombre probo e intachable al patíbulo… Supongamos que *ella* lo hiciese. ¿No quiere usted compadecerse de ella?

Hércules Poirot declaró:

—Yo no apruebo el asesinato.

Lord se quedó mirándolo con fijeza, y desvió la vista; luego le miró otra vez, y, finalmente, prorrumpió en una carcajada.

—¡No he visto en mi vida a nadie tan presuntuoso!… ¿Quién le pide a usted que lo apruebe? ¡No pretendo que usted mienta!… ¡La verdad es verdad siempre! ¿No es así?… Si usted consigue encontrar un indicio favorable a un acusado, ¿lo suprimirá porque lo considere culpable?

—Claro que no.

—Entonces, ¿por qué no puede hacer lo que le pido?

Hércules Poirot afirmó con una sonrisa:

—Amigo mío, estoy dispuesto a hacerlo…

Capítulo II

LA AGUJA APUNTA AL MISMO NOMBRE

El doctor Lord le miró con fijeza, sacó un pañuelo, con el que enjugó su rostro, y se hundió en una butaca.

—¡Dios mío! —exclamó—. ¡Ha terminado usted con mis nervios! ¡No podía imaginar cuáles eran sus propósitos!

Poirot dijo:

—Estaba examinando todo lo que hay en contra de Elinor Carlisle. Ahora ya lo sé. A Mary Gerrard le administraron cierta dosis de morfina y, según todas las apariencias, el medio de que se valieron para dársela fueron los emparedados. Ahora bien: nadie tocó aquellos emparedados a *excepción de Elinor Carlisle*. Elinor Carlisle tenía *un motivo* para asesinar a Mary Gerrard, y, según su opinión, es perfectamente *capaz* de haberla matado. Probablemente *ha sido la autora* del asesinato. No encuentro razón alguna para creer lo contrario.

Hizo una pausa y prosiguió:

—Éste es, *mon ami*, uno de los aspectos de la cuestión. Veamos el otro. Prescindiremos de todas las consideraciones que intente forjarse nuestro cerebro y nos dirigiremos al caso desde el ángulo opuesto: Si *Elinor Carlisle no mató a Mary Gerrard, ¿quién lo hizo?*…, ¿o se suicidó Mary Gerrard?

Lord se levantó. Un pliegue surcaba su frente. Dijo, temblándole la voz:

—¡No se ajusta a la realidad de los hechos!

—*¿Que no me ajusto?*

Poirot parecía ofendido. Lord prosiguió, sin detenerse:

—Dijo que nadie tocó los emparedados, a excepción de Elinor

Carlisle. Pues bien: eso no puede saberlo usted.

—No había nadie más en la casa.

—*Que nosotros sepamos, no*. Pero usted excluye cierto período de tiempo. *El transcurrido desde que Elinor abandonó la casa para ir al pabellón y su regreso*. En ese tiempo, los emparedados estuvieron en un plato en la despensa y alguien *pudo* haber manipulado en ellos.

Poirot suspiró profundamente.

Dijo:

—Tiene usted razón, amigo mío. Lo admito. Hubo un lapso en que cualquiera pudo tener acceso al plato de los emparedados. Ahora vamos a intentar formarnos una idea sobre *quién pudo ser*… Es decir, *qué clase de persona*…

Hizo una pausa.

—Consideremos en primer lugar a esa Mary Gerrard. *Alguien* que no era Elinor Carlisle deseaba su muerte. *¿Por qué?* ¿A quién beneficiaría su muerte? ¿Dejó algún dinero?

El doctor movió la cabeza.

—Ahora, no. Dentro de dos meses habría entrado en posesión de dos mil libras. Elinor Carlisle pensaba dejarle esa suma porque creía que así cumplía los deseos de su tía. Pero todavía no se ha desenredado la cuestión de la herencia.

Poirot dijo:

—Despreciemos entonces el motivo del dinero. Mary Gerrard era hermosa, según dice usted. La belleza trae complicaciones. ¿Tenía admiradores?

—Probablemente, pero no lo puedo asegurar.

—¿Quién estará enterado de ese punto?

Peter Lord hizo una mueca.

—Tal vez la enfermera Hopkins. Ella es la gacetilla del pueblo. Sabe todo lo que sucede en Maidensford.

—¿Querría decirme su opinión sobre las dos enfermeras?

—¿Por qué no? La O'Brien es irlandesa, excelente mujer, competente en su oficio, algo simplona y un tanto embustera, exceso de imaginación que le hace forjarse una historia de un hecho intrascendente.

Poirot asintió.

—La Hopkins es una mujer de edad mediana, sensible, sagaz,

bondadosa y competente. Pero demasiado interesada por los asuntos ajenos.

—Si hubiera tenido disgustos con algún joven del pueblo, ¿lo sabría la enfermera Hopkins?

—Apostaría a que sí.

Luego añadió lentamente:

—Sin embargo, no creo que consigamos nada por ese lado. Mary ha estado mucho tiempo fuera de su hogar. Ha residido en Alemania durante dos años.

—¿Tenía veintiuno?

—Sí.

—Tal vez alguna complicación en Alemania.

El rostro de Peter Lord se iluminó.

Dijo apresuradamente:

—¿Quiere usted decir que algún joven alemán fue el que la asesinó?… Tal vez la siguió hasta aquí, esperó la ocasión y, al fin, se salió con la suya.

—Parece algo melodramático —dijo Poirot con aire de duda.

—Pero es *posible*.

—Sin embargo no es muy probable.

El doctor Lord dijo:

—No estoy de acuerdo con usted. Alguien *pudo* requerir de amores a la muchacha y enfurecerse al verse despreciado. Es una idea.

—Es una idea, en efecto —asintió Poirot de mala gana.

El doctor Lord suplicó:

—Continúe usted, monsieur Poirot.

—Usted quiere que yo sea el taumaturgo. He de ir sacando del sombrero vacío conejo tras conejo.

—Piense lo que guste.

—Hay otra posibilidad —dijo Hércules Poirot.

—¿Cuál?

—Alguien extrajo una ampolla de morfina de la cartera de la enfermera Hopkins aquella tarde de junio. *Supongamos que Mary Gerrard vio a la persona que lo cogió*.

—Lo habría dicho.

—No, no, *mon cher*. Sea razonable. Si Elinor Carlisle, o Roderick

Welman, o la enfermera O'Brien, o cualquiera de los criados hubiesen abierto aquella cartera para extraer una ampollita de vidrio, ¿qué habría pensado el que los hubiese visto? Pues, sencillamente, que la enfermera los habría enviado a recoger algo de allí. Tal vez Mary lo olvidase, pero es probable que más tarde lo *recordara* y casualmente hiciese mención del hecho a la persona en cuestión… Claro que sin sospechar nada anormal. Pero la persona culpable del asesinato de mistress Welman pudo entonces imaginar el efecto de esa observación. ¡Mary lo había visto! ¡Había que obligarla a guardar silencio a cualquier precio! Le aseguro a usted, amigo mío, que la persona que ha cometido un crimen no se detiene ante escrúpulos de conciencia por cometer otro…

El doctor Lord frunció el entrecejo.

—Siempre he creído que mistress Welman tomó la morfina por su propia voluntad… No estaba dispuesta a sufrir.

—Pero estaba paralítica…, incapaz de moverse… Acababa de sufrir un segundo ataque.

—Ya lo sé. Mi idea es que, después de haberse apoderado de la morfina por cualquier medio, la guardó en un receptáculo al alcance de su mano.

—En ese caso tuvo que haberse apoderado de ella antes del segundo ataque, y la enfermera la echó de menos bastante después.

—Hopkins pudo echarla de menos aquella mañana. La anciana pudo cogerla dos días antes, y no haberlo notado.

—¿Y cómo pudo cogerla la enferma?

—¡Yo qué sé!… Tal vez sobornó a una doncella. Si así fue, la muchacha no lo confesará jamás.

—¿Cree usted que fuese posible sobornar a alguna de las enfermeras?

Lord movió la cabeza.

—¡Ni por asomo! En primer lugar, las dos son muy escrupulosas en la observación de su ética profesional… Preferirían la muerte antes de realizar un hecho semejante. Ellas saben bien el peligro a que se exponen.

Poirot asintió:

—Es verdad —y luego añadió, pensativo—: Tenemos que volver a nuestro punto de partida. ¿Quién fue la persona que, según todas

las probabilidades, cogió la ampolla de morfina? *Elinor Carlisle*. Podemos decir que quiso asegurarse la herencia. También podemos sentirnos generosos y admitir que fue la compasión lo que la hizo obrar así… Cogió la morfina y la inyectó por deseo expreso de su tía… El caso es que *la sustrajo* y que Mary *la vio*. Y ahora volvamos a los emparedados y a la casa vacía… Nos encontramos una vez más con Elinor Carlisle, pero ya con un motivo diferente para salvar su cuello.

El doctor Lord exclamó:

—¡Eso no es más que una fantasía! Le repito que no es capaz de eso. El dinero no significa nada para ella… ni para Roderick. No tendría inconveniente en jurarlo así. Los he oído a los dos más de una vez hablando de ese particular.

—¿De veras? Eso es muy interesante. Esas pruebas son las que yo considero más sospechosas de todas.

Peter Lord dijo:

—¡Que Dios le condene, Poirot! ¿Cómo se las arregla para retorcer las cosas de forma que siempre vengamos a parar a esa muchacha?

—No soy yo quien las retuerce. Son los hechos. Son como esas agujas que hay en las ferias, que dan vueltas y, cuando se detienen, apuntan siempre al mismo nombre. Y ahora el nombre es: *Elinor Carlisle*.

El doctor Lord exclamó:

—¡No!

Hércules Poirot movió la cabeza tristemente. Luego dijo:

—¿Tiene parientes esa Elinor Carlisle? ¿Hermanos, primos, padres?

—No. Es huérfana. Está sola en el mundo.

—¡Qué patético! Bulmer esgrimirá sabiamente el efecto de esta desgracia… ¿Quién heredará su dinero en caso de que muera?

Peter Lord enrojeció. Dijo, vacilante:

—No… No lo sé.

Hércules Poirot miró al techo de la habitación y juntó las puntas de los dedos. Observó:

—Sería preferible que me lo dijera.

—Que le dijera, ¿qué?

—Lo que piensa exactamente…, aunque parezca redundar en perjuicio de Elinor Carlisle.

—¿Cómo sabe usted?

—Sí… Sé que hay *algo* que bulle en su cerebro. Vale más que me lo diga… Si no, creeré que existe algo mucho peor que todo lo que me ha estado contando hasta ahora.

—No es nada en realidad…

—De acuerdo que no es nada. Pero dígame lo que sea.

Lentamente, de mala gana, Peter Lord se dejó sacar toda la historia… La escena en que Elinor, apoyada en la ventana de la casita en que habitaba la enfermera Hopkins, lanzó la carcajada…

Poirot repitió, pensativo:

—Ella dijo: «¿Está usted haciendo su testamento, Mary? ¡Oh, es gracioso… graciosísimo!». Y usted leyó en su cerebro como en un libro abierto… Ella pensaba… tal vez… *que Mary Gerrard no viviría mucho tiempo*…

Lord dijo:

—Eso me figuré yo… No sé…

Poirot declaró:

—Usted hizo algo más que figurárselo…

Capítulo III

LA ENFERMERA HOPKINS

Hércules Poirot tomó asiento en la salita de la casa de la enfermera Hopkins.

El doctor Lord le había acompañado hasta allí y, después de hacer las presentaciones, salió a una seña del detective y dejó solos a los dos interlocutores.

Después de escrutar detenidamente la extraña figura del detective, la enfermera empezó a decir:

—Sí. Ha sido una cosa terrible. Lo más terrible que he conocido en mi vida. Mary era una de las criaturas más preciosas que han existido en este mundo. ¡Tal vez hubiese llegado a ser artista de cine si se lo hubiese propuesto! Y, además de eso, era una muchacha formal y poco orgullosa, a pesar de lo que podía reservarle el futuro.

Poirot intervino, lanzándose a fondo:

—¿Quiere usted dar a entender lo que le reservaba mistress Welman?

—Sí. La anciana se había encaprichado de la pobre niña. Llegó a tomarle un cariño tremendo.

—¿Era sorprendente ese cariño?

—Eso depende… En realidad…, era natural… Quería decir… — la enfermera se mordió los labios. Parecía confundida—. Quería decir que Mary supo atraerse aquel sentimiento… Poseía una voz dulce y agradables modales… Y, según mi opinión, a las ancianas les agrada en cierto modo la presencia de rostros jóvenes.

Hércules Poirot dijo:

—¿Venía miss Carlisle con alguna frecuencia a ver a su tía?

La enfermera repuso con sequedad:

—¡Miss Carlisle venía cuando le parecía bien!

Poirot murmuró:

—No le es simpática miss Carlisle, ¿verdad?

La enfermera Hopkins exclamó:

—¿Cómo quiere que me sea simpática una envenenadora?…

Hércules Poirot le interrumpió:

—Veo que está usted convencida.

La enfermera le miró con suspicacia.

—¿Qué quiere usted?… ¿Que oculte mi pensamiento?

—¿Está usted segura de que fue ella la que administró la morfina a Mary Gerrard?

—¡Dígame usted quién pudo ser, si no! ¿Se atreve a insinuar que fui yo?

—Ni imaginarlo, señorita… Pero su culpabilidad no ha sido probada todavía. Recuérdelo. No formule, pues, juicios.

La enfermera repuso pausadamente:

—Fue ella. Aparte de otras muchas cosas, lo pude leer en su cara. Tenía una expresión extraña aquel día. Me hizo subir al primer piso y me tuvo allí largo rato. Cuando regresamos y encontramos muerta a Mary…, su rostro la denunció. Vi que ella se dio cuenta de que *yo lo sabía*.

Hércules dijo pensativamente:

—Es difícil, en efecto, creer que cualquier otra persona pudiera haberlo hecho. A menos que la misma Mary…

—¿Quiere usted decir que *se hubiera matado ella* misma? ¿Cree, en serio, que Mary se suicidó? ¡Jamás he oído una tontería tan grande!

Hércules dijo, sentencioso:

—¡Quién sabe! ¡El corazón de las muchachas es tan sensible, tan tierno!

Hizo una pausa y añadió:

—¿Cree usted que no pudo ser posible? ¡Tal vez echó la droga en el té sin que ustedes se diesen cuenta!

—¿Querrá usted decir en su propia taza?

—Sí. Usted no estaría observándola todo el tiempo.

—Desde luego que no. Admito que *pudo* hacerlo. Pero es

incongruente esa idea. ¿Por qué había de hacer una cosa así?

Hércules Poirot movió la cabeza con aire de duda. Replicó:

—El corazón de las muchachas es tan sensitivo… Un amor contrariado, tal vez…

La enfermera gruñó:

—Las muchachas no se matan por contrariedades amorosas. Eso no lo hacen más que las hijas de familia… y Mary no lo era.

Y miró agresiva al detective.

Poirot preguntó:

—¿No estaba enamorada?

—Nada de eso. Era libre como el aire. Le gustaba su empleo y vivía su vida…

—Pero debía de tener admiradores, puesto que era una muchacha tan atractiva.

La enfermera afirmó:

—No era de esas muchachas que hacen cucamonas a todo el mundo. No. Era muy calladita y muy formal.

—Pero, sin duda, debían de pretenderla muchos mozos del lugar…

—Sí. Ted Bigland, por ejemplo…

Poirot consiguió varios datos sobre Ted Bigland.

—Estaba celosísimo por Mary —dijo la enfermera—. Pero, como ya le dije a ella, no era suficiente partido.

Poirot replicó:

—Se encolerizaría cuando Mary le despreció.

—Sí, en efecto; le sentó bastante mal. Y me echó a *mí* la culpa.

—¡Ah!… ¿Adivinó que todo se había debido a su intervención?

—Comprenderá usted que yo estaba en mi perfecto derecho de aconsejar así a la chica. Tengo bastante experiencia en el mundo, y no quería que se decidiera a nada de que luego pudiera arrepentirse.

Poirot inquirió con cortesía:

—¿Qué le hacía interesarse tanto por la muchacha?

—Pues…, no sé… —titubeó. Parecía intimidada y avergonzada de sí misma—. Tal vez un sentimiento romántico…

Poirot murmuró:

—Tal vez ella invitara al romanticismo, pero no las

circunstancias que la rodeaban —reflexionó un momento y preguntó de pronto—: ¿No era hija del guarda?

La enfermera Hopkins respondió:

—Sí, sí, desde luego. Por lo menos…

Miró titubeando a Hércules Poirot, que la observaba con aire de simpatía.

Le dijo en tono confidencial:

—Mire, señor… La muchacha no era hija del viejo Gerrard. Así me lo dijo ella. Su padre era un caballero de la alta sociedad.

Poirot murmuró:

—¡Ah! ¿Y su madre?

La enfermera titubeó, se mordió los labios y al fin dijo:

—Su madre fue doncella de la anciana mistress Welman. Se casó con Gerrard después de haber nacido Mary.

—Es una novela, una novela de misterio.

El rostro de la enfermera se iluminó.

—¿Verdad que sí? No se puede evitar cierta atracción hacia las personas de las cuales se sabe algo que ignoran los demás. Por casualidad llegué a averiguar muchas cosas. En realidad, fue la enfermera O'Brien la que me puso sobre la pista; pero eso es otra historia. Como usted dice, es interesante conocer el pasado. Hay muchas tragedias que nadie sería capaz de adivinar. ¡Qué mundo tan triste!

Poirot suspiró y movió la cabeza.

La enfermera exclamó, súbitamente alarmada:

—No debía haberle contado todo esto. Por nada del mundo me habrían sacado una palabra. Después de todo, nada tiene que ver con el caso… En lo que concierne *al mundo*, Mary era hija de Gerrard y nadie debe saber lo contrario. ¡Sería horrible humillar su memoria ahora que ha muerto! Además, se casó con la madre de Mary. No importa el porqué.

—Pero usted sabe quién fue su padre, ¿verdad?

La enfermera respondió, haciendo una mueca de disgusto:

—Tal vez sí, aunque puede ser que no. Es decir, he adivinado algo, pero no puedo asegurar nada. Los pecados antiguos están cubiertos por espesos velos. Además, yo no soy de las que les gusta hablar, y no me sacará una palabra más.

Poirot, con gran tacto, abandonó el ataque y cambió de tópico. Declaró:

—Hay algo más. Una cosa muy delicada. Pero estoy seguro de poder contar con su discreción.

La enfermera rebosaba satisfacción. Una sonrisa amplia apareció en su rostro vulgar.

Poirot continuó:

—Me refiero a míster Roderick Welman. Experimentaba cierta atracción hacia Mary Gerrard. ¿No es verdad?

La enfermera asintió:

—¡Bebía los vientos por ella!

—Aunque en aquel tiempo estaba prometido a miss Elinor Carlisle, ¿eh?

La enfermera declaró.

—Si he de decirle la verdad, él no estaba lo que se dice loco por miss Carlisle. Era más bien frío con ella.

Poirot preguntó:

—¿Animó… o, mejor dicho, alentó Mary las pretensiones de Roderick?

La enfermera afirmó con voz cortante:

—Se comportó siempre con honestidad. Nadie puede decir que fomentase la pasión de míster Welman.

Poirot preguntó:

—¿Estaba enamorada de él?

—No. No lo estaba.

—¿Y le gustaba?

—¡Oh!, sí… A la pobre le gustaba mucho míster Roderick.

—Supongo que, con el tiempo, ese sentimiento de ella se habría transformado en otro más…

—Sí. Tal vez —interrumpió la Hopkins, comprendiendo la idea —. Pero Mary no era de las que obraban apresuradamente en nada. Le declaró que no volvería a permitirle que hablase con ella de ese asunto mientras estuviese prometido a miss Elinor. Y cuando fue a verla a Londres volvió a repetirle lo mismo.

Poirot le preguntó con aire ingenuo:

—¿Qué opinión tiene usted de míster Roderick Welman?

La enfermera repuso:

—Es un joven simpatiquísimo. Bastante nervioso. Con el tiempo será dispéptico. Casi todos los adultos de su temperamento lo son.

—¿Quería mucho a su tía?

—Así lo creo.

—¿Permanecía mucho tiempo a su lado cuando estuvo enferma?

—¿Quiere usted decir cuando sufrió el segundo ataque? La noche que precedió a su muerte…, cuando ellos vinieron, ¿verdad? No creo que entrase en su habitación.

—¿De veras?

La enfermera dijo rápidamente:

—Ella no preguntó por él. Y, desde luego, no sospechábamos que el fin estuviese tan próximo. Muchos hombres son así; huyen de una habitación donde hay un enfermo. No pueden remediarlo. No es que sean insensibles. Simplemente, les molesta y se ponen nerviosos.

Poirot movió la cabeza en señal de comprensión. Preguntó:

—¿Está *segura* de que míster Welman no entró en el cuarto de su tía antes que ella muriese?

—¡No, mientras yo estaba de servicio! Miss O'Brien me relevó a las tres de la madrugada, y es posible que ella le llamase antes del fin; pero si lo hizo, no me lo contó a mí.

Poirot sugirió:

—Tal vez entró en la habitación cuando usted estaba ausente…

La enfermera repuso con aspereza:

—No abandono a mis pacientes ni un instante, míster Poirot.

—Perdóneme. No quería decir tal cosa. Se me ocurrió que quizá usted tuvo que hervir agua o bajar la escalera para buscar algún estimulante.

Apaciguada, la enfermera confesó:

—En efecto, bajé a cambiar las botellas y llenarlas de nuevo. Sabía que había un caldero con agua hirviendo en la cocina.

—¿Estuvo ausente mucho tiempo?

—Tal vez unos cinco minutos.

—¡Ah! ¿Entonces míster Welman pudo entrar en el cuarto?

—Si lo hizo, debió de ser cosa de un segundo.

Poirot suspiró. Dijo:

—Como usted ha dicho, los hombres huyen de los enfermos. Las

mujeres son ángeles que nos cuidan. ¿Qué haríamos sin ellas? Especialmente las mujeres de su noble profesión.

La enfermera, enrojeciendo ligeramente, balbució:

—Es usted muy amable al decir eso. Nunca he pensado en ello. El trabajo de enfermera es demasiado pesado y no queda tiempo para pensar en su aspecto noble.

Poirot preguntó:

—¿Y no puede decirme nada más de Mary Gerrard?

Hubo una pausa antes que la enfermera contestase:

—No sé nada más.

—¿Está completamente segura?

La enfermera dijo, algo incoherente:

—Usted no comprende. *Yo estimaba* mucho a Mary.

—¿Y no puede usted decirme nada más?

—¡No, nada más! Absolutamente nada más.

Capítulo IV

EMMA BISHOP HABLA

Ante la severa majestuosidad de mistress Bishop, vestida de negro, Hércules Poirot estaba sentado humildemente como un ser insignificante.

Abordar a mistress Bishop no era cosa fácil. Pues mistress Bishop, una dama de opiniones y hábitos conservadores, sentía grandes antipatías por los extranjeros. E indudablemente Hércules Poirot era uno de ellos. Las respuestas de la señora eran glaciales y le miraba con recelo y desagrado.

La representación del doctor Lord no había suavizado gran cosa la situación.

—Estoy segura —dijo mistress Bishop, cuando Peter Lord se hubo marchado— de que el doctor Lord es un médico inteligente y tiene buenas intenciones.

¡El doctor Ransone, su predecesor, había ejercido allí muchos años! Se podía estar seguro de que el doctor Ransone se comportase de una manera adecuada al condado. El doctor Lord, simplemente un joven irresponsable, un advenedizo que había ocupado el puesto del doctor Ransone, no tenía más que una recomendación: «inteligencia», «habilidad» en su profesión.

—¡La habilidad —parecía decir el continente de mistress Bishop — no era bastante!

Hércules Poirot estuvo persuasivo. Estuvo hábil y discreto. Pero mistress Bishop siguió altiva e implacable.

La muerte de mistress Welman había sido muy sentida. Ella había sido muy respetada en el distrito. La detención de miss Carlisle constituía una «vergüenza» y era, sin duda, el resultado de

«estos nuevos métodos policíacos». Las opiniones de mistress Bishop sobre la muerte de Mary Gerrard eran sumamente vagas. «No lo sé», «no podría decirlo», fue todo lo más que pudo arrancarle.

Hércules Poirot jugó su última carta. Refirió con orgullo una reciente visita suya a Sandringham. Habló con admiración de la encantadora sencillez y bondad de la realeza.

Mistress Bishop, que seguía diariamente en la gacetilla de la Corte todos los movimientos de la realeza, quedó abrumada. Después de todo, si ellos mandaron buscar a míster Poirot… Naturalmente, esto lo cambiaba todo, esto era diferente. Extranjero o no extranjero, ¿quién era ella, Emma Bishop, para rechazar a una persona que la realeza había admitido?

Poco después, ella y Poirot conversaban animada y agradablemente sobre un tema en verdad interesante: nada menos que de la elección de un esposo apropiado para la princesa Isabel.

Después de haber agotado todos los candidatos posibles, considerándolos «indignos de ella», la conversación recayó sobre tópicos menos elevados.

Poirot observó sentenciosamente:

—El casamiento, ¡ay!, está preñado de peligros y lazos.

Mistress Bishop asintió:

—Sí, en efecto, con estos divorcios… —como si hablase de una enfermedad contagiosa cual la viruela.

—Supongo —dijo Poirot— que mistress Welman, antes de morir, sentiría cierta ansiedad por ver a su sobrina bien acomodada para el resto de su vida…

Mistress Bishop inclinó la cabeza como si afirmase.

—Sí, es verdad. Las relaciones entre miss Elinor y míster Roderick fueron un gran alivio para ella. Era una cosa que mistress Welman siempre deseó.

Poirot aventuró:

—¿Tal vez la idea de casamiento fue originada en parte por el deseo de complacerla?

—¡Oh, no! ¡Yo no diría eso, míster Poirot! Miss Elinor siempre ha querido a míster Roderick: siempre, desde niña. Miss Elinor tiene un carácter leal y afectuoso.

—¿Y él? —murmuró Poirot.

Mistress Bishop contestó austeramente:

—Míster Roderick estimaba a miss Elinor.

Poirot dijo:

—Sin embargo, la promesa de casamiento se rompió.

El rostro de mistress Bishop había enrojecido. Explicó:

—Debido, míster Poirot, a las maquinaciones de una serpiente.

—¿De veras?

Mistress Bishop, enrojeciendo aún más, explicó:

—En este distrito, míster Poirot, se observa cierta decencia al mencionar a los muertos. Pero esa joven, míster Poirot, era una intrigante.

Poirot la miró pensativo un momento.

Luego, con aparente candor, declaró:

—Me sorprende usted. Me habían dado la impresión de que era una muchacha muy sencilla y sin pretensiones.

La barbilla de mistress Bishop tembló ligeramente.

—Era muy astuta, míster Poirot. Y engañaba a la gente. ¡Por ejemplo, a esa enfermera Hopkins! ¡Y a la pobre de mi difunta señora, también!

Poirot movió la cabeza e hizo un ruido con la lengua.

—Sí —continuó mistress Bishop, estimulada por ese chasquido alentador—. Iba decayendo la pobrecita, y esa joven consiguió, con sus intrigas, ganar su confianza. Ella sabía lo que le convenía. Estaba siempre pegada a su lado, le leía y le traía ramos de flores. Todo era Mary aquí y Mary allí. «¿Dónde está Mary?». ¡Cuánto dinero gastó en ella! La mandó a los colegios más caros del país… ¡Y la muchacha no era más que la hija del viejo Gerrard, el conserje! ¡A él no le gustaba todo eso! ¡Puedo asegurárselo! Solía quejarse de sus maneras demasiado señoriales. Vivía por encima de su categoría.

Esta vez Poirot movió la cabeza y dijo con tono de lástima:

—¡Caramba! ¡Caramba!

—Y luego, ¡cómo trataba de *enganchar* a míster Roddy! Él era demasiado noble, demasiado simple, para ver lo que ella pretendía. Y miss Elinor, una muchacha franca y noble, desde luego, no se daba cuenta de lo que ocurría. Pero los hombres son todos iguales: ¡fáciles de atrapar con una cara melosa y bonita!

Poirot suspiró:

—Supongo que tendría algunos admiradores.

—Por supuesto. Ted, el hijo de Rufus Bigland, un muchacho muy simpático. Pero la señorita estaba demasiado elevada para él. ¡Yo no soportaba tales aires de grandeza!

Poirot preguntó:

—¿No estaba enojado por la manera como ella le trataba?

—Sí, en efecto. La acusó de que coqueteaba con Roddy. *Lo sé de cierto*. ¡No censuro al muchacho por resentirse de ello!

—Yo tampoco —declaró Poirot—. Me interesa usted enormemente, mistress Bishop. Algunas personas tienen la facilidad de presentar las características humanas clara y vigorosamente en unas cuantas palabras. Ahora tengo, por fin, una imagen clara de Mary Gerrard.

—Tenga en cuenta —advirtió mistress Bishop— que no estoy diciendo ni una palabra *en contra* de la muchacha. Yo no haría nunca semejante cosa, mayormente encontrándose enterrada. Pero ¡no hay duda de que produjo muchos disgustos!

Poirot murmuró:

—Yo me pregunto: ¿cómo habría terminado esto?

—¡Eso es lo que digo! —exclamó mistress Bishop—. Si mi querida ama no hubiese muerto (por terrible que fuera el golpe entonces, ahora veo que fue una suerte), no sé cómo habría terminado esto.

Poirot dijo:

—¿Quiere usted decir…?

Mistress Bishop dijo solemnemente:

—Lo conozco por experiencia. Mi propia hermana estaba sirviendo cuando ocurrió. Cuando el viejo coronel Randolph murió, dejó toda su fortuna a una mala pécora que vivía en Eastbourne; y, una vez, la vieja mistress Dacres dejó la suya al organista de la iglesia, uno de esos jóvenes melenudos, y ella tenía hijas e hijos casados.

Poirot preguntó:

—¿Quiere usted decir que mistress Welman pudo haber dejado su fortuna a Mary Gerrard?

—No me hubiera sorprendido —exclamó mistress Bishop—. Eso

es lo que buscaba la joven. Y si yo me hubiese atrevido a insinuar algo, mistress Welman me habría matado, aunque yo había estado con ella casi veinte años. Éste es un mundo ingrato, míster Poirot. Si uno procura cumplir con su deber, no se le aprecia.

—¡Ay! —suspiró Poirot—. ¡Cuán verdad es!

—Pero la maldad no siempre triunfa —declaró mistress Bishop.

Poirot asintió:

—Es cierto; Mary Gerrard ha muerto…

Mistress Bishop dijo tranquilamente:

—Ha ido a rendir cuentas, y nosotros no debemos juzgarla.

Poirot musitó:

—Las circunstancias de su muerte parecen por completo inexplicables.

—Esta Policía, con sus nuevos métodos, lo enreda todo —afirmó mistress Bishop—. ¿Es probable que una señorita bien criada y bien educada, como miss Carlisle, se ponga a envenenar a alguien? Y han intentado *comprometerme* diciendo que yo había confesado que sus maneras eran extrañas.

—Pero ¿no eran peculiares?

—¿Y por qué no habían de serlo? —replicó mistress Bishop con energía—. Miss Elinor es una joven muy sensible. Iba a trasladar las cosas de su tía y esto siempre es una operación penosa.

Poirot asintió con la cabeza, y dijo:

—¡Hubiera sido mucho mejor para ella si usted la hubiese acompañado!

—Quería hacerlo, míster Poirot; pero ella se opuso. Miss Elinor siempre ha sido muy orgullosa y reservada. ¡Ojalá la hubiese acompañado!

Poirot murmuró:

—¿No pensó usted en seguirla hasta la casa?

Mistress Bishop se irguió majestuosamente.

—Yo no voy a donde no se me quiere, míster Poirot.

Poirot pareció intimidado. Murmuró:

—Además, usted, sin duda, tendría algunos asuntos importantes de que ocuparse aquella mañana.

—Recuerdo que era un día muy caluroso. Bochornoso —suspiró —. Fui al cementerio a depositar unas cuantas flores en la tumba de

mistress Welman, en señal de respeto, y tuve que descansar allí largo rato. Estaba aplacada por el calor. Llegué tarde a casa para almorzar, y mi hermana se asustó cuando me vio medio sofocada. Me dijo que no debiera haberlo hecho en un día como aquél.

Poirot la miró asombrado. Dijo:

—La envidio, mistress Bishop. Es en verdad agradable no tener que reprocharse nada después de una muerte. Míster Roderick Welman debe, sin duda, haberse reprochado el no entrar a ver a su tía aquella noche, aunque, desde luego, él no podía saber que ella iba a fallecer tan pronto.

—¡Oh, se equivoca usted, míster Poirot! Puedo asegurárselo. Míster Roddy *entró* en el cuarto de su tía. Yo me encontraba en aquel momento en el rellano. Oí que la enfermera bajaba la escalera y pensé que sería mejor asegurarme de que la señora no necesitaba nada, pues usted sabe lo que son las enfermeras: siempre se quedan abajo para chismorrear con los criados o para molestarlos pidiéndoles cosas. No es que la enfermera Hopkins fuese tan mala como esa enfermera irlandesa pelirroja, que siempre está charlando y molestando. Pero, como le digo, quise asegurarme de que todo estaba en orden. Fue entonces cuando vi a míster Roddy entrar en la habitación de su tía. Ignoro si ella le vio; pero, sea lo que fuere, él no tiene nada que *reprocharse*. Poirot dijo:

—Me alegro. Es un joven algo nervioso.

—Un poco caprichoso. Siempre lo ha sido.

Poirot dijo:

—Mistress Bishop, evidentemente es usted una mujer de gran comprensión. Me he formado un elevado concepto de su criterio. ¿Cuál cree usted que es la verdad acerca de la muerte de Mary Gerrard?

Mistress Bishop resopló:

—¡Está muy claro, en mi opinión! Uno de esos infernales botes de pasta de Abbot. ¡Los guardan meses enteros en los estantes! ¡Mi prima segunda enfermó una vez, y por poco se muere, por haber comido cangrejos en lata!

Poirot objetó:

—Pero ¿y la morfina que se encontró en el cuerpo?

Mistress Bishop contestó, desdeñosa:

—¡No sé nada respecto a la morfina! ¡Sé lo que son los médicos! ¡Dígales usted que busquen algo y lo encontrarán! ¡No creen que una pasta de pescado estropeada sea suficiente!

Poirot preguntó:

—¿No cree usted posible que se haya suicidado?

—¿Ella? —resopló mistress Bishop—. De ninguna manera. ¿Acaso no se había propuesto casarse con míster Roddy? ¿Suicidarse? ¡Ni pensarlo!

Capítulo V

¿QUIZÁS UN ACCIDENTE?

Siendo domingo, Hércules Poirot encontró a Ted Bigland en la granja de su padre.

No tuvo que esforzarse mucho en hacer hablar a Bigland. Pareció aceptar de buen grado la oportunidad que se le presentaba de descargarse de un peso que le abrumaba.

Dijo pensativamente:

—De modo que quiere usted encontrar al asesino de Mary Gerrard, ¿verdad? Ése es un misterio indescifrable.

Poirot repuso:

—¿No cree usted entonces que sea culpable miss Carlisle?

Ted Bigland contrajo la frente. Parecía un niño asombrado. Murmuró pausadamente:

—Miss Elinor es una hija de buena familia. Ella no es de las que… bueno, no sé cómo decirlo… No la creo capaz de hacer objeto a nadie de una *violencia* parecida… ¿No piensa usted lo mismo, señor?

Hércules Poirot asintió distraído.

Luego declaró:

—No, no es probable. Pero cuando surgieron los celos…

Se interrumpió, mientras contemplaba al gigante bien constituido que tenía ante él.

Ted Bigland replicó:

—¿Celos? Sí. No ignoro que puede ocurrir… a veces… Pero eso sucede cuando una persona está bajo el influjo del alcohol al mismo tiempo. Miss Carlisle…, tan hermosa…, tan educada…

Poirot arguyó:

—*Pero Mary Gerrard murió*, y no fue de muerte natural. ¿Tiene usted alguna idea que pueda ayudarme a descubrir al asesino de Mary Gerrard?

El muchacho movió la cabeza lentamente. Dijo:

—No… No parece posible que nadie deseara la muerte de Mary… Ella *era… como una flor*.

Y repentinamente, durante un minuto vívido, Hércules Poirot tuvo una nueva concepción de la muchacha asesinada… Era… como una flor.

Tenía la sensación de una pérdida dolorosa, de algo exquisito irremediablemente destruido.

En su cerebro se sucedieron una a una las palabras de Peter Lord: «Era una criatura preciosa…». Las de la enfermera Hopkins: «Podía haber llegado a ser una estrella de cine…». Las de mistress Bishop: «Era una intrigante». Y ahora, desvaneciendo todas sus impresiones anteriores, aquella definición simple y romántica de Ted Bigland: «Era como una flor».

Hércules Poirot dijo:

—Pero ¿entonces…?

Y extendió los brazos en el aire haciendo un gesto de extrañeza.

Ted Bigland movió la cabeza asintiendo. Sus ojos tenían la triste expresión de un animal atormentado. Dijo:

—Lo sé, señor. Lo que usted dice es la verdad. No murió de muerte natural. Pero he estado pensando y pensando…

Se interrumpió.

Poirot le instó a proseguir:

—¿Y bien?

Ted Bigland continuó lentamente:

—He estado pensando que tal vez no fuese más que un *accidente*…

—¿Un accidente?… ¿Qué clase de accidente?

—No lo sé, señor. Tal vez mi idea carezca de sentido común. Pero tengo la impresión de que no fue más que *un accidente*, una equivocación.

Y miró suplicante a Poirot, avergonzado de su falta de elocuencia.

Poirot permaneció pensativo un instante. Parecía reflexionar

sobre la idea expuesta por el joven. Al fin dijo:

—Es interesante que usted tenga esa impresión.

Ted Bigland repuso en tono de humillación:

—No creo que le pueda servir de nada, señor. Ni siquiera puedo sugerirle el cómo y el porqué de este sentimiento mío. Ha sido como una corazonada.

Hércules Poirot declaró:

—Las corazonadas proporcionan a veces pistas y datos inapreciables.

Perdóneme si penetro ahora en un terreno doloroso para usted. ¿Estaba muy enamorado de Mary Gerrard?

El moreno rostro de Ted Bigland se oscureció aún más.

Dijo simplemente:

—Todo el mundo lo sabe…

—¿Se proponía usted casarse con ella?

—Sí.

—¿Y ella… no quiso?

Una expresión sombría apareció en la faz de Ted. Declaró, con cierto matiz de cólera reprimida:

—Lo hicieron con buena intención, no lo dudo; pero a veces no conviene mezclarse en las vidas de los demás. La educación y el viaje al extranjero cambiaron a Mary. No quiero decir con eso que la… echaran a perder, no. Pero la hicieron sentirse diferente. Adquirió la idea de que era demasiado para mí y, sin embargo, era demasiado poco para un caballero como míster Welman.

El detective inquirió, escrutando su rostro:

—¿No le es simpático míster Welman?

Ted Bigland exclamó con violencia pueril:

—¿Por qué había de sérmelo? No tengo nada en contra suya. No es lo que yo llamo un hombre. Podría cogerlo así, con una mano, y partirlo en dos. Supongo que es inteligente; pero eso no le sirve de gran cosa si el coche se atasca. Tal vez sepa qué es lo que hace andar al coche, pero es incapaz de sacar la magneto y limpiarla…

Poirot preguntó:

—¿Trabaja usted en un garaje?

Ted asintió:

—Sí. En el de Henderson. Allá abajo.

—¿Estaba usted allí la mañana en que sucedió…?

Ted Bigland declaró:

—Sí, señor. Estuve probando el coche de un cliente. Tenía una avería insignificante y no podía localizarla. Entonces lo hice andar un largo trecho. Era un día estupendo. Aún había madreselvas en los setos. A Mary le gustaban mucho las madreselvas. Acostumbrábamos ir juntos a cogerlas antes que ella se marchase al extranjero.

De nuevo apareció en su rostro la expresión de infantil asombro. Hércules Poirot guardó silencio.

Con un estremecimiento, Ted reemprendió el hilo de su narración:

—Perdóneme, señor. Olvidé que me preguntaba por míster Welman. Pues bien: no me sentó bien que cortejara a Mary. No debía hacerlo. Ella no era de su clase.

Poirot inquirió:

—¿Cree usted que ella le quería?

El muchacho frunció el ceño.

—No lo sé… Realmente, no lo sé. Pero tal vez sí. No puedo asegurarlo.

Poirot preguntó:

—¿Existía algún otro hombre que pretendiese a Mary? ¿Alguno que conociese en el extranjero?

—No lo sé, señor. Jamás lo mencionó.

—¿Tenía enemigos aquí, en Maidensford?

—¡Oh, no, señor! Nadie la conocía bien, pero todos la querían.

Poirot interrogó con una sonrisa.

—¿Mistress Bishop también?

Ted hizo una mueca. Declaró:

—¡Oh, aquello no era más que despecho! A la anciana no le agradaba el cariño que mistress Welman experimentaba hacia Mary.

Poirot dijo:

—¿Era feliz Mary Gerrard allí? ¿Quería a mistress Welman?

Ted Bigland afirmó:

—Habría sido extraordinariamente feliz si la enfermera la hubiese dejado en paz. Me refiero a la enfermera Hopkins. No hacía más que imbuirle ideas absurdas. Quería que fuese a Londres para

aprender a dar masaje.

—Ella le había tomado cariño a Mary, ¿verdad?

—Sí, desde luego; pero es de las que creen que saben siempre lo que le conviene a cada uno.

Poirot preguntó, recalcando las palabras:

—Supongamos que la enfermera supiese algo que redundase en descrédito de Mary Gerrard. ¿Cree usted que se lo callaría?

Ted Bigland le miró con curiosidad.

—Temo no haberle comprendido bien, señor.

—¿Cree usted que si la Hopkins supiese algo en contra de Mary Gerrard se lo callaría?

Ted afirmó, ceñudo:

—Dudo que esa mujer sea capaz de callarse algo. Es la chismosa más grande de todo el pueblo. Pero si guarda silencio por alguien, puede apostar que no lo hará más que por Mary Gerrard.

Hizo una pausa, y añadió, impelido por la curiosidad:

—Me gustaría saber por qué lo pregunta.

Hércules Poirot replicó:

—Hablando con las personas, llega uno a formarse cierta impresión de su carácter. La enfermera Hopkins es, según las apariencias, una mujer franca y comunicativa. Pero tuve la sensación de que me ocultaba *algo*. No quiero decir que sea necesariamente *una cosa de importancia*. Tal vez no tenga relación alguna con el crimen; *pero hay algo que ella sabe y que no lo ha dicho*. No sé por qué, presumo que es algo que perjudica o menoscaba el honor de Mary Gerrard…

Ted Bigland movió la cabeza tristemente.

—Siento no poder serle útil en eso, señor.

Hércules suspiró:

—Bien. Ya lo sabré con el tiempo.

Capítulo VI

RODDY RECUERDA

Poirot contemplaba con interés el rostro largo y sensitivo de Roderick Welman.

Los nervios de Roddy se hallaban en un estado lamentable. Temblábanle las manos, tenía los ojos inyectados en sangre, la voz ronca e irritada.

Dijo, mirando la tarjeta:

—Conozco su nombre, monsieur Poirot. Pero no veo qué es lo que el doctor Lord cree que puede haber en este asunto. Además, ¿qué le importa a *él* todo esto? Atendió a mi tía; pero, por otra parte, es un extraño para mí. Elinor y yo no lo conocimos hasta que fuimos allí, en junio. Creo que Seddon es el más indicado para ocuparse de estos asuntos.

Hércules Poirot se inclinó:

—Técnicamente es lo correcto.

Roddy continuó con tristeza:

—No es que Seddon me inspire mucha confianza. ¡Es tan pesimista!

—¡Es la costumbre de los abogados!

—Hace poco hemos escrito a Bulmer. Se dice que es de lo mejorcito que hay.

Poirot afirmó:

—Se le considera como el abogado de las causas perdidas.

Roddy entornó los ojos, disgustado.

El detective añadió:

—Supongo que no le molestará que intente ayudar a miss Elinor Carlisle.

—Claro que no. Pero…

—Pero ¿qué podré hacer yo? ¿No es eso lo que iba usted a decir?

Una sonrisa iluminó el rostro de Roddy. Una sonrisa tan encantadora, que Hércules Poirot comprendió entonces la sutil atracción de aquel hombre.

Roddy dijo, en tono de excusa:

—Tal vez le parezca algo rudo. Pero, en realidad, ésa es la cuestión. ¿Qué podrá usted hacer, monsieur Poirot?

—Busco la verdad —dijo.

Roddy murmuró en tono de duda:

—Bien.

—Quiero descubrir los hechos que beneficien a la acusada.

Roddy suspiró.

—¡Si lo lograse!

—Lo deseo con toda mi alma. ¿Quiere usted allanarme el camino diciéndome lo que piensa en realidad de este asunto?

Roddy se levantó y empezó a pasear nerviosamente por la habitación.

—¡Cada vez que lo pienso me parece tan absurdo! ¡Tan fantástico! ¡La mera idea de que Elinor, a quien conozco desde que éramos niños, haya hecho una cosa tan melodramática como envenenar a alguien…! ¡Oh, es para reírse! Pero ¿cómo podríamos explicar eso al Jurado?

Poirot preguntó, estólido:

—¿Cree usted entonces imposible que lo haya hecho miss Carlisle?

—¡Claro que lo creo! Elinor es una criatura exquisita física y moralmente. La creo incapaz de cometer una violencia. Es intelectual, sensitiva y desprovista de pasiones. Pero ¡Dios sabe lo que opinarán de ella los doce gordinflones sin seso que componen el Jurado! Aunque, seamos razonables, ellos no están allá para juzgar el carácter, sino para considerar las pruebas. ¡Hechos, hechos, hechos! Y los hechos le son desfavorables.

Hércules Poirot asintió pensativamente:

—Usted, míster Welman, es una persona de sensibilidad e inteligencia. Los hechos acusan a miss Carlisle. Usted, que la

conoce, sabe que es inocente. *¿Qué sucedió entonces?* ¿Qué es lo que *no pudo* suceder?

Roddy extendió las manos, desesperado.

—Eso es lo terrible. Supongo que la enfermera no pudo hacerlo.

—No estuvo ni un momento junto a los emparedados. He practicado indagaciones minuciosas. Y no pudo envenenar el té sin envenenarse ella también. Estoy seguro de ello. Además, ¿*por qué* había de desear la muerte de Mary Gerrard?

Roddy exclamó:

—¿Y *quién* pudo desearlo?

—Ésa —dijo Poirot— es una pregunta que todavía carece de respuesta. *Nadie* podía desear la muerte de Mary Gerrard —y añadió para sí: «*Excepto Elinor Carlisle*»—. Si pudiéramos probar que no fue asesinada… Pero, por desgracia, lo fue.

Añadió, ligeramente melodramático:

—…pero yace fría y sola en su sepulcro helado.

—¿Qué? —preguntó Roddy.

Hércules Poirot exclamó:

—Es de Wordsworth. He leído mucho de él. Esas líneas expresan lo que usted siente, ¿verdad?

—¿Yo?

Roddy parecía una esfinge.

Poirot dijo:

—Le presento mis excusas… Créame que lo siento profundamente. Es una cosa terrible… ser un detective y, al mismo tiempo, un *pukka sahib*… Como dicen ustedes tan gráficamente, hay cosas que no deben decirse jamás. Pero, desgraciadamente, un detective está obligado a decirlas. Tiene que hacer preguntas desagradables sobre asuntos privados…, sentimentales…

Roddy preguntó:

—¿No cree que eso es innecesario?

Poirot respondió con humildad:

—¡Si fuera capaz de comprender algo! Pero no creo que podamos pasar eso por alto. Además, todo el pueblo sabía que usted admiraba a miss Mary Gerrard. ¿No es verdad, míster Welman?

Roddy se levantó y apoyóse en la ventana. Dijo:

—Sí.

—¿Estaba enamorado de ella?

—Creo que sí.

—Y ahora está desconsolado por su muerte.

—En efecto, monsieur Poirot, lo estoy.

Hércules Poirot prosiguió:

—Si se expresara usted con claridad terminaríamos en seguida.

Roddy Welman tomó asiento de nuevo. No quiso mirar a su interlocutor. Habló entrecortadamente:

—Es difícil de explicar. ¿Es forzoso?

Poirot arguyó:

—No siempre se pueden dejar a un lado las cosas desagradables que nos depara el Destino. Usted dice que cree que estaba enamorado de esa muchacha. ¿No está seguro?

—¡No lo sé! ¡Era tan encantadora! ¡Como un sueño! Eso me parece ahora: ¡un sueño! ¡Cuando la vi por primera vez, después de tantos años, parecía una visión irreal! ¡Me encapriché de ella! ¡Fue una especie de locura! ¡Ahora todo ha terminado! ¡Como si no hubiese existido más que en mi fantasía!

Poirot asintió en silencio. Dijo tras una pausa:

—Comprendo —y añadió luego—: ¿No estaba usted en Inglaterra cuando murió?

—No. Me marché al extranjero el nueve de julio y regresé el primero de agosto. El telegrama de Elinor me siguió en mi trayecto. Me apresuré a venir a casa cuando lo supe.

Poirot dijo:

—Debió de ser un golpe tremendo para usted. No tengo la menor duda de que amaba de veras a la muchacha.

Roddy exclamó con un matiz de amargura y desesperación:

—¿Por qué me han de ocurrir estas cosas? ¡Y suceden contra los deseos más íntimos, hundiendo todas nuestras esperanzas!

Hércules Poirot declaró:

—¡Ésa es la vida, *mon ami*! No le permite otorgar testamento si pretende hacerlo. No le deja escapar a la emoción, ni vivir con arreglo a un orden establecido, ni razonar. No se puede decir: ¡Con lo que tengo me basta! ¡Ah, no, míster Welman, la vida no es razonable!

Roderick Welman murmuró:

—Así parece.

—Una mañana de primavera, un rostro de mujer, y nuestra existencia sufre un cambio brusco.

Roddy hizo una mueca, y Poirot prosiguió:

—…A veces es algo más que un rostro. ¿Qué sabía usted de Mary Gerrard, míster Welman?

Roddy declaró:

—¿Qué sabía? Muy poco, en realidad. Ella era atractiva, buena, cariñosa… No sé nada más, nada en absoluto. Tal vez por eso no la echo de menos como debiera.

Su antagonismo, su resentimiento, habían desaparecido. Hablaba con sencillez. Hércules Poirot le tenía ya a su merced. Roddy parecía experimentar cierto alivio al despojarse de su carga sentimental. Dijo:

—Era dulce, gentil. No muy inteligente. Sensitiva y bondadosa. Poseía cierta distinción, rarísima en las muchachas de su clase.

—¿Pertenecía a ese género de mujeres que se crean enemigos inconscientemente?

Roddy denegó con violencia:

—No, no. Es imposible que nadie la odiara. Envidiarla, tal vez.

Poirot se apresuró a preguntar:

—¿Envidia? ¿Cree usted que la envidiaban?

Roddy dijo, inconsciente:

—Aquella carta lo demuestra.

Poirot inquirió:

—¿Qué carta?

Roddy enrojeció al replicar:

—¡Oh, nada! No tiene importancia.

Poirot insistió:

—¿Qué carta?

—Una carta anónima —dijo de mala gana.

—¿Cuándo la recibieron? ¿A quién iba dirigida?

En contra de su voluntad, Roddy se lo explicó.

Hércules Poirot murmuró:

—Eso es interesante. ¿Podría ver la carta?

—Me temo que no. La quemé.

—¡Oh! ¿Por qué lo hizo, míster Welman?

—Entonces me pareció muy natural.

—Y a consecuencia de esa carta, usted y miss Carlisle se trasladaron *apresuradamente* a Hunterbury, ¿verdad?

—Fuimos, en efecto; pero no apresuradamente.

—Pero ustedes estaban algo *intranquilos*, ¿verdad? ¿Tal vez alarmados?

Roddy repuso con obstinación:

—No admito esa pregunta.

Hércules Poirot exclamó:

—Pero si es muy natural. Su herencia, la que le habían prometido, estaba en peligro. No tiene nada de particular que a ustedes los inquietase. ¡El dinero es muy importante!

—No tan importante como usted cree.

—Esa carencia de mundología es notabilísima.

Roddy se sonrojó.

—Desde luego, ¿por qué no confesarlo?, el dinero nos interesaba a los dos. No éramos por completo indiferentes a él. Mas nuestro móvil era convencernos de que nuestra tía se hallaba perfectamente.

Poirot dijo:

—Se trasladó allí con miss Carlisle. En aquel tiempo, su tía no había hecho testamento. Poco después sufrió otro ataque de apoplejía. Se proponía hacer testamento, pero, afortunadamente para miss Carlisle, murió antes de poder hacerlo.

—¡Oiga! ¿Qué pretende usted dar a entender con eso?

El rostro de Roddy estaba negro de ira.

Poirot lanzó las palabras como dardos envenenados.

—Usted me ha dicho, míster Welman, con respecto a la muerte de Mary Gerrard, que el móvil atribuido a Elinor Carlisle era absurdo. Elinor Carlisle tenía un motivo para temer que la desheredasen en favor de una extraña. La carta de advertencia que recibió, las palabras incoherentes pronunciadas por su tía, lo confirman. En el vestíbulo hay una cartera de cuero que contiene drogas y otros artículos farmacéuticos. Es muy fácil extraer una ampolla de morfina. Y luego, según me han dicho, *se quedó sola con su tía, mientras que usted y las enfermeras estaban a la mesa*.

Roddy exclamó:

—¡Santo Dios!… Monsieur Poirot… ¿Pretende usted ahora que Elinor asesinó a tía Laura? ¡Qué idea más ridícula!

Poirot declaró:

—¿No sabe usted que se ha dado orden de exhumar el cuerpo de mistress Welman?

—Claro que lo sé; pero no encontrarán nada.

—Supongamos que sí.

—Le digo a usted que no.

Poirot movió la cabeza.

—Yo no estoy tan seguro. Y no había más que una persona a quien beneficiase la muerte de mistress Welman en aquellos momentos.

Roddy se sentó. Tenía el rostro palidísimo y se estremecía ligeramente. Quedó mirando a Poirot con fijeza. Luego dijo:

—Creía que intentaba usted ayudarla.

Hércules Poirot repuso:

—En efecto; pero debemos afrontar los hechos. Usted, míster Welman, debe de haber preferido siempre no afrontar las verdades desagradables.

Roddy replicó:

—¿Por qué había de atormentarme considerando el lado peor de las cosas?

Hércules Poirot contestó gravemente:

—Porque a veces es necesario —hizo una pausa y prosiguió—: Admitiendo la posibilidad de que su tía falleciese a consecuencia de haber ingerido una dosis exagerada de morfina, ¿qué sucedería?

Roddy movió la cabeza, confundido.

—No sé.

—Intente pensar. ¿Quién pudo habérsela dado? ¿No quiere confesar que sólo Elinor Carlisle tuvo esa oportunidad?

—¿Y las enfermeras?

—Cualquiera de ellas pudo hacerlo, indudablemente. Pero la Hopkins se dio cuenta de la desaparición del tubo y lo mencionó oportunamente. No necesitaba hacerlo. Ya habían firmado el certificado de defunción. ¿Por qué había de llamar la atención sobre la morfina desaparecida si hubiese sido culpable? La amonestarían severamente por su negligencia, y si ella la hubiese envenenado era

una insensatez hablar de la desaparición de la morfina. Lo mismo podemos decir de la O'Brien. Pudo perfectamente tomar la droga de la cartera de la Hopkins y administrarla a la enferma; pero, dígame…, *¿para qué?*

Roddy movió la cabeza, aturdido.

—¡Tiene razón!

Poirot continuó:

—También hay que contarle a usted.

Roddy dio un respingo, como un caballo nervioso.

—¿A mí?

—Claro que sí. Usted también pudo extraer la morfina. También pudo darla a mistress Welman. Estuvo solo con ella durante un corto espacio de tiempo; pero otra vez me pregunto: *¿Por qué había de hacerlo usted?* Si ella hubiese vivido lo suficiente para hacer testamento, es más que probable que le hubiese dejado algo. Así, pues, no hay motivo. Sólo dos personas podían estar interesadas en que muriera antes de hacerlo.

Los ojos de Roddy se iluminaron.

—¿Dos personas?

—Sí. Una era Elinor Carlisle.

—¿Y la otra?

Poirot dijo con desesperante lentitud:

—La otra es el autor de la carta anónima.

Roddy parecía incrédulo.

Poirot declaró:

—*Alguien* escribió aquella carta…, alguien que odiaba a Mary Gerrard o, por lo menos, no la quería mucho. Alguien que estaba de parte de ustedes, como vulgarmente se dice. *Alguien que no quería que Mary Gerrard se beneficiase con la muerte de mistress Welman*. Ahora dígame: ¿tiene usted alguna idea de quién pueda ser el autor de esa carta?

Roddy movió la cabeza.

—No, monsieur Poirot. Era una carta mal redactada, peor escrita y el papel de pésima calidad.

Poirot levantó una mano.

—No sacaremos mucho con eso. Puede haber sido escrita por una persona educada que quisiera disfrazar su condición. Por eso

desearía que hubiese conservado la carta. La gente que intenta disfrazar lo que escribe se descubre casi siempre por pequeños detalles.

Roddy dijo, vacilando:

—Elinor y yo creímos que se trataba de una criada.

—¿No pensaron en nadie en particular?

—No, en absoluto.

—¿No podría haber sido mistress Bishop, el ama de llaves?

Roddy le miró, sorprendido.

—¡Oh, no! Es una señora respetable y orgullosa. Además, tiene una letra preciosa, y estoy seguro de que jamás…

Al verle titubear, Poirot intervino rápidamente:

—No quería bien a Mary Gerrard.

—Creo que no, aunque jamás me di cuenta.

—Usted no se daba cuenta de muchas cosas, míster Welman…

Roddy no hizo caso de la ironía. Permaneció reflexionando largo rato. Al fin, dijo:

—¿No cree usted que mi tía pudo muy bien tomar morfina sin que nadie la observara?

Poirot repuso:

—Es una idea, en efecto.

Roddy afirmó:

—Dijo en varias ocasiones que no podía soportar la idea de tener que ser cuidada como si fuese una niña. Deseaba morir.

—Pero no pudo levantarse de la cama, descender la escalera y tomar el tubo de morfina de la cartera de la Hopkins.

Roddy dijo lentamente:

—Alguien pudo proporcionárselo.

—¿Quién?

—Pues… una de las enfermeras.

—No. Es imposible. Ellas sabían perfectamente a lo que se arriesgaban. Las enfermeras son las últimas de quienes podemos sospechar.

—Entonces, alguna otra persona.

Se estremeció, abrió la boca y la cerró de nuevo.

Poirot dijo en voz baja:

—Acaba usted de recordar algo, ¿verdad?

Roddy declaró, titubeando:

—Sí, pero…

—¿No se atreve a decírmelo?

—No…

Poirot dijo, con una sonrisa levísima en las comisuras de los labios:

—¿Cuándo lo dijo miss Carlisle?

Roddy reprimió una exclamación de asombro.

—¡Santo Dios!… ¿Es usted brujo?… Cuando veníamos en el tren, después de recibir el telegrama en que nos anunciaban el segundo ataque de apoplejía que había sufrido mi pobre tía, ella me dijo que estaba enormemente preocupada por el estado desesperado en que se encontraba, y declaró: *Sería un acto de piedad permitirle morir si verdaderamente lo desea*.

—¿Y qué dijo usted?

—Que estaba de acuerdo con ella.

Poirot dijo con grave entonación:

—Ahora, míster Welman, dígame sinceramente: usted ha rechazado la posibilidad de que miss Carlisle matase a su tía para entrar en posesión de la herencia. ¿Se atreve a negar ahora que lo haya hecho *por compasión*?

Roddy exclamó:

—No, no…, no sé…

Hércules Poirot se inclinó. Dijo:

—Ya me lo figuraba. Estaba seguro de que respondería eso precisamente.

Capítulo VII

PARA POIROT TODO ES FÁCIL

En el despacho de los señores Seddon, Ridgeway y Seddon, Hércules Poirot fue recibido con extrema cautela, por no decir con desconfianza.

Míster Seddon, con el dedo índice apoyado en la barbilla pulcramente afeitada, no parecía muy comunicativo, y sus ojos suspicaces midieron de pies a cabeza al detective.

—Su nombre me es familiar, míster Poirot; pero le confieso que no comprendo su intervención en este caso.

Hércules Poirot declaró:

—Actúo en interés de su cliente, *monsieur*.

—¡Ah, sí! ¿Y quién fue el que le comisionó para ello?

—El doctor Lord.

Las cejas de míster Seddon se elevaron en ángulo recto.

—¿De veras?… Me parece muy extraño. El doctor Lord depondrá como testigo a instancias del fiscal.

Hércules Poirot se encogió de hombros.

—¿Qué importa?

Míster Seddon replicó:

—La defensa de miss Carlisle está enteramente en nuestras manos. No necesitamos asistencia alguna en este caso, míster Poirot.

Poirot preguntó cortésmente:

—¿Tan fácil encuentra probar la inocencia de su cliente?

Míster Seddon hizo una mueca. Luego se encolerizó profesionalmente.

—Ésa es una pregunta inconveniente, muy inconveniente —dijo.

Hércules Poirot arguyó:

—Las pruebas acumuladas contra miss Carlisle son desfavorabilísimas.

—No comprendo, míster Poirot, cómo ha llegado usted a saber eso.

Poirot dijo:

—Aunque he venido aquí bajo los auspicios del doctor Lord, tengo una nota de míster Roderick Welman.

Se la entregó con una inclinación.

Míster Seddon lanzó una ojeada a las líneas de la tarjeta y gruñó:

—Esto hace cambiar el asunto. Míster Welman se hace responsable de la defensa de miss Elinor Carlisle… Nosotros obramos a instancias de él —añadió con visible disgusto—: Nuestra casa no interviene casi nunca… ¡ejem!…, en procedimientos criminales; pero he creído mi deber en consideración a mi difunta cliente, encargarme de la defensa de su sobrina. Puedo decirle que nos hemos puesto en contacto con sir Edwin Bulmer.

Poirot dijo irónicamente:

—No importan los gastos. Todo es justo con tal que la absuelvan.

Mirándole a través de sus lentes, míster Seddon dijo:

—Realmente, míster Poirot…

El detective cortó la protesta:

—La elocuencia y los recursos emotivos no salvarán a su cliente. Precisa algo más que todo eso.

Míster Seddon dijo con sequedad:

—¿Qué nos aconseja usted?

—La verdad.

—Perfectamente.

—Ahora bien: ¿nos beneficiará la verdad?

Míster Seddon dijo con voz cortante:

—Eso es otra inconveniencia.

Poirot repuso:

—Hay ciertas preguntas que desearía me respondieran.

Míster Seddon dijo cautelosamente:

—Desde luego, no puedo responder sin el consentimiento de mi

cliente.

—Es natural, lo comprendo —Poirot hizo una pausa, y luego dijo—: ¿Tiene Elinor Carlisle algunos enemigos?

Míster Seddon mostró una ligera sorpresa.

—Que yo sepa, ninguno.

—La difunta mistress Welman, ¿hizo testamento en algún período de su vida?

—Nunca. Siempre lo aplazaba.

—Y Elinor Carlisle, ¿ha hecho testamento?

—Sí.

—¿Recientemente? ¿Después de la muerte de su tía?

—Sí.

—¿A quién ha dejado su fortuna?

—Eso, míster Poirot, es algo confidencial. No puedo decírselo sin autorización de mi cliente.

Poirot dijo:

—¡Entonces tendré que interrogar a su cliente!

Míster Seddon repuso con una sonrisa glacial:

—Me temo que eso no le será fácil.

Poirot se alzó e hizo un gesto.

—Todo es fácil para Hércules Poirot —afirmó.

Capítulo VIII

¡TAN FÁCIL PARA SER CIERTO!

El jefe inspector Marsden se mostró afable.

—¡Hola, monsieur Poirot! —dijo—. ¿Ha venido a orientarme sobre algunos de mis casos?

Poirot murmuró:

—No, no. Algo de curiosidad por mi parte, eso es todo.

—Tendré mucho gusto en complacerle. ¿De qué caso se trata?

—Del de Elinor Carlisle.

—¡Ah, sí! La muchacha que envenenó a Mary Gerrard. Dentro de un par de semanas se celebrará la vista de la causa. Un caso interesante. También mató a la anciana. No ha llegado el informe definitivo; pero, al parecer, no hay la menor duda de ello. Morfina. Un crimen cometido a sangre fría. Ni siquiera se inmutó cuando la detuvieron ni después. No se ha cogido los dedos en sus declaraciones. Pero tenemos las pruebas acusadoras.

—¿Cree usted que ella lo hizo?

Marsden, un hombre veterano, de rostro bondadoso, movió afirmativamente la cabeza.

—No cabe la menor duda. Puso el tóxico en el emparedado más próximo a miss Gerrard. Es una muchacha de enorme sangre fría.

—¿No tiene usted ninguna duda? ¿Ninguna duda en absoluto?

—¡Oh, no! Estoy completamente seguro. Respira uno tranquilamente cuando se está seguro. No nos gusta cometer errores. No buscamos que la condenen. En esta ocasión puedo actuar con la conciencia tranquila.

Poirot dijo lentamente:

—Comprendo.

El detective de Scotland Yard le miró con curiosidad.

—¿Hay algo en contrario?

Poirot movió lentamente la cabeza.

—Aún no. Hasta ahora, todo lo que he encontrado señala que Elinor Carlisle es culpable.

El inspector Marsden dijo con alegre seguridad:

—Es culpable; no hay duda.

Poirot dijo:

—Me gustaría verla.

El inspector Marsden sonrió indulgente. Dijo:

—Tiene usted mucha influencia con el ministro del Interior, ¿no es verdad? Eso será bastante.

Capítulo IX

HAY ALGO QUE FALLA

El doctor Lord dijo:

—¿Bien?

Hércules Poirot declaró:

—No, no va esto muy bien. Encuentro dificultades.

—¿No ha descubierto nada?

—Elinor Carlisle mató a Mary Gerrard por celos. Elinor Carlisle mató a su tía con el fin de heredar su fortuna. Elinor Carlisle mató a su tía por compasión. ¡Amigo mío, puede usted elegir!

Peter Lord exclamó:

—¡Está usted diciendo tonterías!

—¿Sí?

El rostro pecoso de Lord pareció enfurecerse. Preguntó:

—¿Qué *es* todo eso?

Hércules Poirot replicó:

—¿Cree usted que eso es posible?

—¿Que es posible qué?

—¿Que Elinor Carlisle, no pudiendo soportar ver sufrir a su tía, la matara por compasión o porque ella se lo pidiera?

—¡Tonterías!

—¿Son tonterías? Usted mismo me dijo que la anciana señora le suplicó en una ocasión que terminase con ella.

—No lo dijo en serio. Ella sabía que yo no haría semejante cosa.

—Sin embargo, podía seguir en la misma idea. Elinor Carlisle pudo haberla ayudado.

Peter Lord paseó de un extremo a otro de la habitación. Por fin dijo:

—No se puede negar esa posibilidad. Pero Elinor Carlisle es una joven equilibrada. No creo que la compasión le hiciese olvidar el riesgo que correría. Y se daría perfecta cuenta del peligro. Se exponía a que la acusasen de asesinato.

—Así, pues, ¿usted no cree que lo hiciera?

Peter Lord dijo lentamente:

—Opino que una mujer haría semejante cosa por su esposo, o por su hijo, o por su madre, tal vez. No creo que lo hiciera por una tía, aunque la quisiese mucho. Y creo que, en todo caso, sólo lo haría si la persona en cuestión estuviese sufriendo un dolor verdaderamente insoportable.

Poirot murmuró, pensativo:

—Quizá tenga usted razón —luego añadió—: ¿Cree usted que los sentimientos humanitarios de Roderick Welman puedan haber influido para que *él* hiciera semejante cosa?

Peter Lord replicó despectivamente:

—¡No tendría valor!

Poirot murmuró:

—¡Quién sabe! Observo que, en ocasiones, menosprecia usted a ese joven.

—¡Oh, no! Es inteligente, no cabe duda.

—Exacto —dijo Poirot—. Y es atractivo, también. Sí, le observé.

—¿Sí? ¡Pues yo no lo he notado nunca! Escuche, Poirot, ¿hay *algo*?

El detective contestó:

—¡Mis investigaciones no han sido, hasta ahora, afortunadas! Me conducen siempre al mismo punto. Nadie ganaba nada con la muerte de Mary Gerrard. Nadie odiaba a Mary Gerrard, *excepto Elinor Carlisle*. Hay una sola pregunta que nosotros podemos formularnos. Podríamos decir, quizá: *¿Odiaba alguien a Elinor Carlisle?*

El doctor Lord movió lentamente la cabeza.

—Que yo sepa, no. Usted quiere decir… ¿que alguien ha preparado una trampa? ¿Que alguien ha querido hacer recaer las sospechas del crimen sobre miss Carlisle?

Poirot movió afirmativamente la cabeza. Dijo:

—Desde luego, es una suposición aventurada, y no hay nada que

la apoye, excepto, quizá, el hecho de que el caso aparezca tan concluyente en contra de ella —refirió al doctor lo de la carta anónima—. Como ve —dijo—, esto hace posible formular una acusación muy grave contra Elinor. Le advirtieron que podría ocurrir que su tía no le dejase ni un penique en su testamento; que esta otra muchacha, una extraña, podría heredar la fortuna entera. Así, cuando su tía pedía un abogado, ella no quiso correr ningún riesgo y se cuidó de que la anciana muriese aquella noche.

Peter Lord gritó:

—¿Y Roderick Welman? ¡También tenía que perder!

Poirot movió la cabeza.

—No, era conveniente para él que su tía hiciese testamento. Si moría sin hacerlo, no recibiría nada. Elinor era su pariente más cercano.

Lord objetó:

—Pero ¡iba a casarse con Elinor!

Poirot dijo:

—Es cierto. Pero recuerde que inmediatamente después se rompió la promesa de casamiento; que él le dijo claramente que deseaba que ella le dejase libre.

Peter Lord gimió. Dijo:

—La fortuna siempre vuelve a sus manos. ¡Siempre!

—Sí. A menos que… —permaneció silencioso un instante. Luego dijo—. Hay *algo*…

—¿Sí?

—Algo…, alguna pieza de este rompecabezas que falla. Algo, estoy seguro de ello, que atañe a Mary Gerrard. Amigo mío, uno oye muchos chismes por estos parajes. ¿Ha oído usted alguna vez algo contra ella?

—¿Contra Mary Gerrard? ¿Su carácter, quiere decir?

—Cualquier cosa. Alguna historia referente a la muchacha. Alguna indiscreción de su parte. Una insinuación de escándalo. Una duda de su honradez. Algún rumor malicioso respecto a ella. Algo, algo que verdaderamente la *perjudique*…

Peter Lord contestó lentamente:

—Supongo que no va a sugerir…, a desenterrar cosas de una joven que está muerta y no puede defenderse. De todas formas, no

creo que usted pueda hacerlo.

—¿Llevaba una vida irreprochable?

—Que yo sepa, así es. No he oído nunca nada que la perjudicase.

Poirot dijo suavemente:

—No ha de pensar usted, amigo mío, que yo iba a remover el fango donde no lo hay… No, no, nada de eso. Pero la excelente enfermera Hopkins no es una mujer que *sepa* ocultar sus sentimientos. Quería a Mary y hay alguna cosa respecto a Mary que *ella* no quiere que se sepa; es decir, hay algo contra Mary que teme que yo descubra. No cree que tenga alguna relación con el crimen. Pues está convencida de que Elinor Carlisle cometió el crimen y, evidentemente, esta cosa, sea la que sea, no tiene nada que ver con Elinor. Pero, como ve, mi querido amigo, es necesario que yo sepa todo. Pues puede ser que Mary haya perjudicado a una tercera persona; y en ese caso, esa tercera persona podría tener un motivo para desear su muerte.

El doctor Lord dijo:

—Pero, seguramente, en ese caso la enfermera Hopkins se daría cuenta de eso también.

Poirot observó:

—La enfermera Hopkins es una persona muy inteligente dentro de sus límites, pero su intelecto no iguala al mío. ¡Tal vez ella no se percataría, pero Hércules Poirot, sí!

Moviendo la cabeza, Peter Lord dijo:

—Lo siento. No sé nada.

Poirot murmuró, pensativo:

—Tampoco Ted Bigland sabe nada; y él ha vivido aquí toda su vida y la de Mary. Tampoco mistress Bishop; pues si supiera alguna cosa desagradable referente a la muchacha, no se lo habría podido callar. *Eh bien*, hay una esperanza más.

—¿Sí?

—Pienso ver a la otra enfermera, a miss O'Brien, hoy mismo.

El doctor Lord agitó la cabeza y dijo:

—No creo que esté muy enterada de lo ocurrido en este distrito. Llegó aquí hace un mes o dos.

Poirot dijo:

—Lo sé. Pero, amigo mío, la enfermera Hopkins, según nos han

dicho, es algo locuaz. No ha chismorreado mucho en el pueblo, donde tales chismes podrían haber perjudicado a Mary Gerrard. Pero ¡dudo de que se abstuviera de decirle algo a una forastera y colega! La enfermera O'Brien puede saber algo.

Capítulo X

EXTRAÑA COINCIDENCIA

La enfermera O'Brien movió su cabeza rojiza y sonrió ampliamente al hombrecillo que estaba sentado frente a ella, al otro lado de la mesita de té.

Ella pensó para sí: «Es un hombrecillo muy cómico; y sus ojos son verdes como los de un gato; ¡y el doctor Lord opina que es un individuo inteligente!».

Hércules Poirot dijo:

—Es un verdadero placer encontrarme con una persona tan llena de salud y vitalidad. Todos sus pacientes, sin duda, deben restablecerse.

Miss O'Brien contestó:

—No soy de las que ponen una cara larga, y, a Dios gracias, pocos de mis pacientes mueren.

El detective observó:

—Desde luego, en el caso de mistress Welman, se trataba de una verdadera liberación.

—¡Ah, así es, pobrecita!

Sus ojos eran penetrantes cuando, mirando a Poirot, le preguntó:

—¿Quería hablarme de eso? Sospeché algo cuando supe que la estaban desenterrando.

Poirot hizo una breve pausa. Pareció buscar la pregunta.

—¿No tuvo usted ninguna sospecha entonces?

—Ni la más ligera sospecha, aunque por la cara que tenía el doctor Lord aquella mañana, mandándome de un lado a otro para buscar cosas que no necesitaba, podría haber sospechado algo. Pero él firmó el certificado de defunción.

Poirot comenzó:

—Tenía sus motivos…

Pero ella le interrumpió:

—Así es, y tenía razón. No le conviene a un médico ofender a la familia; y luego, si se hubiera equivocado, hubiera perdido la clientela. ¡Un médico tiene que estar *seguro*!

Poirot observó:

—Se ha sugerido que mistress Welman pudo haberse suicidado.

—¿Ella? ¿Cuando estaba tendida en la cama, reducida a la impotencia? ¡Si apenas podía levantar una mano!

—¿Y si alguien la hubiera ayudado?

—¡Ah! Ahora veo lo que usted quiere decir. ¿Miss Carlisle, míster Welman o quizá Mary Gerrard?

—Sería posible, ¿no es verdad?

La enfermera movió negativamente la cabeza. Dijo:

—¡Ninguno de ellos se hubiera atrevido!

El detective murmuró lentamente:

—Tal vez no —añadió—. ¿Cuándo echó de menos el tubo de morfina la enfermera Hopkins?

—Aquella misma mañana. «Estoy segura de que lo tenía aquí», fueron sus palabras. Estaba muy segura al principio; pero usted sabe lo que ocurre: al cabo de un rato entra la confusión, y, al fin, ella declaró estar segura de haberlo dejado en casa.

Poirot murmuró:

—¿Y entonces no tuvo usted ninguna sospecha?

—¡En absoluto! No se me ocurrió que pudiera suceder alguna cosa anormal. Aun ahora, la Policía tiene tan sólo una sospecha.

—Al pensar en aquel tubo de morfina desaparecido, ¿ni usted ni miss Hopkins se intranquilizaron un momento?

—Verá usted. Recuerdo lo que hablamos miss Hopkins y yo en el café de El Caballito Azul, donde nos encontrábamos en aquel momento: «Sólo pudo ser que al dejarlo en la repisa de la chimenea cayera al cubo de la basura, ¿no es verdad?», me dijo. «Seguramente eso es lo que ha sucedido», le contesté. Y ninguna de las dos mencionamos lo que nos preocupaba ni los temores que sentíamos.

Hércules Poirot preguntó:

—¿Y qué piensa usted ahora?

La enfermera contestó:

—Si encuentran morfina en su cuerpo, no habrá duda de que quién tomó aquel tubo, ni de para qué se usó; aunque no creeré que ella envenenara a la anciana señora hasta que se demuestre que verdaderamente hay morfina en su cuerpo.

Poirot dijo:

—¿No tiene usted ninguna duda de que Elinor Carlisle matara a Mary Gerrard?

—En mi opinión, ninguna. ¿Quién más podía tener una razón para ello o desearlo?

—Ésa es la cuestión —dijo Poirot.

La enfermera O'Brien continuó en tono dramático:

—¿No me encontraba presente la noche en que la señora intentaba hablar y miss Elinor le prometió que todo se haría según sus deseos? ¿No vi su rostro y el odio que se reflejaba en él cuando siguió con la mirada a Mary mientras bajaba la escalera? Sí, el crimen anidaba en su corazón en aquel momento.

Poirot preguntó:

—Si Elinor Carlisle mató a mistress Welman, ¿por qué lo hizo?

—¿Por qué? Por el dinero, desde luego. Nada menos que doscientas mil libras esterlinas. Eso es lo que ella heredó y por eso lo hizo, si es que lo hizo, es una joven audaz e inteligente.

Hércules Poirot inquirió:

—Si mistress Welman hubiera hecho testamento, ¿a quién cree usted que habría dejado su fortuna?

—¡Ah! No soy yo quien ha de decirlo —repuso la enfermera—. Pero, en mi opinión, la fortuna entera de mistress Welman habría ido a parar a manos de Mary Gerrard.

—¿Por qué? —preguntó el detective.

—¿Por qué? ¿Usted pregunta por qué? Yo dije que eso es lo que me parecía.

Poirot murmuró:

—Algunas personas dirían que Mary Gerrard había intrigado tan hábilmente, que logró las simpatías y el cariño de la anciana, hasta el punto de hacerle olvidar los lazos de la sangre.

—Es posible —contestó miss O'Brien lentamente.

El detective preguntó:

—¿Era Mary Gerrard una muchacha hábil e intrigante?

La enfermera O'Brien respondió, más lentamente aún:

—No creo tal cosa de ella. Todo cuanto hacía era espontáneo, sin ninguna sombra de intriga. Esa muchacha no era intrigante. Y existen a menudo motivos para estas cosas, que nunca se divulgan.

Hércules Poirot observó suavemente:

—Es usted, a mi entender, una mujer muy discreta, miss O'Brien.

—No me gusta hablar de lo que no me concierne.

Observándola muy atentamente, Poirot continuó:

—Usted y miss Hopkins han convenido, ¿no es cierto?, en que hay algunas cosas que es mejor no sacar a la luz del día.

La enfermera repuso:

—¿Qué quiere usted decir con eso?

El detective contestó rápidamente:

—Nada que se relacione con el crimen o crímenes. Me refiero al otro asunto.

Miss O'Brien dijo, moviendo la cabeza:

—¿De qué serviría desenterrar una vieja historia escandalosa, cuando ella era una anciana decente y buena, que ha muerto respetada por todo el mundo?

Hércules Poirot movió la cabeza en señal de asentimiento. Dijo cautelosamente:

—Como usted dice, mistress Welman era muy respetada en Maidensford.

La conversación había tomado un giro inesperado, pero el rostro de Poirot no expresaba ni sorpresa ni perplejidad.

La enfermera prosiguió:

—Hace mucho tiempo de eso, además. Está muerto y olvidado. Yo tengo un corazón muy sensible para las cosas románticas y digo, y siempre he dicho, que es un tormento para un hombre que tiene a su esposa en un manicomio estar atado toda su vida, sin esperanza de que no haya nada más que la muerte que le libere.

Poirot murmuró, perplejo:

—Sí, es un tormento.

La enfermera continuó:

—¿Le dijo a usted miss Hopkins que su carta se cruzó con la mía?

Poirot contestó vagamente:

—No me dijo *eso*.

—Fue, en verdad, una extraordinaria coincidencia. Pero suele suceder. Oye usted un nombre, y un día o dos después vuelve a toparse con él. Sí, fue una coincidencia que yo viese el retrato encima del piano y en aquel mismo momento el ama de llaves del doctor estuviese hablando de ese retrato con miss Hopkins.

—Eso —declaró Poirot— es muy interesante —y luego murmuró, insinuante—: ¿Mary Gerrard supo esto?

—¿Quién se lo había de decir? —repuso la enfermera O'Brien—. Yo, no; y tampoco miss Hopkins. Después de todo, ¿de qué le serviría a ella?

Levantó su cabeza rojiza y miró con fijeza a Poirot.

El detective suspiró:

—En efecto, ¿de qué iba a servirle?

Capítulo XI

LA HISTORIA DE ELINOR

Elinor Carlisle…

A través de la mesa que los separaba, Poirot la observaba atentamente.

Estaban solos. Tras una mampara de cristal, un celador los vigilaba.

Poirot observó el rostro sensitivo e inteligente, con la frente ancha y blanca, y las orejas y la nariz finamente modeladas. Líneas finas; una criatura orgullosa y sensible, refinada, y algo más, con capacidad para sentir una gran pasión. Dijo:

—Yo soy Hércules Poirot. El doctor Lord me ha recomendado que viniese a verla. Cree que yo puedo ayudarla.

Elinor Carlisle murmuró:

—Peter Lord…

Su tono era reminiscente. Durante un momento sonrió, melancólica. Continuó:

—Es muy bondadoso, pero no creo que pueda usted hacer nada.

El detective dijo:

—¿Querría usted hacer el favor de contestar a mis preguntas?

Ella suspiró, y dijo:

—Créame… realmente…, sería mejor que no hiciese ninguna pregunta. Estoy en buenas manos. Míster Seddon ha sido muy amable conmigo. Me defenderá un famoso abogado.

Poirot dijo:

—¡No es tan famoso como yo!

Elinor Carlisle dijo, con acento de cansancio:

—Posee una gran reputación.

—Sí, para defender criminales. Yo tengo una reputación… para demostrar la inocencia.

Alzó los ojos al fin; ojos intensamente azules. Miraron con fijeza a los de Poirot. Preguntó:

—¿Cree usted que soy inocente?

Hércules Poirot repuso:

—¿Lo es usted?

Elinor esbozó una sonrisa irónica. Replicó:

—¿Es ésa una prueba de su habilidad? Es muy fácil, ¿no es verdad?, contestar: «Sí».

Poirot dijo inesperadamente:

—Está usted muy cansada, ¿no es cierto?

Los ojos bellamente azules de la muchacha se dilataron un poco. Respondió:

—Sí, mucho. ¿Cómo lo ha sabido?

Hércules Poirot contestó:

—Lo he sabido.

Elinor observó:

—Estaré contenta cuando todo esto… termine de una vez.

Poirot la contempló en silencio un instante. Luego dijo:

—He visto a… su primo, a míster Roderick Welman.

El rostro blanco y orgulloso enrojeció ligeramente. Poirot se dio cuenta de que una pregunta suya iba a contestarse sin haber sido hecha.

Ella dijo, con voz ligeramente temblorosa:

—¿Ha visto usted a Roddy?

Poirot respondió:

—Está haciendo todo cuanto puede por usted.

—Lo sé.

Su voz era suave.

—¿Es pobre o rico?

—¿Roddy? No posee gran fortuna propia.

—¿Y es derrochador?

Ella respondió, distraída:

—Ninguno de los dos creíamos que eso tenía importancia. Sabíamos que algún día… —se interrumpió.

Poirot preguntó rápidamente:

—¿Contaba usted con su herencia? Es muy comprensible. Quizá sepa usted el resultado de la autopsia practicada a su tía. Murió de una intoxicación producida por morfina.

Elinor Carlisle repuso con frialdad:

—Yo no la maté.

—¿La ayudó usted a suicidarse?

—¿Que si la ayudé?… ¡Oh, comprendo! No, no hice tal cosa.

—¿Sabía usted que su tía no había hecho testamento?

—No. Lo ignoraba por completo.

Su voz, ahora, carecía de inflexión. La respuesta fue mecánica, sin interés.

Poirot preguntó:

—Y usted, ¿ha hecho testamento?

—Sí.

—¿Lo hizo el día en que el doctor Lord le habló a usted al respecto?

—Sí.

De nuevo su rostro enrojeció.

Poirot interrogó:

—¿A quién ha dejado usted toda su fortuna, miss Carlisle?

Elinor contestó quedamente:

—Lo he dejado todo a Roderick, a Roderick Welman.

—¿Sabe él eso?

Ella respondió rápidamente:

—No, ciertamente que no.

—¿No lo discutió usted con él?

—Naturalmente que no. Se habría encontrado en una situación embarazosa y le habría disgustado que yo hiciera tal cosa.

—¿Quién más conoce el contenido de su testamento?

—Únicamente míster Seddon… y sus ayudantes, supongo.

—¿Redactó míster Seddon el testamento?

—Sí, le escribí aquella misma noche; quiero decir la noche del día en que el doctor Lord me habló de ello.

—¿Echó usted personalmente la carta al correo?

—No. La deposité en el buzón de la casa con las otras cartas.

—Usted la escribió, la metió en un sobre, cerró éste, le puso un sello y la introdujo en el buzón, *comme ça*? ¿No se detuvo usted a

reflexionar? ¿A leer de nuevo la carta?

Elinor contestó, mirándole con fijeza:

—La volví a leer. Fui a buscar unos sellos. Al volver, leí de nuevo la carta para asegurarme de que me había expresado con claridad.

—¿Había alguien más en el cuarto con usted?

—Solamente Roddy.

—¿Sabía él lo que estaba usted haciendo?

—Le he dicho que no.

—¿Pudo alguien leer la carta cuando usted salió del cuarto?

—Lo ignoro… ¿Se refiere a una de las criadas? Supongo que pudieron hacerlo si hubieran entrado en la habitación durante mi breve ausencia.

—¿Y antes que míster Roderick Welman entrase?

—Sí.

Poirot dijo:

—Y él, ¿pudo haberla leído también?

La voz de Elinor era clara y despectiva. Replicó:

—Puedo asegurarle a usted, monsieur Poirot, que mi *primo*, como usted le llama, no lee las cartas ajenas.

Poirot repuso:

—Ésa es la idea aceptada. Se sorprenderá usted si supiera cuántas personas hacen cosas que no deben hacerse.

Elinor se encogió de hombros.

Poirot dijo en tono casual:

—¿Fue aquel día cuando se le ocurrió la idea de matar a Mary Gerrard?

Por tercera vez el rostro de Elinor Carlisle enrojeció. Esta vez fuertemente. Preguntó:

—¿Eso se lo dijo Peter Lord?

Poirot dijo suavemente:

—*Fue* entonces, ¿no es verdad? Cuando usted miró por la ventana y la vio haciendo el testamento. Fue entonces, ¿no es cierto?, cuando se le ocurrió lo divertido y lo conveniente que sería si Mary Gerrard muriese por casualidad…

Elinor dijo en voz baja, sofocada:

—Él lo adivinó…, él me miró y lo adivinó.

Poirot dijo:

—El doctor Lord sabe mucho… No es ningún necio ese joven de rostro pecoso y cabello rojizo…

Elinor preguntó en voz baja:

—¿Es cierto que él le ha mandado venir para que me ayude?

—Es verdad, *mademoiselle*.

Ella suspiró, y dijo:

—No lo entiendo. No, no lo entiendo.

Poirot dijo:

—Escuche, miss Carlisle. Es necesario que usted me diga lo que ocurrió el día de la muerte de Mary Gerrard; adonde fue usted, lo que hizo; más aún: quiero conocer hasta lo que usted pensó.

Ella le miró con fijeza, asombrada. Luego, lentamente, una sonrisa asomó a sus labios. Contestó:

—Usted debe de ser un hombre increíblemente simplote. ¿No comprende usted cuan fácil me sería mentirle?

Hércules Poirot repuso plácidamente:

—No importa.

Estaba perpleja.

—¿No importa?

—No. Pues las mentiras, *mademoiselle*, dicen a un oyente tanto como la verdad. A veces dicen más. Vamos, vamos, comience. Encontró usted a su ama de llaves, a la excelente mistress Bishop. Quería ir a ayudarla. Usted no se lo permitió. ¿Por qué?

—Quería estar sola.

—¿Porqué?

—*¿Por qué? ¿Por qué?* Porque yo quería… pensar.

—Quería usted pensar…, sí. ¿Y qué hizo después?

Elinor, con la barbilla erguida retadoramente, contestó:

—Compré un poco de pasta para emparedados.

—¿Dos botes?

—Dos.

—Y fue a Hunterbury. ¿Qué hizo allí?

—Subí al cuarto de mi tía y empecé a examinar sus objetos personales.

—¿Qué encontró?

—¿Qué encontré? —replicó, y frunció el ceño—. Ropas, cartas,

retratos, joyas…

Poirot preguntó:

—¿Y… secretos?

—¿Secretos? No lo entiendo.

—Continuemos. ¿Qué hizo después?

La joven respondió:

—Bajé a la cocina y corté unos emparedados.

Poirot dijo suavemente:

—Y usted pensó… ¿qué?

Los ojos azules de la muchacha chispearon de repente. Repuso:

—Pensé en Eleanor de Aquitania…

Poirot murmuró:

—La entiendo perfectamente.

—¿Sí?

—Sí. Conozco la historia. Ella ofreció a Bella Rosamunda la elección entre una daga o *una copa de veneno*. Rosamunda eligió el veneno…

Elinor no dijo nada. Estaba pálida.

Poirot continuó:

—Pero quizá en esta ocasión *no había opción*… Prosiga, *mademoiselle*. ¿Qué hizo a continuación?

La muchacha contestó:

—Puse los emparedados en un plato y me dirigí al pabellón. La enfermera Hopkins estaba allí, como Mary. Les dije que había preparado unos emparedados y que los tenía arriba.

Poirot la observaba. Dijo suavemente:

—Sí, y subieron juntas a la casa, ¿no es verdad?

—Sí. Comimos los emparedados en la sala.

Poirot dijo en el mismo tono suave de voz:

—Sí, sí…, *todavía ensimismada en su sueño*. ¿Y luego?

—¿Luego? —ella le miró con fijeza—. La dejé… de pie, junto a la ventana. Fui a la cocina. Todavía, como usted dice, estaba *en un sueño*… La enfermera estaba allí lavando algo…; le di el bote de la pasta.

—Sí, sí. ¿Y qué sucedió entonces? ¿Qué pensó usted después?

Elinor contestó como en éxtasis:

—Observé una señal en la muñeca de la enfermera. Se lo hice

notar, y ella me dijo que era de una espina de los rosales del pabellón. *Las rosas junto al pabellón*… Roddy y yo discutimos en una ocasión, hace mucho tiempo, acerca de la guerra de las Dos Rosas. Yo era Lancaster, y él York. A él le gustaban las rosas blancas; yo dije que no eran reales, que ¡ni siquiera olían! A mí me gustaban las rosas encarnadas, grandes y oscuras y aterciopeladas y olorosas, del verano… Disputamos de la manera más idiota imaginable. Verá usted: todo ello lo recordé allí, en la cocina, y… algo…, algo, el odio que hervía en mi corazón, desapareció al recordar cómo éramos cuando niños. Ya no quería que ella muriese…

Hizo una pausa.

—Pero más tarde, cuando volvimos a la sala, estaba agonizando…

Calló.

Poirot la examinaba muy atento. Elinor enrojeció, y dijo:

—¿Volverá usted a preguntarme… *si maté a Mary Gerrard*?

Poirot se puso en pie. Dijo rápidamente:

—No le preguntaré nada. Hay cosas que no quiero saber.

Capítulo XII

ROSAS BLANCAS Y ROSAS ENCARNADAS

El doctor Lord aguardó la llegada del tren, como le habían pedido.

Hércules Poirot se apeó de él. Parecía un *dandy*, y llevaba zapatos de charol.

El doctor escrutó ansiosamente su rostro, pero Hércules Poirot no daba a entender nada.

Peter Lord dijo:

—He hecho todo cuanto he podido para responder a sus preguntas. En primer lugar, Mary Gerrard partió para Londres el diez de julio. En segundo lugar, yo no tengo ningún ama de llaves; un par de muchachas se cuidan de mi casa. Creo que usted se refiere a mistress Slattery, que era el ama de llaves del doctor Ransone, mi predecesor. Puedo presentársela, esta mañana, si gusta. He dispuesto que no salga de su casa.

—Sí, creo que sería mejor verla a ella primero.

—Luego dijo usted que quería ir a Hunterbury. Le acompañaré. Es extraño que no haya ido antes. No acierto a comprender por qué no fue usted cuando estuvo aquí anteriormente. Yo diría que, en un caso como éste, lo primero era visitar el lugar del crimen.

Ladeando un poco la cabeza, Hércules Poirot preguntó:

—¿Por qué?

—¿Por qué? —exclamó Peter Lord, quien quedó algo desconcertado por la pregunta—. ¿No es lo habitual?

Hércules Poirot repuso:

—¡No se practica una investigación con un libro de texto en la mano! Se emplea la propia inteligencia natural.

El doctor observó:

—Podía encontrar alguna pista allí.

Poirot suspiró:

—Lee usted demasiadas novelas policíacas. La Policía del distrito es formidable. No tengo la menor duda de que habrán buscado concienzudamente por la casa y sus alrededores.

—Sí, en busca de pruebas *contra* Elinor Carlisle; no pruebas en su favor.

Poirot suspiró:

—¡Mi querido amigo, esta Policía no es ningún monstruo! Detuvieron a Elinor Carlisle porque había suficientes pruebas en contra de ella; pruebas muy serias. Era inútil que yo recorriese el mismo terreno que la Policía había investigado ya.

—Pero ¿usted quiere ir allí ahora? —objetó Peter.

Hércules Poirot movió afirmativamente la cabeza, y dijo:

—Sí; ahora es necesario. Porque *ahora sé exactamente lo que busco*. Uno debe ponerse de acuerdo con las células del cerebro antes de emplear los ojos.

—Entonces, ¿usted cree que aún puede haber alguna cosa allí?

Poirot dijo dulcemente:

—Se me ha ocurrido que tal vez encuentre allí algo.

—¿Algo que demuestre la inocencia de Elinor?

—¡Ah, no he dicho tal cosa!

Peter Lord se detuvo en seco.

—¿Quiere usted decir que todavía cree que ella es culpable?

Poirot contestó gravemente:

—Tiene usted que esperar, amigo mío, antes de recibir una respuesta a esa pregunta.

* * *

Poirot almorzó con el doctor en una agradable habitación cuadrada con una ventana que daba al jardín.

Lord preguntó:

—¿Consiguió usted lo que quería de mistress Slattery?

Poirot asintió:

—Sí.

—¿Para qué la quería usted ver?

—¡Para chismorrear! Para hablar de los tiempos pasados. Algunos crímenes tienen sus raíces en el pasado. Y creo que éste es uno de ellos.

El doctor dijo, irritado:

—No entiendo una palabra de lo que dice.

Poirot sonrió:

—Este pescado está fresquísimo —declaró.

Lord gritó, irritado:

—¡Como que lo he pescado yo mismo antes del desayuno!… Dígame, Poirot… ¿No puedo saber qué es lo que usted pretende hacer?… ¿Por qué no me lo dice?…

El detective movió la cabeza.

—Porque aún no sé nada en concreto. Siempre, por dondequiera que mire, llego a la conclusión de que nadie tenía motivos para matar a Mary Gerrard…, excepto Elinor Carlisle.

Peter Lord arguyó:

—Eso no puede usted asegurarlo tampoco… Recuerde que Mary estuvo algún tiempo en el extranjero.

—Sí. Ya he practicado algunas investigaciones.

—¿Ha estado usted en Alemania?

—¿Yo?… No.

Hizo una mueca festiva, y añadió:

—Tengo mis espías.

—¿Y da usted crédito a todo lo que ellos le digan?

—Naturalmente. Son hombres veraces, y, como comprenderá, no voy a hacer viajes de placer pudiendo hacerlos otro por mí por una suma modestísima, y con más conocimientos del país de los que yo hubiese podido adquirir. Le aseguro, *mon cher ami*, que tengo varias castañas en el asador. Además, poseo algunos ayudantes utilísimos; entre ellos, un ex ladrón.

—¿Y para qué lo emplea?

—La última vez que lo utilicé fue para practicar un registro en el piso de míster Welman.

—¿Qué buscaba allí?

Poirot sonrió:

—¡Siempre es agradable saber las mentiras que nos cuentan!

—¿Le mintió Welman?

—En efecto.

—¿Quién más le ha mentido?

—Todos, me parece. La enfermera O'Brien, románticamente. La Hopkins, con obstinación. Mistress Bishop, con mala intención. Usted mismo…

—¡Santo Dios! —le interrumpió el doctor, sin ceremonia—. ¿Cree usted de veras que le he mentido?

—Todavía no —admitió Poirot.

El doctor Lord se hundió en su asiento, y dijo:

—Es usted un incrédulo incorregible, Poirot.

Luego prosiguió:

—Si ha terminado usted…, ¿qué le parece si fuéramos a Hunterbury?… Tengo algunos enfermos por allí y he de asistir a la clínica.

—Estoy a su disposición, amigo mío.

Emprendieron la marcha y se adentraron en los terrenos de Hunterbury por la parte trasera. A la mitad del camino encontraron un joven alto y bien parecido que empujaba una carretilla. Se quitó la gorra respetuosamente al ver al doctor Lord.

—Buenos días, Horlick. Éste es Horlick, el jardinero, Poirot. Estaba trabajando aquí aquella mañana.

Horlick declaró:

—En efecto, señor. Vi a miss Elinor también y estuve hablando con ella…

Poirot preguntó:

—¿Qué le dijo ella?

—Me dijo que ya casi había vendido la casa, y yo me llevé un disgusto… Pero la señorita me aseguró que me recomendaría al mayor Somervell y que él me conservaría a su servicio, si no le parecía demasiado joven…, pues yo le dije que desearía continuar de primer jardinero…, ya que he trabajado bastante tiempo con míster Stephens…

El doctor Lord preguntó:

—¿Notó usted en ella algo extraño?

—No… Es decir, sí… Parecía muy excitada…, como si tuviera

algo en su pensamiento.

Hércules Poirot preguntó a su vez:

—¿Conocía usted a Mary Gerrard?

—Sí, señor…; pero no muy bien.

Poirot inquirió:

—¿Cómo era?

Horlick parecía perplejo:

—¿Cómo…? No le comprendo bien, señor.

—Quiero decir qué clase de chica era.

—Pues… una muchacha estupenda… Hablaba muy bien y era buena y honrada… Tal vez pensaba demasiado en sí misma… Mistress Welman, que en paz descanse, le tomó mucho cariño… En cambio, su padre no la mimaba con exceso…

Poirot dijo:

—Por lo que he oído, el viejo Gerrard no tenía muy buen genio, ¿eh?

—No le han engañado, no. Siempre estaba gruñendo y maldiciendo… Eran raras las veces en que nos hablaba como Dios manda.

Poirot asintió. Luego inquirió:

—Dice usted que estaba aquí aquella mañana. ¿En dónde estaba trabajando?

—En el huertecillo casi todo el tiempo, señor.

—¿Podía ver la casa desde allí?

—No, señor.

El doctor Lord intervino:

—Si alguien hubiese venido a la casa… y se hubiese asomado a la ventana de la despensa…, ¿le habría visto usted?

—No, señor.

—¿Cuándo se marchó usted a comer?

—A la una aproximadamente, señor.

—¿Y no vio usted nada…, a ningún hombre…, o un coche…, o algo así?

Las cejas del jardinero se arquearon, sorprendido.

—¿Al otro lado de la verja, señor?… Vi el coche de usted…, pero nada más.

Peter Lord gritó:

—¿Mi coche?… ¡Imposible!… ¡Se ha equivocado usted!… Yo iba en dirección a Withembury aquella mañana y no regresé hasta las dos.

Horlick parecía perplejo.

—Casi podría asegurar que era su coche, señor —dijo titubeando.

Peter Lord se apresuró a decir:

—Está bien, Horlick. No se preocupe… Adiós.

Él y Poirot continuaron su marcha. Horlick quedóse mirándolos con fijeza; luego reemprendió su camino con la carretilla.

Peter Lord dijo con suavidad, pero excitado visiblemente:

—Algo… al fin. ¿De quién sería el automóvil que había en la calzada?

Poirot preguntó, con los ojos semicerrados.

—¿De qué marca es su automóvil, doctor?

—Ford… Un Ford diez, de color verdemar… Hay muchos iguales por aquí…

—¿Y está seguro de que no era el suyo? ¿No se habrá confundido en la fecha?

—No, no… Aquel día, precisamente, estuve en Withembury… Volví tarde y estaba tomando un bocado cuando recibí la llamada telefónica en que anunciaron lo de Mary…

Poirot declaró:

—Entonces, amigo mío, me parece que hemos llegado por fin a algo tangible.

Peter Lord añadió:

—*Alguien estuvo aquí aquella mañana*…, alguien que no era Elinor Carlisle, ni Mary Gerrard, ni la enfermera Hopkins…

Poirot murmuró:

—Es muy interesante… Vamos a hacer nuestras investigaciones… Veamos, por ejemplo, cómo se las arreglaría un hombre, o una mujer, que quisiera acercarse a la casa sin que le viesen.

La senda que seguían se dividía en dos poco antes de llegar a la casa. Tomaron la de la derecha, y, en una curva, Peter Lord asió el brazo de Poirot, mientras señalaba una ventana.

Afirmó:

—Ésa es la ventana de la despensa en que Elinor Carlisle cortó los emparedados.

Poirot dijo:

—Y desde aquí *cualquiera pudo observarla* sin que ella se diese cuenta. La ventana estaba abierta, ¿verdad?

Peter Lord respondió:

—De par en par… Era un día muy caluroso.

Poirot quedó pensativo. Murmuró:

—¡Hum, hum!… No veo esto muy claro.

Peter Lord dijo:

—Si alguien deseaba vigilar sin ser visto, ningún sitio mejor que éste.

Los dos hombres se pusieron a buscar.

Peter Lord prosiguió:

—Aquí hay un lugar…, tras estos árboles…, donde algunas plantas han sido pisoteadas, aunque ya han vuelto a crecer, como puede usted ver.

Poirot se acercó. Dijo:

—Sí; éste es un buen sitio. No se ve desde el sendero, y ese claro entre los arbustos proporciona una excelente vista de la ventana. Ahora bien: ¿qué fue lo que hizo nuestro desconocido? ¿Fumó tal vez?

Se agacharon, examinando el terreno y separando las hojas y ramitas.

De pronto emitió una exclamación de sorpresa:

—*Parbleu!*

—¿Qué le ocurre?

—Una caja de cerillas, amigo mío. Una caja de cerillas vacía que estaba casi enterrada en este lugar, húmeda.

Con infinitas precauciones, la había recogido con el pañuelo y la envolvió en una hoja de papel blanco.

Peter Lord exclamó:

—¡Es extraño, Dios mío!… *¡Son cerillas alemanas!*

Hércules Poirot añadió:

—Y Mary Gerrard había estado en Alemania no hace mucho…

Peter Lord dijo con satisfacción:

—¡Ya tenemos una pista definida!… ¡No me lo negará!

El detective dijo lentamente:

—Tal vez…

—Pero, hombre…, ¿quién, de estos lugares, pudo traer cerillas alemanas?

Hércules Poirot respondió:

—Está bien…, está bien…

Con una expresión de perplejidad en sus ojos astutos, el detective contempló la ventana desde el sitio en que se hallaba.

Dijo:

—No me parece todo tan sencillo como usted cree. Hay una gran dificultad. ¿No la ve usted mismo?

—No. Dígame cuál…

Poirot suspiró:

—Venga…

Llegaron junto a la casa. Peter Lord sacó una llave y abrió la puerta trasera.

Atravesando los lavaderos llegaron a la cocina y luego se detuvieron en un pasillo, a un lado del cual había un ropero y al otro la despensa. Los dos hombres entraron en esta última y miraron a su alrededor.

Observaron las alacenas resguardadas con puertas de cristales. Vieron un infiernillo de gas y dos cacharros, y en uno de los estantes, otros tantos botes marcados con las palabras *té* y *café*.

Había un vertedero y un barreño para lavar los platos. Frente a la ventana se hallaba una mesa.

Peter Lord declaró:

—En esta mesa fue donde Elinor Carlisle cortó los emparedados. El fragmento de la etiqueta de la ampolla de morfina fue encontrado en esta hendidura del suelo, debajo del vertedero.

Poirot dijo pensativamente:

—Los policías hicieron un buen registro. No dejaron nada por buscar.

Peter Lord habló con vehemencia.

—No hay la menor prueba de que Elinor cogiese la ampolla. Le aseguro a usted que alguien la estuvo observando desde fuera. Cuando ella salió para dirigirse al pabellón, la persona que la acechaba vio su oportunidad, entró, abrió el tubo, redujo algunas

pastillas de morfina a polvo y las echó en el emparedado de encima. No se dio cuenta, en su apresuramiento, de que un trozo de etiqueta había caído debajo del vertedero. Luego salió con rapidez, subió al coche que le esperaba y desapareció.

Poirot suspiró:

—¡Y dale!… ¡Cuán obtuso puede llegar a ser un hombre inteligente cuando no *quiere ver*!

Peter Lord preguntó, encolerizado:

—¿No cree usted de verdad que alguien estuvo vigilándola desde allí?

Poirot dijo:

—Sí, lo creo.

—Entonces vamos a intentar averiguar quién fue.

Poirot murmuró:

—No tendremos que ir muy lejos…

—¿Quiere usted decir que *lo sabe*?

—Tengo una idea debilísima.

Peter Lord dijo pausadamente:

—Entonces, es que sus agentes en Alemania averiguaron algo…

Hércules Poirot dijo, tamborileando en su frente:

—Amigo mío, todo está aquí, en mi cabeza. Vamos a dar una vuelta por la casa.

* * *

Entraron en la habitación en que había fallecido Mary Gerrard.

Una atmósfera extraña los rodeaba… Parecía estar llena de recuerdos…

Peter Lord abrió una de las ventanas.

Dijo, estremeciéndose:

—Me da la impresión de que estoy en una tumba…

Poirot murmuró:

—Si las paredes pudiesen hablar… Allí se inició todo, aquí terminó todo…

Hizo una pausa y prosiguió:

—Fue en esta habitación donde murió Mary Gerrard…

Peter Lord asintió:

—La encontraron sentada en aquel sillón junto a la ventana…

Hércules Poirot dijo, pensativamente:

—Una muchacha joven, bella…, romántica, ¿sería capaz de maquinar una intriga?… ¿Era una persona de mentalidad superior?… ¿Era gentil y dulce, sin mala intención…, una joven que empezaba a vivir…, una muchacha como una flor?

—Sea lo que fuere —dijo el doctor Lord—, alguien deseaba su muerte.

Hércules Poirot dijo, con voz tenue:

—Me pregunto…

Lord le miró con fijeza.

—¿Qué quiere decir?

Poirot movió la cabeza.

—Todavía no ha llegado la hora de hablar.

Giró sobre sus talones.

—Ya hemos visto toda la casa… No nos queda nada por visitar… Vamos al pabellón.

Aquí, como allí, todo estaba en orden; las habitaciones cubiertas

de polvo, pero vacías de todos los objetos de propiedad particular. Los dos hombres permanecieron allí pocos minutos. Cuando volvieron al aire libre, Poirot tocó las hojas de un rosal que crecía a través de un enrejado. Eran de color rosa y exhalaban un aroma intenso.

—¿Conoce usted el nombre de esta rosa?… Es la *Zéphyrine Drouhin*, amigo mío.

Peter Lord exclamó, irritado:

—Bueno, ¿y qué?

Hércules Poirot continuó:

—Cuando vi a Elinor Carlisle me habló de las rosas. Fue entonces cuando empecé a ver… no con claridad diurna, sino con ese leve resplandor que observamos en un tren cuando estamos a punto de salir de un túnel… Es el *preludio de la absoluta claridad*.

Peter Lord dijo con voz ronca:

—¿Qué es lo que le dijo?

—Me habló de su infancia…, de cuando jugaba aquí, en este jardín, y entablaba batallas encarnizadas con su primo Roderick. Su enemistad consistía en que a él le gustaban las rosas blancas de York…, frías y austeras, y ella, según me dijo, prefería las rojas, las rosas sangrantes de Lancaster. Las rosas carmesíes, que tienen fragancia, color, pasión y calor… Y ésa, amigo mío, es la diferencia entre Elinor Carlisle y Roderick Welman.

—Y eso… ¿explica algo?

Poirot murmuró:

—Eso explica que Elinor Carlisle…, que es apasionada y orgullosa y que amaba desesperadamente a un hombre que no era capaz de amarla…

Peter Lord tartamudeó:

—No…, no le… com… pren… do.

Poirot afirmó:

—Pero yo sí comprendo… a ella. Comprendo a los dos. Volvamos a aquel claro entre los arbustos.

Cuando llegaron allí, Poirot quedó inmóvil durante unos instantes. El doctor Lord no le quitaba los ojos de encima.

El detective suspiró profundamente.

Dijo:

—Es tan simple, en realidad… ¿No se da cuenta, amigo mío, de lo sofístico de su razonamiento?… Según mi teoría…, alguien…, un hombre… que había conocido a Mary Gerrard en Alemania vino con el propósito de matarla… ¡*Mire*, amigo mío, *mire*! Use sus ojos físicos, ya que es incapaz de ver con los del espíritu… ¿Qué ve desde aquí…? Una ventana, ¿verdad? Y en aquella ventana… una muchacha. Una muchacha que prepara unos emparedados… Es decir, Elinor Carlisle. Ahora piense un momento en esto: *¿Cómo pudo saber el hombre que acechaba que aquellos emparedados estaban destinados a Mary Gerrard…?* Nadie lo sabía…, excepto Elinor Carlisle… Mary Gerrard y la enfermera Hopkins lo ignoraban también.

Hizo una pausa, y prosiguió:

—Así, pues, admitiendo que hubo aquí un hombre que acechaba el acto de Elinor Carlisle…, ¿qué podía pensar al cometer ese acto de envenenar el emparedado?… No podía pensar mas que era *la propia Elinor Carlisle la que se proponía comérselos*.

Capítulo XIII

MISS TOU-TOU

Poirot llamó a la puerta de la vivienda de la enfermera Hopkins. Ésta le abrió con la boca llena del bollo que estaba comiendo.

Se lo tragó al ver al detective, y le preguntó con brusquedad:

—¿Para qué viene *ahora*?

—¿Puedo entrar?

Gruñendo algo entre dientes, la enfermera se apartó, dejando la entrada libre. Desapareció, y un minuto más tarde Poirot miraba con aire de desconfianza una taza de brebaje negro y humeante.

—Acabo de hacerlo ahora…, bien cargadito —dijo la enfermera.

Poirot movió el té con precaución, y al fin sorbió un trago heroicamente.

Dijo:

—¿No adivina usted a lo que he venido?

—Seguramente que no… Soy incapaz de leer en el pensamiento de los demás.

—He venido a que me diga la verdad.

La enfermera Hopkins se levantó con los ojos llameantes de cólera.

—¿Qué quiere usted decir con eso? ¡Siempre he dicho la verdad!… Dije lo del tubo de morfina, cuando cualquiera, en mi lugar, se habría callado… Sabía que me amonestarían por negligencia y, sin embargo, hablé… Y es una cosa que le puede ocurrir a cualquiera… Me ha perjudicado en mi profesión, se lo aseguro. Pero no me importa; lo dije porque creí que así era mi deber. He dicho todo lo que sabía del asesinato de Mary Gerrard… A sabiendas, no he ocultado nada…, nada. Estoy dispuesta a

declararlo ante el tribunal bajo juramento.

Poirot no intentó interrumpirla. Sabía demasiado bien cómo debía tratar a una mujer colérica. Permaneció silencioso hasta que la enfermera se calmó y volvió a tomar asiento.

Entonces habló con voz suave y persuasiva:

—No tengo la menor duda de que ha dicho ya todo lo que sabía respecto al crimen.

—¿Qué es, entonces, lo que pretende usted saber ahora?

—Quiero que me diga la verdad no sobre la muerte, sino sobre la *vida* de Mary Gerrard.

—¡Oh! —exclamó la enfermera, que pareció salir de una pesadilla abrumadora—. ¿Es eso?… Su vida no tiene nada que ver con su muerte…

—No he dicho que tuviese alguna relación… Lo único que me atrevo a sugerir es que usted sabe algo a este respecto que no me ha querido confesar.

—¿Por qué había de hacerlo, si no tiene nada que ver con el crimen?

Poirot se encogió de hombros.

—¿Por qué no lo hace?

—Porque es un secreto que no le concernía más que a ella, y ahora que está muerta no le interesa a nadie más.

—Si no son más que conjeturas, tal vez no. Pero si tiene usted la *seguridad plena y absoluta de que ese secreto es cierto*, entonces… es muy distinto.

La enfermera dijo, pausadamente:

—No sé con exactitud qué es lo que quiere decir.

Poirot murmuró:

—Yo la ayudaré. La enfermera O'Brien me dijo algo. Luego sostuve una larga entrevista con mistress Slattery, que posee una memoria excelente para cosas que sucedieron hace veinte años… Le diré con exactitud todo lo que ha llegado a mi conocimiento.

Hizo una pausa, y prosiguió:

—Hace veinte años hubo un enredo amoroso entre dos personas. Una de ellas era mistress Welman, viuda desde hacía algunos años y mujer capaz de experimentar un amor profundo y apasionado. La otra, sir Lewis Rycroft, tenía la gran desgracia de que hubiesen

recluido a su mujer en un manicomio, víctima de una enfermedad mental incurable. La ley, en aquellos tiempos, no admitía el divorcio, y lady Rycroft, cuya salud era excelente, podía vivir hasta los noventa años. Se conocían las relaciones que unían a nuestros dos personajes, pero ambos eran discretos y supieron guardar las apariencias. Luego, sir Lewis Rycroft murió en la guerra.

—¿Y bien?

—He pensado —dijo Poirot— que una niña nació después de la muerte de sir Rycroft, y que esa niña era Mary Gerrard.

La enfermera Hopkins dijo:

—Por lo visto, lo sabe usted todo.

Poirot declaró gravemente:

—Eso es lo que yo *pienso*. Pero tal vez usted posea pruebas concretas.

La enfermera permaneció silenciosa, con el ceño fruncido, durante algunos instantes.

Al fin se levantó, cruzó la habitación y del cajón de una cómoda sacó un sobre; cerró el cajón y regresó junto a Poirot.

A continuación dijo, entregándoselo:

—Antes de nada le diré cómo llegó a mis manos. Yo tenía ya mis sospechas: primero, por las consideraciones que mistress Welman guardaba a la muchacha, y luego, por las habladurías que corrían sobre ella. Además, el viejo Gerrard me dijo, cuando estuvo tan enfermo, que Mary no era su hija.

Humedecióse los labios y prosiguió:

—Cuando Mary murió, yo terminé de limpiar el pabellón, y en un cajón, entre la ropa del viejo, encontré esta carta. Ahora puede leer su contenido.

Poirot leyó la dedicatoria, escrita con tinta descolorida: «*Para enviar a Mary después de mi muerte*».

Poirot observó:

—Este escrito no es reciente.

—No fue Gerrard el que lo escribió, sino la madre de Mary, que murió hace catorce años. La dirigió a la muchacha, pero el viejo la guardó entre sus cosas, y ella no pudo saberlo nunca. Me alegro de que haya sucedido así, porque ha podido vivir dignamente hasta el fin, sin tener que avergonzarse de nada. Luego, después de haberla

leído, no me he atrevido a destruir el escrito, por temor a que pudiera servir de algo en lo futuro. Pero léalo.

Poirot abrió el sobre y extrajo una hoja de papel, cubierta de una letra cursiva y diminuta. Leyó:

He escrito aquí la verdad para el caso en que fuese necesario demostrarlo. Serví como doncella en casa de mistress Welman, en Hunterbury. Fue muy cariñosa conmigo. Tuve un desliz, y ella me aceptó de nuevo cuando regresé. Mi hija murió a los pocos días. Mi señora y sir Lewis Rycroft se amaban, pero no podían casarse porque él ya lo estaba y tenía a su mujer en un manicomio. Marchó a la guerra, y allí lo mataron. Poco después, mi señora me confesó que iba a tener un hijo. Nos fuimos a Escocia. En Ardlochrie dio a luz una niña. Bob Gerrard, que me había abandonado cuando me vio embarazada, me escribió en aquellos días. Acordamos que Bob se colocara en Hunterbury, nos casaríamos y él creería que la chica era nuestra. Viviendo allí parecía muy natural que mistress Welman se interesara por la niña y atendiese a su educación. Ella pensaba que sería mejor para Mary ignorar la verdad. Mistress Welman nos dio una gran suma de dinero, pero yo la habría servido sin necesidad de eso. He sido muy feliz con Bob, pero jamás ha querido a Mary. He callado siempre este secreto, pero creo que es necesario que a mi muerte tú lo sepas.

Elisa Gerrard (nacida Riley).

Hércules Poirot suspiró profundamente y volvió a plegar la carta.

La enfermera Hopkins preguntó con ansiedad:

—¿Qué hará usted ahora? Todos han muerto. Todo el mundo tenía una opinión inmejorable de mistress Welman en estos contornos. Jamás se ha dicho nada en su contra. ¿Va usted a descubrir este secreto? Sería cruel divulgarlo. Daría lugar a un escándalo indescriptible. Mary era una excelente muchacha. ¿Para qué descubrir que era bastarda? Deje usted que los muertos descansen en sus tumbas.

Poirot dijo:

—Debemos pensar en los vivos.

La enfermera Hopkins arguyó:

—Pero eso no tiene nada que ver con el asesinato.

Poirot murmuró pensativamente:

—Tal vez sí tenga que ver…, *y mucho*.

Salió de la casa, dejando a la enfermera Hopkins mirándole con la boca abierta.

Apenas había andado unos cien metros, cuando notó que le seguían apresuradamente. Se volvió y vio a Horlick, el joven jardinero de Hunterbury.

Parecía la imagen de la indecisión y daba vueltas y más vueltas a la gorra que llevaba en las manos.

—Perdóneme, señor. ¿Me permite que le diga una palabra?

Horlick parecía atragantarse al hablar.

—Naturalmente que sí. Dígame…

Horlick retorció la gorra, miró al suelo, avergonzado, y dijo:

—Es sobre el coche.

—¿El coche que estaba al otro lado de la verja aquella mañana?

—Sí, señor. El doctor Lord dijo que el coche a que yo me refería no era el suyo, *pero sí lo era*.

—¿Cómo lo sabe?

—Por el número de la matrícula. Recuerdo que era MSS dos mil veintidós. En el pueblo le llamamos Miss Tou-Tou[1]. Estoy completamente seguro.

Poirot dijo con débil sonrisa:

—Pero el doctor afirmó que estaba en Withembury aquella mañana.

Horlick repuso:

—Sí, señor. Ya lo oí… Pero *era su coche*. Lo juraría.

—Gracias, Horlick; eso es lo que debía hacer —dijo Poirot.

TERCERA PARTE

Capítulo I

UN FRAGMENTO DE ETIQUETA

¿Hacía calor en la sala? ¿O frío? Elinor Carlisle no podía asegurarlo. Algunas veces experimentaba una sensación de asfixia. Otras veces se estremecía y tiritaba de intenso frío.

No había oído el final de la peroración del fiscal. Estaba pensando en el pasado. Recordando todo lo sucedido desde el día en que recibió aquella maldita carta.

Volvió a oír las palabras de aquel oficial de Policía, que le dijo:

—Elinor Katherine Carlisle: tengo una orden de prisión contra usted por asesinato de Mary Gerrard, muerta por envenenamiento el veintisiete de julio pasado. Le advierto que todo cuanto haga o diga será recogido en el acta de acusación.

Horrible… Horrible… Experimentó la sensación de que se hallaba entre las ruedas de una máquina nueva, recién lubricada, inhumana, insensible.

Aquí estaba, ante cientos de ojos que la asaeteaban; ojos que no eran inhumanos, pero que se fijaban en ella con miradas que la hacían estremecerse.

Sólo el Jurado no la miraba. Confusos, tenían la vista fija en el suelo.

Ella pensó: «Seguramente es porque ya saben lo que van a decir…».

* * *

En aquel momento prestaba declaración el doctor Lord. ¿Era

este Peter Lord aquel doctor jovial y pecoso que había sido tan amable con ella allí en Hunterbury? Ahora había adoptado un continente frío. La gravedad profesional. Sus respuestas tenían un tinte monótono. Le habían llamado por teléfono para que se presentara en Hunterbury Hall. Demasiado tarde para hacer nada. Mary Gerrard murió pocos momentos después de su llegada. La muerte ocurrió, según su opinión, por envenenamiento producido por una variedad de la morfina en una de sus formas menos conocidas…, la *foudroyante*.

Sir Edwin Bulmer se levantó, tosió ligeramente y se dispuso a interrogar al testigo:

—¿Era usted el médico de cabecera de la difunta mistress Welman?

—Lo era.

—Durante sus visitas a Hunterbury en el mes de junio pasado, ¿tuvo usted ocasión de ver juntas a Mary Gerrard y a la acusada?

—Sí, señor. Varias veces.

—¿Cómo conceptuaría la conducta de la acusada hacia Mary Gerrard?

—Completamente natural y amistosa.

Sir Edwin Bulmer dijo, con una sonrisa desdeñosa:

—¿No observó jamás pruebas de esos *celos irreprimibles* de que tanto hablan?

Peter Lord levantó la mandíbula con aire de desafío, y dijo con firmeza:

—No.

Elinor pensó: «Si lo notó. Ha dicho una mentira por salvarme. Él lo sabía».

Al doctor Lord sucedió el forense de la Policía. Su testimonio fue más largo y detallado. La muerte fue debida a envenenamiento por morfina de la variedad *foudroyante*. «¿Querría explicar ese término?». Lo hizo con verdadero placer. La muerte por envenenamiento debido a la morfina podía producirse de diferentes modos. El más común era un período de extensa excitación, seguido de somnolencia y narcosis, con contracción de las pupilas. Otro, menos conocido, era el caso en que sobreviene un sueño profundo, seguido de muerte al cabo de diez minutos aproximadamente; las

pupilas se dilatan por lo general.

* * *

El juicio se suspendió por unos instantes. Poco después se volvió a abrir la sesión. Durante algunas horas depusieron varias eminencias médicas.

El doctor Alan García, distinguido analista, con gran profusión de términos científicos, se extendió en consideraciones sobre el contenido del estómago de la víctima. Pan, pasta de pescado, manteca, té, huellas de morfina…, y añadió otras cosas ininteligibles. Calculaba la cantidad de morfina ingerida por la asesinada en cuatro gramos. Uno solo habría sido ya mortal.

Sir Edwin se levantó y preguntó con dulzura:

—Desearía que se explicara usted con más claridad. Dice que encontró en el estómago pan, manteca, pasta de pescado, té y morfina. ¿No había otros residuos de alimentos?

—No.

—Lo cual quiere decir que la interfecta no había tomado más que los emparedados y el té en mucho tiempo.

—Precisamente.

—¿Podría demostrarse cuál fue el medio empleado para administrar el veneno?

—No comprendo lo que quiere decir.

—Simplificaré la cuestión. ¿No pudo mezclarse la morfina a la pasta de pescado, al pan, a la manteca, al té o a la leche que se añadió al té?

—Ciertamente.

—¿No puede demostrarse que la morfina fuese administrada por mediación de la pasta y no con cualquiera de los otros medios?

—No.

—En resumen, la morfina pudo ser ingerida separadamente, es decir, sin utilizar ninguno de los medios expuestos. ¿Pudo serle administrada en forma de pastilla?

—Naturalmente.

Sir Edwin se sentó sonriente.

Sir Samuel volvió a interrogar:

—Pero usted cree que, cualquiera que fuese el medio empleado, la morfina fue ingerida al mismo tiempo que los alimentos, ¿no es así?

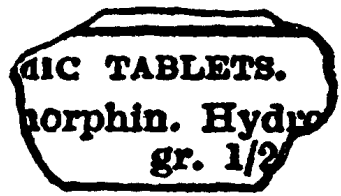
—Sí.

—Muchas gracias.

* * *

El inspector Brill prestó juramento con fluidez mecánica. Permaneció de pie como un soldado, estólido, deponiendo con la facilidad que da la práctica.

—Me ordenaron que fuese a la casa. La acusada me dijo: «Debe de haber sido a causa de la mala calidad de la pasta». Encontré un frasco que había contenido pasta, pero que había sido lavado cuidadosamente, y otro semivacío. En un registro posterior de la cocina encontré un trozo de papel en una hendidura, debajo del vertedero.



El Jurado inspeccionó el hallazgo.

—¿Qué creyó usted que era?

—Un fragmento de una etiqueta impresa, como las que usan en los tubos de morfina.

El abogado defensor se levantó. Dijo:

—¿Encontró usted ese fragmento en una hendidura del suelo?

—Sí.

—¿Es un trozo de etiqueta?

—Sí.

—¿Consiguió usted hallar el resto de ella?

—No.

—No encontró ningún tubo de vidrio ni botella alguna en que pudiera estar adherida la etiqueta, ¿no es así?

—En efecto, no lo encontré.

—¿En qué estado se hallaba ese trozo de papel cuando usted lo vio: limpio o sucio?

—Era reciente.

—¿Qué quiere usted dar a entender con reciente?

—Que tenía un poco de polvo; pero, por lo demás, estaba limpio.

—¿No pudo haber estado allí durante algún tiempo?

—No.

—¿Puede usted asegurar que cayó allí el mismo día en que usted lo encontró… y no antes?

—Sí.

Con un gruñido, sir Edwin se sentó en su sillón.

* * *

Ahora sube al estrado la enfermera Hopkins. Tiene la cara de color púrpura, pero no parece nerviosa.

«Sin embargo —pensó Elinor—, la enfermera no me causa tanto miedo como el inspector Brill». Era la falta de humanidad del inspector lo que la paralizaba. Se veía tan claramente que no era más que una parte de la gran máquina… La enfermera tenía pasiones humanas, prejuicios…

—¿Se llama usted Jessie Hopkins?

—Sí.

—¿Es usted enfermera titulada de distrito y reside en Rose Cottage, en Hunterbury?

—Sí.

—¿Dónde se hallaba usted el veintiocho de junio pasado?

—En Hunterbury Hall.

—¿La habían llamado para que fuese allí?

—Mistress Welman tuvo un ataque… el segundo. Fui para ayudar a la enfermera O'Brien hasta que encontrara otra.

—¿Llevaba usted una cartera de cuero pequeña?

—Sí.

—Diga usted al Jurado lo que había en ella.

—Vendas, gasas, una jeringuilla y ciertas drogas, incluso un tubo de hidrocloruro de morfina.

—¿Con qué objeto lo tenía allí?

—Tenía que poner a uno de mis enfermos dos inyecciones diarias: mañana y tarde.

—¿Qué contenía el tubo?

—Unas veinte pastillas, cada una con medio gramo de hidrocloruro de morfina.

—¿Qué hizo usted con la cartera?

—La dejé en el recibidor.

—Eso fue la noche del veintiocho. ¿Cuándo tuvo usted que volver a mirar la cartera?

—A la mañana siguiente, a eso de las nueve, cuando me disponía a salir de la casa.

—¿Echó de menos alguna cosa?

—El tubo de morfina.

—¿Mencionó usted esa pérdida?

—Hablé de ello a miss O'Brien, la enfermera que cuidaba a la paciente.

—¿Esa cartera estaba en el recibidor, por donde la gente tenía la costumbre de entrar y salir?

—Sí.

Sir Samuel hizo una pausa. Luego dijo:

—¿Usted conocía íntimamente a la difunta Mary Gerrard?

—Sí.

—¿Qué opinión tenía usted de ella?

—Era una muchacha muy simpática… y muy buena.

—¿Era de carácter alegre?

—Muy alegre.

—¿Tenía alguna pena?

—Que yo sepa no.

—Cuando ella murió, ¿había alguna cosa que le preocupase sobre su futuro?

—Nada.

—¿No tenía ningún motivo para haberse suicidado?

—En absoluto.

La historia condenatoria siguió. Cómo la enfermera Hopkins acompañó a Mary al pabellón, la aparición de Elinor, su estado de excitación, la invitación a tomar los emparedados, el plato ofrecido primero a Mary… La sugerencia de Elinor de que se lavara todo, y luego que la enfermera subiese con ella al cuarto y la ayudase a clasificar las ropas.

Hubo frecuentes interrupciones y objeciones por parte de sir Edwin Bulmer.

Elinor pensó: «Sí, es cierto…, y ella lo cree. Ella está segura de que yo lo hice. Y todo lo que dice, palabra por palabra, es la pura verdad; eso es lo que resulta más horrible. Todo es verdad».

Una vez más, al mirar en torno a la sala, vio el rostro de Hércules Poirot observándola pensativamente, casi bondadosamente. *Viéndola, sabiendo tanto*…

El trozo de cartón con el pedazo de etiqueta fue entregado a la testigo.

—¿Sabe usted lo que es esto?

—Un pedazo de etiqueta.

—¿Puede usted decir al Jurado qué clase de etiqueta?

—Sí; es parte de la etiqueta de un tubo de tabletas de morfina. Tabletas de medio gramo, como el tubo que yo perdí.

—¿Está usted segura?

—Naturalmente que estoy segura de ello. Es la etiqueta de mi tubo.

El juez dijo:

—¿Hay alguna señal especial por la cual usted pueda identificar que es la etiqueta del tubo que perdió?

—No, señor; pero debe de ser la misma.

—Entonces, ¿todo cuanto puede decir es que es exactamente similar?

—Sí; eso es lo que quiero decir.

La sesión se levantó.

Capítulo II

LA DEFENSA ACTÚA

Sir Edwin Bulmer estaba de pie, interrogando. Ya no hablaba con suavidad. Dijo ásperamente:

—Esa cartera de que tanto hemos oído hablar, ¿fue dejada en el recibidor de Hunterbury, el veintiocho de junio, toda la noche?

La enfermera Hopkins asintió.

—Fue un acto de negligencia por su parte, ¿no es verdad?

Miss Hopkins enrojeció.

—Sí, supongo que lo fue.

—¿Tiene usted la costumbre de dejar drogas peligrosas abandonadas por cualquier parte, en donde cualquier persona pueda cogerlas?

—No, desde luego que no.

—¡Ah! ¿No? Pero ¿usted lo hizo en esa ocasión?

—Sí.

—Y es un hecho que *cualquiera de la casa*, de haberlo querido, podía haber cogido esa morfina, ¿no es verdad?

—Supongo que sí.

—Nada de suposiciones. Es así, ¿no es verdad?

—Sí.

—No era miss Carlisle la única persona que pudo haberla cogido. Cualquiera de las criadas pudo hacerlo. O el doctor Lord. O míster Roderick Welman. O la enfermera O'Brien. O la misma Mary Gerrard.

—Supongo que sí.

—Es así, ¿no es verdad?

—Sí.

—¿Había alguien que supiera que usted tenía morfina en la cartera?

—Lo ignoro.

—¿Habló usted a alguien de esto?

—No.

—Así, en realidad, ¿miss Carlisle no podía saber que había morfina allí?

—Podría haber mirado para comprobarlo.

—Eso es muy improbable, ¿no es cierto?

—Lo ignoro.

—Había algunas personas que tenían más probabilidad que miss Carlisle de saber que allí había morfina. Por ejemplo, el doctor Lord. Él, seguramente, lo sabía. Usted administraba esa morfina bajo sus órdenes, ¿no es verdad?

—Desde luego.

—¿Mary Gerrard también sabía que usted tenía esa morfina allí?

—No, no lo sabía.

—Ella iba a menudo a su casa, ¿no es cierto?

—No muy a menudo.

—Yo le sugiero a usted que ella iba allí con mucha frecuencia, y que, de entre toda la gente de la casa, era la que probablemente podía saber que en su cartera había morfina.

—No estoy de acuerdo con eso.

Sir Edwin Bulmer hizo una pausa.

—¿Dijo usted a miss O'Brien por la mañana que la morfina había desaparecido?

—Sí.

—Supongo que lo que usted realmente le dijo fue lo siguiente: «He dejado la morfina en la casa. Tendré que ir a buscarla».

—No, no dije eso.

—¿No sugirió usted que había dejado la morfina sobre la repisa de la chimenea de su casa?

—Cuando no la encontré, pensé que eso era lo que había ocurrido.

—¡En realidad, usted ignoraba lo que había hecho con ella!

—Sí, yo ya sabía lo que había hecho con ella. La puse en la cartera.

—En ese caso, ¿por qué sugirió la mañana del veintinueve de junio que la había dejado en su casa?

—Porque pensé que podía haberla dejado allí.

—Declaro que es usted una mujer muy descuidada.

—No es cierto.

—Usted hace a veces declaraciones inexactas, ¿no es verdad?

—No. Tengo mucho cuidado con lo que digo.

—¿Hizo usted una observación acerca de un pinchazo de un rosal el veintisiete de julio, el día de la muerte de Mary Gerrard?

—¡No veo que esto tenga alguna relación con ello!

El juez intervino:

—¿Es eso pertinente, sir Edwin?

—Sí, excelencia; es una parte esencial de la defensa, y abrigo la intención de llamar a algunos testigos para demostrar que esa declaración era falsa.

Continuó:

—¿Insiste usted en que se pinchó la muñeca con un rosal el veintisiete de julio?

—Sí.

La enfermera Hopkins tenía un aire de reto.

—¿Cuándo fue eso?

—Poco antes de salir del pabellón, al subir a la casa, en la mañana del veintisiete de julio.

Sir Edwin adoptó un aire escéptico.

—¿Y qué rosal fue ése?

—Uno que hay fuera del pabellón, con flores encarnadas.

—¿Está usted segura de ello?

—Completamente segura.

Sir Edwin hizo una pausa, y luego preguntó:

—¿Insiste en decir que la morfina estaba en la cartera cuando usted fue a Hunterbury el veintiocho de junio?

—Sí. La llevaba encima.

—¿Y si miss O'Brien sale a declarar y jura que usted dijo que probablemente la dejó en casa?

—Estaba en mi cartera. Estoy segura de ello.

Sir Edwin suspiró:

—¿No se puso intranquila al notar la desaparición de la

morfina?

—No…; intranquila…, no.

—¡Ah!, ¿estaba usted completamente tranquila, a pesar de que una gran cantidad de la droga peligrosa había desaparecido?

—No pensé en aquel momento que alguien la hubiese cogido.

—Comprendo. Simplemente que usted no recordaba por el momento lo que había hecho con esa morfina.

—De ninguna manera; estaba en la cartera.

—Veinte pastillas de medio gramo, es decir, diez gramos de morfina. Lo bastante para matar a varias personas, ¿no es verdad?

—Sí.

—Pero usted no se siente intranquila, y ni siquiera comunica oficialmente la pérdida.

—Pensé que no ocurriría nada.

—Expongo que si la morfina realmente hubiese desaparecido de la manera que desapareció, usted estaba obligada, como persona consciente, a comunicar la pérdida de manera oficial.

La enfermera Hopkins, enrojecido el rostro, dijo:

—Pues no lo comuniqué.

—Seguramente que eso fue, por su parte, un acto de negligencia criminal… Al parecer, no considera usted muy en serio sus responsabilidades. ¿Pierde usted con frecuencia esas drogas peligrosas?

—Nunca me ha sucedido.

Continuó así durante algunos minutos.

La enfermera Hopkins, con el rostro arrebolado, vacilaba, se contradecía…, era una presa fácil para un hombre tan hábil como sir Edwin.

—¿Es cierto que el jueves, el seis de julio, la difunta Mary Gerrard hizo testamento?

—Sí.

—¿Por qué lo hizo?

—Porque creyó que era una cosa conveniente. Y así era.

—¿Está segura de que no fue porque estaba deprimida e incierta acerca de su futuro?

—Tonterías.

—Es una prueba de que la idea de la muerte estaba presente en

su mente, que pensaba sobre ello.

—De ninguna manera. Ella, simplemente, creyó que era lo más apropiado.

—¿Es éste el testamento? ¿Firmado por Mary Gerrard, actuando de testigos Emily Bigg y Roger Wade, dependientes de la pastelería, y en el que dejaba todo cuanto poseía a Mary Riley, hermana de Elisa Riley?

—Eso es.

Fue entregado al Jurado.

—Que usted supiera, ¿tenía Mary Gerrard alguna propiedad, alguna fortuna que legar?

—Entonces, no.

—Pero ¿pronto iba a tenerla?

—Sí.

—¿No es cierto que miss Carlisle iba a dar a Mary Gerrard una cantidad considerable de dinero, algo así como dos mil libras esterlinas?

—Sí.

—¿No sabía nada que obligara a miss Carlisle a hacer eso? ¿Fue por entero un acto de generosidad por su parte?

—Sí, lo hizo voluntariamente, sin estar obligada a ello.

—Pero, seguramente, si odiaba a Mary Gerrard, como se ha sugerido, no le habría dado voluntariamente una cantidad de dinero tan importante.

—Eso es según como se vea.

—¿Qué quiere significar usted con esa respuesta?

—No quiero decir nada.

—Exacto. ¿Ha oído usted algunos chismes locales acerca de Mary Gerrard y de míster Roderick Welman?

—Él estaba enamorado de ella.

—¿Tiene usted alguna prueba de ello?

—Simplemente lo sabía; eso es todo.

—¡Ah! Usted «simplemente lo sabía». Eso no es muy convincente para el Jurado. ¿Dijo usted en una ocasión que Mary no quiso saber nada de él porque estaba prometido a miss Elinor, y que también le dijo lo mismo en Londres?

—Eso es lo que ella me dijo.

Sir Samuel Attenbury reanudó el interrogatorio:

—Cuando Mary Gerrard discutía con usted la fraseología del testamento, ¿la acusada miró por la ventana?

—Sí, en efecto.

—¿Qué dijo ella?

—Dijo: «¿De modo que está haciendo testamento, Mary? Es muy divertido». Y rió. Y en mi opinión —dijo la testigo maliciosamente —, fue en ese momento cuando se le ocurrió la idea. ¡La idea de matar a la muchacha! ¡En aquel momento llevaba el crimen en su corazón!

El juez habló ásperamente:

—Limítese a contestar a las preguntas que se le hagan. La última parte de esa respuesta se borrará.

Elinor pensó: «¡Qué extraño! Cuando alguien dice la verdad la borran…».

Sintió la tentación de reír.

* * *

La enfermera O'Brien pasó a declarar.

—En la mañana del veintinueve de junio, ¿le comunicó alguna cosa miss Hopkins?

—Sí. Me dijo que le había desaparecido de su cartera un tubo de morfina.

—¿Qué hizo usted?

—La ayudé a buscarlo.

—Pero ¿no lo encontraron?

—No.

—Que usted sepa, ¿quedó la cartera en el recibidor durante la noche?

—Sí.

—Míster Welman y la acusada, ¿se encontraban en la casa cuando la muerte de mistress Welman, es decir, del veintiocho al veintinueve de junio?

—Sí.

—¿Quiere usted referir un incidente ocurrido el veintinueve de

junio, el día siguiente al de la muerte de mistress Welman?

—Vi a míster Roderick Welman con Mary Gerrard. Él le decía que la amaba, e intentó besarla.

—¿Estaba prometido entonces con la acusada?

—Sí.

—¿Qué sucedió después?

—Mary le dijo que debería avergonzarse de hacer semejante cosa, cuando estaba prometido a miss Elinor.

—En su opinión, ¿cuáles eran los sentimientos de la acusada hacia Mary Gerrard?

—La odiaba. La solía mirar como si quisiera matarla.

Sir Edwin se puso en pie de un salto.

Elinor pensó: «¿Por qué discuten sobre esto? ¿Qué importa?».

Sir Edwin Bulmer reanudó el interrogatorio:

—¿No es cierto que la enfermera Hopkins dijo que creía que había dejado la morfina en su casa?

—Verá usted: fue de este modo. Después…

—Haga el favor de responder a mi pregunta. ¿No dijo ella que probablemente dejó la morfina en su casa?

—Sí.

—¿Ella no estaba preocupada entonces?

—No, en aquel momento. Porque pensó que la había dejado en su casa. Naturalmente, así, no estaba intranquila.

—¿Ella no pudo imaginarse que alguien la había podido coger?

—Exacto. No fue hasta después de la muerte de Mary Gerrard cuando ella empezó a preocuparse.

El juez interrumpió:

—Creo, sir Edwin, que ya ha tratado ese punto con la testigo anterior.

—Como guste, excelencia.

—Respecto a la actitud de la acusada hacia Mary Gerrard, ¿no hubo ninguna disputa entre ellas en alguna ocasión?

—No, no hubo ninguna riña.

—¿Miss Carlisle la trataba siempre bien?

—Sí. Era raro el modo como la miraba.

—Sí, sí. Pero no podemos guiarnos por esas cosas. Usted es irlandesa, ¿no es cierto?

—Lo soy.

—Y los irlandeses tienen una imaginación muy viva, ¿no es verdad?

La enfermera O'Brien gritó, excitada:

—Todo cuanto he dicho es verdad.

* * *

Míster Abbot, el tendero, pasó a declarar. Agitado y aturdido, inseguro de sí mismo, aunque ligeramente emocionado ante su importancia.

Su declaración fue breve. La compra de dos botes de pasta de pescado.

La acusada había dicho: «Ha habido muchas intoxicaciones con la pasta de pescado». Parecía excitada.

No se le sometió a ningún interrogatorio.

Capítulo III

CONTINÚA LA DEFENSA

Principio del discurso del abogado defensor:

—Señores del Jurado: Yo podría, si quisiera, presentar pruebas de que no es culpable la acusada. El fiscal tiene el deber de presentar las pruebas de la acusación y, en mi opinión, y sin duda en la vuestra, hasta ahora no ha probado nada en absoluto. El acusador aduce que Elinor Carlisle, habiéndose apoderado de una cantidad de morfina (que todos los de la casa podían haber cogido igualmente, pues todos tuvieron idéntica oportunidad, aunque en realidad existe la duda de que realmente esa morfina estuviese en la cartera), procede a envenenar a Mary Gerrard. Aquí el fiscal se apoya solamente en esa oportunidad. Ha intentado buscar un móvil, pero yo someto a vuestra consideración que no ha podido hallarlo.

»¡Pues, señores del Jurado, no hay ningún móvil! El acusador ha hablado de una promesa rota. ¡Una promesa rota! Si una ruptura de relaciones, si una ruptura de esa promesa es una causa para asesinato, ¿por qué razón no se cometen asesinatos todos los días? Y esta promesa, este compromiso de casamiento, escuchen bien, no era un asunto de una pasión desesperada; era un compromiso contraído principalmente por razones familiares. Miss Carlisle y míster Welman se habían criado juntos; siempre se habían estimado, y, gradualmente, llegaron a quererse; pero tengo el propósito de demostrarles que, en el mejor de los casos, se trataba de un asunto muy tibio.

(«¡Oh Roddy…, Roddy! —pensó Elinor—. ¿Un asunto muy tibio?»).

»Además, el compromiso fue roto no por míster Welman, sino

por la detenida. Afirmo que he dicho que el compromiso de casamiento entre Elinor Carlisle y Roderick Welman se contrajo principalmente para complacer a la anciana mistress Welman. Cuando ella murió, los prometidos se dieron cuenta de que sus sentimientos no eran lo bastante fuertes para justificar un casamiento. No obstante, continuaron siendo buenos amigos. Además, Elinor Carlisle, que había heredado la fortuna de su tía, por pura bondad se proponía asignar una cantidad considerable de dinero a Mary Gerrard. ¡Y esta muchacha es acusada de un delito de envenenamiento! Esto es ridículo.

»Lo único que hay contra Elinor Carlisle es la circunstancia en la cual ocurrió el envenenamiento.

»El fiscal ha dicho, en efecto:

»*Nadie más que Elinor Carlisle puede haber matado a Mary Gerrard*.

»Por consiguiente, han tenido que buscar un posible móvil. Pero, como he dicho antes, no han podido encontrar ningún móvil, porque no había ninguno.

»Ahora bien: ¿es cierto que nadie más que Elinor Carlisle pudo haber matado a Mary Gerrard? No, de ninguna manera. Existe la posibilidad de que Mary Gerrard se suicidase. Existe la posibilidad de que alguien pusiese algo en los emparedados mientras Elinor Carlisle estuvo ausente de la casa, en el pabellón. Existe una tercera posibilidad. Es una hipótesis mediante la cual, si puede demostrarse posible y consistentemente con la evidencia, la acusada debe ser absuelta. Yo me propongo demostrarles que hubo otra persona que no sólo tenía igual oportunidad para envenenar a Mary Gerrard, sino que tenía un motivo mejor para hacerlo. Yo me propongo presentar pruebas para demostrarles que existe otra persona que igualmente pudo apoderarse de la morfina y que tenía un buen motivo para matar a Mary Gerrard…; y puedo demostrarles que esa persona tuvo una oportunidad igualmente buena para hacerlo.

»Yo sostengo, señor, que ningún Jurado del mundo puede condenar a esta mujer por asesinato cuando no existen pruebas contra ella, excepto esa de la oportunidad; y cuando pueda demostrar que no sólo hay pruebas de oportunidad contra otra persona, sino un móvil importante, llamaré a algunos testigos para demostrar que ha habido un acto de perjurio deliberado por parte

de uno de los testigos de cargo.

»Pero, primeramente, interrogaré a la acusada, para que ella cuente su propia historia y ustedes puedan ver por sí mismos cuan infundados son los cargos que se hacen contra ella.

* * *

Ella contestaba en voz baja a las preguntas de sir Edwin. El juez se inclinó hacia adelante. Le dijo que hablase en voz más alta. Sir Edwin le hablaba dulcemente, animándola, haciéndole todas las preguntas para las cuales ella había ensayado las respuestas.

—¿Quería usted a Roderick Welman?

—Mucho. Él era como un hermano para mí o como un primo. Siempre pensé en él como en un primo. El compromiso de casamiento… fue llevado a cabo como cosa natural. Era muy agradable casarse con alguien conocido de toda la vida.

—¿No era, quizá, lo que podría llamarse un amor apasionado?

(«¿Apasionado? ¡Oh, Roddy!»).

—No… usted verá: nos conocíamos mutuamente tan bien…

—Después de la muerte de mistress Welman, ¿hubo alguna tensión entre ustedes?

—Sí, la hubo.

—¿Cómo explica eso?

—Creo que fue, en parte, por el dinero.

—¿El dinero?

—Sí, Roderick creía encontrarse en una situación violenta. Él supuso que la gente pensaría que se casaba por el dinero…

—¿El compromiso no se rompió a causa de Mary Gerrard?

—Creo que Roderick estaba algo enamorado de ella, pero no creo que fuese nada serio.

—¿Habría sufrido usted un disgusto si lo hubiese sido?

—¡Oh, no! Habría considerado que era inconveniente; eso es todo.

—Ahora bien, miss Carlisle: ¿cogió usted o no un tubo de morfina de la cartera de la enfermera Hopkins el veintiocho de junio?

—No.

—¿Ha tenido usted alguna vez morfina en su poder?

—Nunca.

—¿Sabía usted que su tía no había hecho testamento?

—No. Fue una gran sorpresa para mí.

—¿Cree usted que ella trataba de darle un mensaje en la noche del veintiocho de junio, cuando murió?

—Adiviné que ella no había tomado ninguna previsión para Mary Gerrard y tenía ansiedad por hacerlo.

—Y con objeto de cumplir sus deseos, ¿usted estaba dispuesta a asignar una cantidad de dinero a la muchacha?

—Sí. Quería cumplimentar los deseos de tía Laura. Y yo estaba agradecida por la bondad que Mary había mostrado a mi tía.

—El veintiséis de julio, ¿bajó usted de Londres a Maidensford y se alojó en el King's Arms?

—Sí.

—¿Con qué propósito bajó usted?

—Tenía una oferta para la casa, y el hombre que la había adquirido quería posesionarse de ella cuanto antes. Tenía que examinar los objetos personales de mi tía y arreglar las cosas.

—¿Compró usted algunas provisiones en el camino de Hall el veintisiete de julio?

—Sí. Pensé que sería más fácil hacer una merienda allí que volver al pueblo.

—¿Fue usted entonces a la casa y clasificó los objetos personales de su tía?

—Sí.

—¿Y después de eso?

—Bajé a la cocina y corté algunos emparedados. Luego bajé al pabellón e invité a la enfermera y a Mary Gerrard a subir a la casa.

—¿Por qué hizo eso?

—Quería ahorrarles una caminata, con tanto calor, al pueblo y luego al pabellón.

—Era, en realidad, una acción natural y bondadosa por su parte. ¿Aceptaron la invitación?

—Sí. Me acompañaron a la casa.

—¿Dónde estaban los emparedados que usted había cortado?

—Los dejé en un plato, en la cocina.

—¿Estaba la ventana abierta?

—Sí.

—¿Cualquiera podía haber entrado en la cocina mientras usted estuvo ausente?

—Ciertamente.

—Si alguien la hubiese observado a usted desde fuera mientras cortaba los emparedados, ¿qué habría pensado?

—Supongo que habría pensado que estaba preparando unos emparedados para una merienda.

—No podían saber que alguien iba a participar de esa merienda, ¿no es cierto?

—No. La idea de invitar a las otras dos se me ocurrió tan sólo cuando vi qué cantidad de comida tenía.

—De forma que si alguien hubiese entrado en la casa durante su ausencia y hubiese puesto morfina en uno de aquellos emparedados, ¿era a *usted* a quien se proponía envenenar?

—Sí, supongo que sí.

—¿Qué ocurrió cuando ustedes tres llegaron a la casa?

—Entramos en la sala. Yo fui a buscar los emparedados y los ofrecí a las otras dos.

—¿Bebió usted algo con ellos?

—Tomé agua. Había cerveza en una mesa; pero la enfermera y Mary prefirieron tomar té. La enfermera fue a la cocina y lo preparó. Lo trajo en una bandeja y Mary lo sirvió.

—¿Tomó usted algo de él?

—No.

—Pero ¿Mary Gerrard y la enfermera bebieron té?

—Sí.

—¿Qué sucedió después?

—La enfermera apagó el gas.

—¿La dejó a usted sola con Mary Gerrard?

—Sí.

—¿Qué ocurrió después?

—Al cabo de unos minutos cogí la bandeja y el plato de los emparedados y los llevé a la cocina. La enfermera estaba allí, y juntas fregamos las cosas.

—¿La enfermera se quitó los puños en aquella ocasión?

—Sí. Fregaba las cosas, mientras yo las secaba.

—¿Hizo usted alguna observación respecto a un arañazo que ella tenía en una muñeca?

—Le pregunté si se había pinchado.

—¿Qué contestó ella?

—Ella respondió: «Ha sido una espina del rosal que hay fuera del pabellón. Voy a sacármela ahora».

—¿Observó usted algo en los modales de ella?

—Creo que sentía el calor. Estaba angustiada, sudorosa, y su rostro tenía un color verdoso extraño.

—¿Qué sucedió después?

—Subimos la escalera, y ella me ayudó a examinar los objetos personales de mi tía.

—¿Qué hora era cuando volvieron a bajar la escalera?

—Debió de ser una hora más tarde.

—¿Dónde estaba Mary Gerrard?

—Sentada en la sala. Respiraba de una manera muy extraña y se hallaba en estado comatoso. Telefoneé al doctor, por sugerencia de miss Hopkins. Él llegó poco antes de morir Mary.

Sir Edwin preguntó dramáticamente:

—Miss Carlisle, ¿mató usted a Mary Gerrard?

—¡No!

* * *

Sir Samuel Attenbury. El corazón que palpita tumultuosamente.

¡Ahora…, ahora estaba a merced de un enemigo! ¡Nada de dulzura, nada de suavidad; ya no más preguntas cuyas respuestas le fuesen previamente conocidas!

Pero él comenzó muy benignamente:

—¿Estaba usted prometida para casarse (nos ha dicho) con míster Roderick Welman?

—Sí.

—¿Le quería usted?

—Mucho.

—¿Estaba profundamente enamorada de Roderick Welman y muy celosa del amor que él sentía por Mary Gerrard?

—No. (Ese «no», ¿sonaba debidamente indignado?).

Sir Samuel dijo en tono amenazador:

—Sugiero que usted planeó deliberadamente suprimir a esa muchacha, con la esperanza de que Roderick Welman volvería a usted.

—Ciertamente que no. (Desdeñosa, algo cansada. Eso era mejor).

Las preguntas continuaron. Semejaba un sueño, un sueño desagradable. Una pesadilla.

Pregunta tras pregunta. Preguntas horribles, dolorosas. Para algunas de ellas estaba preparada; otras la pillaron desprevenida. Siempre tratando de recordar su papel. Ni una sola vez podía desahogarse para decir: «Sí, la odiaba. Sí, la quería ver muerta. Sí, mientras cortaba los emparedados pensaba en que preferiría verla muerta».

Conservar la calma y contestar tan breve y fríamente como le fuese posible.

Luchando…, luchando siempre…, pero con dificultades…

Luchando palmo a palmo.

Ya había terminado. El hombre horrible, de nariz judía, se disponía a sentarse. Y la voz bondadosa y untuosa de sir Edwin Bulmer le estaba haciendo algunas preguntas más. Preguntas fáciles, agradables, destinadas a borrar cualquier mala impresión que hubiese podido causar cuando la interrogaron.

Estaba de nuevo en el banquillo. Mirando al Jurado.

* * *

(Roddy, Roddy, de pie allí, parpadeando un poco, con aire de detestar todo aquello. Roddy…, presentando un aspecto… no real del todo. Pero ya no hay nada real. Todo remolinea de una manera diabólica. Lo negro es blanco, lo de arriba está abajo, y el Este es Oeste… Y yo no soy Elinor Carlisle: yo soy «la acusada». Y si me ahorcan o si me ponen en libertad, nada volverá a ser lo mismo. Si

hubiese algo, algo, una cosa tan sólo a que agarrarse…).

(El rostro de Peter Lord, quizá, con sus pecas y su aire extraordinario de ser el mismo de siempre…).

¿Qué preguntaba ahora sir Edwin?

—¿Quiere usted decirnos los sentimientos de miss Carlisle hacia usted?

Roddy respondió con voz precisa:

—Yo diría que me estimaba mucho; pero no estaba enamorada de mí con gran pasión.

—¿Consideraba usted satisfactorio el compromiso de matrimonio?

—Completamente. Teníamos mucho en común.

—¿Querría usted explicar con todo detalle al Jurado por qué fue roto el compromiso?

—Verá usted: cuando mistress Welman murió, la sorpresa fue grande. No me gustaba la idea de casarme con una mujer rica, cuando yo no tenía un céntimo. Y el compromiso se disolvió de común acuerdo, y aun experimentamos cierto alivio los dos.

—¿Quiere usted decirnos qué clase de relaciones tenía con Mary Gerrard?

(«¡Oh, Roddy, pobre Roddy, cómo debes de detestar todo esto!»).

—La encontraba encantadora.

—¿Estaba usted enamorado de ella?

—Un poco.

—¿Cuándo la vio por última vez?

—Debe de haber sido el cinco o el seis de julio.

Sir Edwin dijo, con tono acerado en la voz:

—Creo que usted la vio después de eso.

—No, fui al extranjero, a Venecia y a Dalmacia.

—Volvió usted a Inglaterra… ¿Cuándo?

—Cuando recibí el telegrama… Déjeme pensar… Debió de ser el día uno de agosto.

—Pero creo que usted se encontraba en Inglaterra el veintisiete de julio.

—No.

—Vamos, míster Welman. Recuerde que ha prestado juramento. ¿No es cierto que su pasaporte indica que usted regresó a Inglaterra

el veinticinco de julio y volvió a partir el veintisiete por la noche?

La voz de sir Edwin tenía un matiz sutilmente amenazador.

Elinor frunció el ceño, vuelta de repente a la realidad. ¿Por qué razón el abogado defensor coaccionaba a su propio testigo?

Roderick había palidecido ligeramente. Permaneció silencioso un minuto o dos. Luego dijo, con un esfuerzo:

—Sí, así es…

—¿Fue usted a ver a esa muchachita, Mary Gerrard, a Londres, el día veinticinco, al lugar donde se alojaba?

—Sí.

—¿Le pidió que se casara con usted?

—Sí.

—¿Cuál fue la respuesta de la muchacha?

—Rehusó.

—¿Usted no es un hombre rico, míster Welman?

—No.

—¿Y tiene muchas deudas?

—¿Qué le importa a usted?

—¿No sabía que miss Carlisle le había dejado a usted toda su fortuna para el caso de su muerte?

—Ésa es la primera noticia que tengo de ello.

—¿Estuvo usted en Maidensford en la mañana del veintisiete de julio?

—No.

Sir Edwin se sentó.

El acusador dijo:

—Dice usted que, en su opinión, la acusada no estaba profundamente enamorada de usted.

—Eso es lo que dije.

—¿Es usted un hombre caballeroso, míster Welman?

—No sé lo que quiere usted decir.

—Si una dama estuviese profundamente enamorada de usted y usted no lo estuviese de ella, ¿creería usted que tenía el deber de ocultarlo?

—Ciertamente que no.

—¿Adonde fue usted a la escuela, míster Welman?

—A Eton.

Sir Samuel dijo, con una sonrisa suave:

—Eso es todo.

* * *

Alfred James Wargrave.

—¿Es usted cultivador de rosas y vive en Emsworth, Berks?

—Sí.

—¿Fue usted el veinte de octubre a Maidensford y examinó un rosal que había en el pabellón, en Hunterbury Hall?

—Sí.

—¿Quiere describirnos ese rosal?

—Era un rosal trepador, un *Zéphyrine Drouhin*… Da una rosa rosada, de perfume suave. *No tiene espinas*.

—¿Sería imposible pincharse en un rosal de esa descripción?

—Completamente imposible. Es una planta que *no tiene espinas*.

La parte contraria no le interrogó.

* * *

—¿Usted es James Arthur Littledale? ¿Es usted químico y está empleado en el laboratorio de productos farmacéuticos de la casa Jenkins y Hale?

—Sí.

—¿Quiere decirnos qué es este trozo de papel?

La muestra le fue entregada.

—Es un fragmento de una de nuestras etiquetas.

—¿Qué clase de etiqueta?

—La etiqueta que ponemos a los tubos de tabletas hipodérmicas.

—¿Es suficiente este trozo para que usted pueda decir con seguridad qué clase de droga había en el tubo al cual estaba pegada esta etiqueta?

—Sí. Yo diría concretamente que el tubo en cuestión contenía tabletas hipodérmicas de hidrocloruro de apomorfina, de un vigésimo de gramo.

—¿No hidrocloruro de morfina?

—No, no podía ser eso.

—¿Por qué no?

—En esos tubos la palabra morfina va impresa con una eme mayúscula. El final de la línea de la eme aquí, vista con mi lente de aumento, indica claramente que es parte de una eme minúscula, no de una eme mayúscula.

—Haga el favor de dejar que el Jurado lo examine con la lente. ¿Tiene algunas etiquetas para mostrar lo que usted quiere decir?

Las etiquetas fueron entregadas al Jurado.

Sir Edwin continuó:

—¿Declara usted que ésta es de un tubo de hidrocloruro de apomorfina? ¿Qué es, exactamente, el hidrocloruro de apomorfina?

—La fórmula es C_{17} H_{17} NO_2. Es un derivado de la morfina, que se prepara saponificando la morfina y batiéndola con ácido clorhídrico diluido en tubos sellados. La morfina pierde una molécula de agua.

—¿Cuáles son las propiedades esenciales de la apomorfina?

Míster Littledale contestó claramente:

—La apomorfina es el emético más rápido y eficaz que se conoce. Actúa a los pocos minutos.

—Así, si alguien hubiese ingerido una dosis letal de morfina *y se inyectase una dosis de apomorfina hipodérmicamente, al cabo de unos minutos*, ¿qué resultaría?

—Se producirían vómitos casi inmediatamente y la morfina sería expulsada del cuerpo.

—Por consiguiente, si dos personas comiesen el mismo emparedado o *bebiesen de la misma tetera*, y una de ellas se inyectase en seguida una dosis de apomorfina hipodérmicamente, ¿cuál sería el resultado, suponiendo que el alimento o la bebida compartida contuviese morfina?

—El alimento o la bebida, junto con la morfina, sería vomitado por la persona a quien se le inyectase la apomorfina.

—¿Y esa persona no sufriría otras consecuencias fatales?

—No.

Hubo de repente cierta excitación en la sala y el juez ordenó silencio.

* * *

—¿Es usted Amelia Mary Sedley y habita ordinariamente en la calle Charles, número diecisiete, en Boonambra, Auckland?

—Sí.

—¿Conoce usted a cierta mistress Draper?

—La conozco desde hace más de veinte años.

—¿Conoce su nombre de soltera?

—Sí. Estuve en su boda. Se llamaba Mary Riley.

—¿Es natural de Nueva Zelanda?

—No, es oriunda de Inglaterra.

—¿Ha estado usted en la sala desde el comienzo de esta causa?

—Sí.

—¿Ha visto usted a esa Mary Riley… o Draper… en la sala?

—Sí.

—¿Dónde la vio?

—Declarando en este lugar.

—¿Bajo qué nombre?

—Bajo el nombre de Jessie Hopkins.

—¿Y está segura de que esta Jessie Hopkins es la mujer que usted conoce por el nombre de Mary Riley o Draper?

—Sin el menor asomo de duda.

Hubo una ligera conmoción en la sala.

—¿Cuándo vio usted la última vez a Mary Draper… antes de hoy?

—Hace cinco años. Se fue a Inglaterra.

Sir Edwin dijo con una reverencia:

—Su testigo.

Sir Samuel, alzándose con el rostro algo perplejo, empezó:

—Sugiero que usted, mistress Sedley, puede estar equivocada.

—No estoy equivocada.

—Puede haberse confundido con una ligera semejanza.

—Conozco bastante bien a Mary Draper.

—Miss Hopkins es una enfermera con título.

—Mary Draper era enfermera de hospital antes de su matrimonio.

—Usted comprende, ¿no es cierto?, que está acusando de perjuro a un testigo de cargo.

—Yo comprendo lo que estoy diciendo.

* * *

—Edward John Marshall, ¿usted habitó algunos años en Auckland, Nueva Zelanda, y ahora reside en la calle Wren, número catorce, Deptford?

—Eso es.

—¿Conoce usted a Mary Draper?

—La he conocido hace años en Nueva Zelanda.

—¿La ha visto usted hoy en esta sala?

—La he visto. Se llamaba Hopkins; pero era, sin duda, mistress Draper.

El juez alzó la cabeza. Habló en voz clara y penetrante:

—Creo que es deseable que la testigo Jessie Hopkins comparezca de nuevo.

Una pausa. Un murmullo.

—Excelencia: Jessie Hopkins salió de la sala hace unos minutos.

* * *

—Hércules Poirot.

Hércules Poirot prestó juramento, se retorció el bigote y esperó, con la cabeza inclinada a un lado. Dio su nombre, sus señas y su profesión.

—Monsieur Poirot, ¿reconoce usted este documento?

—Ciertamente.

—¿Cómo llegó a poder de usted?

—Me lo dio la enfermera del distrito, miss Hopkins.

Sir Edwin dijo:

—Con su permiso, excelencia, voy a leer esto en voz alta y luego puede ser entregado al Jurado.

Capítulo IV

EL VEREDICTO

Texto taquigráfico de la disertación de la defensa:

Señores del Jurado: Ahora son ustedes los que han de decidir si Elinor Carlisle ha de ser absuelta o no de esta causa. Si después de las pruebas expuestas ante ustedes creen que Elinor Carlisle envenenó a Mary Gerrard, tienen el deber ineludible de declararla culpable.

Pero si los hechos expuestos les convencen de que hay otra persona cuyas probabilidades de haber cometido el asesinato son tan grandes o más que las de la acusada, están obligados a ponerla en libertad inmediatamente.

Ayer, después del dramático testimonio presentado por monsieur Hércules Poirot, interrogué a otros testigos y pude probar, sin el menor asomo de duda, que Mary Gerrard era hija ilegítima de Laura Welman. Por consiguiente, su señoría podrá informarles de que no era su sobrina, Elinor Carlisle, la llamada a heredar la fortuna de mistress Welman, calculada en doscientas mil libras, sino su pariente más próximo, la difunta Mary Gerrard.

Mary Gerrard ignoraba este hecho, así como la identidad de la presunta enfermera Hopkins. Piensen ustedes, señores del Jurado, cuál podrá ser la razón por la que Mary Riley o Draper adoptó el nombre de Hopkins y, sobre todo, por qué vino a este país.

Sabemos perfectamente que, instigada por la enfermera Hopkins, Mary Gerrard hizo testamento, cediendo *todo*

cuanto poseía a Mary Riley, hermana de Elisa Riley. No ignoramos que la enfermera Hopkins, por razón de su profesión, estaba facultada para poseer morfina y apomorfina, y conocía perfectamente sus propiedades y efectos. Sabemos la verdad cuando afirmó que se había arañado la muñeca con las espinas del rosal que carecía de ellas.

¿Por qué mintió si no fue porque quería justificar el pinchazo producido por la aguja hipodérmica? Recuerden así mismo el testimonio de la acusada, hecho bajo juramento, de que, cuando se reunió con la enfermera Hopkins en la despensa, el rostro de aquélla tenía un color verdoso y una expresión de angustia, completamente explicable sabiendo que se hallaba bajo los efectos de un tóxico violento.

Quiero subrayar otro punto: Si mistress Welman hubiese vivido veinticuatro horas más, es indudable que habría otorgado testamento y habría dejado un legado de alguna importancia a Mary Gerrard, *pero no toda su fortuna*, pues la difunta señora abrigaba la creencia de que su ilegítima hija sería mucho más feliz en la esfera social en que hasta entonces había vivido.

No soy yo el que ha de acusar a esa otra persona, pero tengo el deber de advertirles que sus motivos para cometer los dos asesinatos, así como sus probabilidades para hacerlo, eran mayores que los de la acusada.

He terminado, señores del Jurado.

* * *

Deposición del fiscal, míster Beddinfeld:

…Si no están firmemente convencidos de las pruebas acumuladas sobre la culpabilidad de la acusada… Si no creen que Elinor Carlisle administró a Mary Gerrard una dosis mortal de morfina en la mañana del veintisiete de julio,

deben dictar veredicto de inculpabilidad.

Este ministerio fiscal ha confirmado que la única persona que tuvo la oportunidad de envenenar a Mary Gerrard fue la acusada. La defensa intenta probar que existieron otras alternativas. Hay la teoría de que Mary Gerrard se haya suicidado; pero la única prueba que sustenta esa hipótesis es el hecho de que Mary Gerrard otorgara testamento poco antes de morir. No hay la menor convicción de que la interfecta fuese lo suficientemente desgraciada o se hallase en un estado de depresión anímica tal que la empujase al suicidio. Se ha sugerido que la morfina pudo ser introducida en los emparedados por cualquier otra persona que hubiese entrado en la despensa cuando Elinor Carlisle se dirigió al pabellón. En este caso, el veneno estaba destinado a Elinor Carlisle, y la muerte de Mary Gerrard se debió a un accidente. La tercera alternativa, la última sugerida por la defensa, es que otra persona tuvo idéntica oportunidad de administrar la morfina y que, en este último caso, el veneno fue introducido en el té y no en los emparedados. En apoyo de esta teoría, la defensa ha presentado al testigo Littledale, quien ha jurado que el fragmento de papel encontrado en la despensa formaba parte de una etiqueta adherida a un tubo que contenía clorhidrato de apomorfina, un emético activísimo. Ya han examinado ustedes los dos modelos de etiquetas. A mi juicio, la Policía ha pecado de negligencia al no identificar con exactitud la etiqueta a que pertenecía el trozo de papel hallado y asegurar que era de una etiqueta adherida a un tubo de morfina.

La testigo Hopkins ha afirmado que se arañó la muñeca en un rosal junto al pabellón. El testigo Wargrave ha examinado el rosal en cuestión, y carece de espinas. Ustedes decidirán cuál fue la causa del arañazo de la muñeca de la enfermera Hopkins y el motivo de su mentira.

Si el ministerio fiscal les ha convencido de que la acusada y nadie más que ella fue la autora del crimen, deben declararla culpable.

Si la teoría sustentada por la defensa es posible y se halla

de acuerdo con las pruebas suministradas, la acusada debe ser puesta en libertad.

Ruego a ustedes que reflexionen conscientemente antes de pronunciar su veredicto, teniendo en cuenta solamente las pruebas expuestas ante ustedes.

He terminado, señores del Jurado.

* * *

Elinor fue conducida nuevamente a la sala.

—Señores del Jurado, ¿han llegado a un acuerdo respecto al veredicto?

—Sí.

—¡Miren a la acusada y pronuncien su fallo!

—*¡Inocente!*

Capítulo V

UN HOMBRE CONSOLADOR

La sacaron por una puerta lateral.

Dióse cuenta de infinidad de rostros sonrientes que la felicitaban. Roddy…, el detective de los grandes bigotes…

Pero fue a Lord a quien ella se volvió.

—Sáqueme de aquí —dijo.

Subieron al pequeño Daimler y abandonaron Londres.

Ninguno de los dos pronunció una palabra durante largo rato.

Cada minuto la llevaba más y más lejos…

Una vida nueva…

Eso era lo que ella necesitaba…

Una vida nueva…

Dijo de pronto:

—Quiero…, quiero ir a cualquier sitio tranquilo…, apartado…, donde no vea *caras humanas*…

Peter Lord murmuró en voz muy tenue:

—Ya he pensado en eso. Irá usted a un sanatorio. Un lugar reposado… Jardines encantadores… No le molestará nadie…

Ella susurró:

—Eso es lo que me hace falta.

Era su práctica de doctor, su conocimiento de la naturaleza humana, lo que le hacía comprender. Él lo sabía, y por eso no la molestaba. Era maravilloso encontrarse ahora allí con él, fuera de Londres, camino de un lugar reposado y *recogido*. Quería olvidar…, olvidar todo. Todo lo sucedido carecía de realidad. Todo se había desvanecido…, todo había terminado: la vida pasada y los antiguos sentimientos. Ahora era una criatura nueva, extraña, desamparada.

Tenía que empezar a vivir de nuevo.

Era consolador sentirse junto al doctor Lord.

Ya habían salido de Londres. Atravesaban ahora los suburbios.

Ella dijo, al fin:

—¡Fue usted…, sólo usted!…

Peter Lord murmuró:

—No… Fue Hércules Poirot. Es un taumaturgo.

Pero Elinor movió la cabeza. Dijo obstinadamente:

—Fue usted. Usted le hizo venir y averiguar la verdad.

Peter gruñó:

—Bien, es verdad; yo le hice venir…

Elinor inquirió:

—¿Sabía usted que no lo había hecho yo, o no estaba seguro?

Peter afirmó simplemente:

—Jamás he estado tan seguro de una cosa.

—¿Sabe usted por qué estuve a punto de decir *culpable* cuando me preguntaron? Porque había pensado en hacerlo. Lo pensé, en efecto, aquel día…, cuando usted me sorprendió riendo.

—Lo sabía.

Elinor murmuró, asombrada:

—¡Qué extraño me parece ahora! ¡Fue como una especie de sugestión! Cuando compré la pasta y confeccioné los emparedados, pensaba: «He mezclado veneno con esto, y cuando ella lo coma morirá. Y Roddy volverá a mí». Y este pensamiento me acuciaba.

Peter Lord dijo:

—A veces estas cosas son beneficiosas para los seres excesivamente imaginativos… Vienen a ser como las exudaciones de nuestro organismo…

Elinor exclamó:

—¡En efecto, así fue!… ¡La idea *negra* desapareció tan de repente como había venido! Cuando aquella mujer mencionó el rosal del jardín, recobré la noción de todo.

Luego, con un estremecimiento, prosiguió:

—Cuando llegué a la salita y la vi muerta…, no, moribunda…, pensé: *«¿Hay mucha diferencia, después de todo, entre hacer una cosa y pensarla?»*.

—¡Claro que la hay, y enorme! Pensar en un asesinato no hace

daño a nadie. Hay quien tiene ideas absurdas sobre eso. Quien cree que pensar en cometer un asesinato es lo mismo que *planearlo*… No lo es, no. Cuando se ha estado pensando durante largo rato en ello, desaparece la idea negra y se da cuenta de la tontería…

Elinor exclamó jovialmente:

—¡Es usted realmente consolador!

Peter Lord dijo incoherentemente:

—Nada de eso. Poseo sentido común…

Elinor repuso, con lágrimas en los ojos:

—Allí, en la sala, no apartaba los ojos de usted. Me daba valor. Parecía usted tan *ordinario* —y añadió—: Soy demasiado ruda.

Él dijo:

—La comprendo. Cuando se encuentra uno en medio de una pesadilla, son las cosas ordinarias las que nos dan esperanza. A veces, lo ordinario es lo mejor. Yo siempre lo he creído así.

Por primera vez desde que subieron al coche, ella volvió la cabeza para mirarle.

La contemplación de su rostro no le causó la sensación que siempre experimentaba al mirar al de Roddy… Entonces le daba una impresión confusa de dolor y placer… Ahora sentía consuelo y calor…

Ella pensó: «¡Qué rostro más simpático… y gracioso… y consolador!».

Atravesaron una verja, y después de dar varias vueltas se detuvieron frente a un edificio blanco que se alzaba al pie de una colina.

Él aseguró con gravedad:

—Aquí estará muy bien… Nadie la molestará…

Impulsivamente, la muchacha asió el brazo del médico. Dijo:

—¿Vendrá usted a verme?

—Sí… Naturalmente.

—¿Con frecuencia?

—Con tanta frecuencia como usted quiera —dijo Lord, mirándola a los ojos.

Y ella replicó:

—Venga entonces… todos los días.

Capítulo VI

POIROT EXPLICA

Hércules Poirot dijo:

—Como ha visto usted, amigo mío, las mentiras son tan útiles como las verdades.

Peter Lord preguntó:

—¿Le mintieron todos?

Hércules Poirot asintió:

—¡Oh, sí…, todos!… Cada uno por sus propias razones, ¿comprende?… La única persona obligada a decir la verdad, y la dijo con sensibilidad escrupulosa…, fue la que me confundió más…

Peter Lord murmuró:

—La misma Elinor…

—Precisamente. Todo la condenaba, y ella, con esa conciencia sensitiva y fastidiosa, no hizo nada para destruir esa suposición. Acusándose a sí misma por el deseo experimentado de cometer el asesinato, estuvo a punto de abandonar una lucha que se le antojaba desagradable y sórdida y declararse culpable de un crimen que no había cometido.

Peter Lord exhaló un suspiro de exasperación.

—¡Increíble!

Poirot movió la cabeza.

—Nada de eso. Ella se condenaba a sí misma porque se juzgaba con arreglo a un código mucho más rígido que el confeccionado por la mente humana.

Lord dijo pensativamente:

—Sí… Ella es así.

Hércules Poirot continuó:

—Desde el momento en que empecé mis investigaciones, me di cuenta de la gran posibilidad de que Elinor Carlisle fuese culpable del crimen que se le imputaba. Pero, en cumplimiento de lo que le había prometido a usted, proseguí mis pesquisas y llegué al convencimiento de que había otra persona a quien también se podía inculpar.

—¿La enfermera Hopkins?

—Entonces no. Roderick Welman fue la primera persona que atrajo mi atención. En su caso también empezamos con una mentira. Me dijo que había abandonado Inglaterra el nueve de julio y que volvió el uno de agosto. Pero la enfermera Hopkins mencionó casualmente que Mary Gerrard, según me informó usted mismo, fue a Londres el diez de julio…, un día después que Roderick Welman se marchara de Inglaterra. ¿Cuándo se entrevistó, pues, Mary Gerrard con Roderick Welman en Londres? Puse a mi amigo, el ladrón, en su trabajo, y por examen del pasaporte de Welman descubrí que había estado en Inglaterra desde el veinticinco de julio al veintisiete. *Había mentido deliberadamente*. Recordé entonces el tiempo que los emparedados habían estado en la despensa mientras Elinor Carlisle estaba en el pabellón. En el caso de que hubieran sido envenenados entonces, la presunta víctima debió ser Elinor y no Mary. ¿Qué ventajas podía reportarle a Roderick Welman la muerte de Elinor Carlisle? Pues… muy sencillo. Ella había hecho testamento, dejándole a él toda su fortuna, y, tras algunas averiguaciones, me convencí de que Roderick Welman pudo haber llegado a conocer este hecho.

Peter Lord preguntó:

—¿Y cómo llegó a la decisión de que era inocente?

—A causa de otra mentira. Un embuste tan inocente, al parecer, tan simplemente estúpido… La enfermera Hopkins dijo que se había arañado la muñeca en un rosal y que todavía tenía dentro la espina. Fui a ver el rosal y vi *que no tenía espinas*… Así, pues, la enfermera Hopkins había mentido. La mentira era tan idiota que me llamó la atención y enfoqué el asunto en esa dirección. Empecé a sospechar de ella. Hasta entonces me había parecido una mujer merecedora de todo crédito, y su antagonismo hacia la acusada lo achacaba al cariño que la enfermera parecía experimentar hacia la muchacha

asesinada. Empecé a pensar y me di cuenta de algo que no fui lo bastante inteligente para ver antes. La enfermera Hopkins sabía algo de Mary Gerrard, que estaba ansiosa por descubrir.

Peter Lord dijo, sorprendido:

—Yo creía que era todo lo contrario.

—Ostensiblemente, sí. Representó a la perfección el papel del que sabe un secreto que no quiere dar a conocer. Pero, después de reflexionar cuidadosamente, llegué a la conclusión de que su intención era por completo opuesta a las apariencias. Mi conversación con la enfermera O'Brien me confirmó en esta creencia. La Hopkins había influido sobre la O'Brien en provecho propio, sin que ella se hubiese dado cuenta.

»Apareció claro ante mis ojos el juego de la enfermera Hopkins. Comparé las dos mentiras: la suya y la de Roderick Welman. ¿A cuál de ellas se podía dar una explicación inocente?

»A la de Roderick únicamente. Él es un hombre sensitivo y orgulloso. Sentíase en extremo humillado al tener que confesar que había quebrantado la promesa hecha a Elinor y a sí mismo de permanecer algún tiempo en el extranjero.

»La muchacha le atraía tan irresistiblemente, que no pudo sustraerse a la tentación de venir a verla. Puesto que no tenía nada que temer de las investigaciones que se practicaron sobre el asesinato, mintió para no tener que hacer una confesión tan dolorosa para su amor propio.

»¿Había para la mentira de la Hopkins una explicación tan inocente como aquélla? Cuanto más pensaba en ella, más extraordinaria me parecía. ¿Por qué había tenido la enfermera Hopkins necesidad de mentir sobre la procedencia del arañazo de su muñeca? ¿Qué significaba aquella marca?

»Haciéndome preguntas como: ¿A quién pertenecía la morfina robada?… A la enfermera Hopkins. ¿Quién pudo administrar la morfina a mistress Welman?… La enfermera Hopkins… Pero ¿por qué llamó la atención sobre su desaparición?… No había más que una respuesta a esta cuestión si la enfermera Hopkins era culpable… Que el otro asesinato, el de Mary Gerrard, estaba ya planeado y había elegido una víctima propiciatoria, pero esa víctima *debía de haber tenido una probabilidad de obtener la morfina*.

»Otros detalles complementaron esta idea. La carta recibida por Elinor. Fue escrita para mantener el odio entre Elinor y Mary. Tenía el propósito de que Elinor fuese a Hunterbury Hall para oponerse a los presuntos designios de Mary. El amor repentino de Roderick Welman por Mary Gerrard fue un acontecimiento imprevisto que la enfermera Hopkins no tardó en apreciar en su justo valor… Aquí había un motivo plausible para la víctima propiciatoria, Elinor.

»Pero ¿cuál era la razón de los dos crímenes? ¿Qué ganaría la enfermera Hopkins con la muerte de Mary Gerrard? Empecé a ver la luz en el asunto…, una luz levísima todavía, sin embargo. La enfermera Hopkins tenía gran influencia sobre el espíritu de Mary y la empleó para inducir a la muchacha a que *hiciera testamento*. Pero el testamento no beneficiaba a la enfermera Hopkins, sino a una tía de Mary que vivía en Nueva Zelanda. Entonces recordé un detalle que me había dado a conocer alguien en el pueblo… La tía de Mary era enfermera también.

»Ya no era la luz tan leve. La finalidad del crimen empezaba a hacerse patente… Fui una vez más a visitar a la enfermera Hopkins. Los dos representamos admirablemente nuestro papel. Al final se dejó convencer para hacer lo que tantos deseos tenía de conseguir. Tal vez no intentaba hacerlo tan pronto, pero la oportunidad que se le presentaba era demasiado tentadora para dejarla escapar. Después de todo, la verdad habría de saberse tarde o temprano. Sacó la carta con bien fingida repugnancia, y entonces, amigo mío, cesaron mis dudas… Ya lo *sabía* todo.

Peter Lord contrajo la frente y preguntó, sorprendido:

—¿Cómo?

—*Mon cher, c'est bien facile*. El encabezamiento de la carta era como sigue: «*Para enviar a Mary después de mi muerte*…». Pero el contenido demostraba que Mary no debía de conocer la verdad. Además, la palabra *enviar* y no *entregar* era reveladora. No era a Mary Gerrard a quien estaba dirigida la carta, sino a otra Mary… A su hermana Mary Riley, en Nueva Zelanda. La enfermera Hopkins no había encontrado la carta después de la muerte de Mary Gerrard, como pretendía. Hacía muchos años que la tenía en su poder. La recibió en Nueva Zelanda, adonde le fue enviada después de la muerte de su hermana.

Hizo una pausa, y luego prosiguió:

—Una vez vista la verdad con los ojos del espíritu, el resto era sencillísimo. La rapidez con que se efectúan los viajes aéreos hizo posible que viniese un testigo de Nueva Zelanda, que conocía perfectamente a Mary Draper, y declarase ante el tribunal.

Peter Lord replicó:

—¿Y si se hubiese equivocado…? ¿Si la enfermera Hopkins y Mary Draper hubiesen sido dos personas distintas?

Poirot repuso con frialdad:

—¡Yo no me equivoco nunca!

Peter Lord lanzó una carcajada.

El detective prosiguió:

—Amigo mío… Ahora sabemos bastantes cosas de esa Mary Riley o Draper… La Policía de Nueva Zelanda carecía de pruebas suficientes para formular una acusación formal contra ella. Sin embargo, llevaban vigilándola algún tiempo cuando ella abandonó repentinamente el país. Había un paciente suyo, una anciana señora, que dejó a su *querida enfermera* Riley un pequeño legado, y el médico que la asistió observó algo extraño en su muerte repentina. El esposo de Mary Riley se había asegurado la vida en una cantidad elevada. Su muerte fue tan repentina como inesperada. Desgraciadamente para la viuda, el fallecido esposo había olvidado pagar la póliza del seguro y ella no cobró ni un céntimo. Tal vez haya habido otras muchas muertes. Lo cierto es que se trata de una mujer que carece de remordimientos.

»Podemos imaginarnos sin gran esfuerzo las posibilidades que le sugirió la carta de su hermana. Cuando vio que Nueva Zelanda se le estaba quedando estrecha, como vulgarmente se dice, se vino a este país y se estableció con el nombre de Hopkins, antigua colega suya en el hospital, que murió en el extranjero.

»Su objetivo era Maidensford. Tal vez pensara, en principio, en el chantaje, pero mistress Welman no era de esas mujeres pusilánimes que se dejan estafar impunemente, y la enfermera Riley o Hopkins no lo intentó siquiera. Sin duda, practicó sus averiguaciones y descubrió que mistress Welman era muy rica y adivinó, o llegó a saber por cualquier conducto, que todavía no había hecho testamento.

»Así, pues, aquella noche de junio en que la enfermera O'Brien le dijo que mistress Welman había hecho llamar a su abogado para la mañana siguiente, la Hopkins no vaciló. Mistress Welman debía morir sin testar, para que su ilegítima hija heredara toda su fortuna. Hopkins ya había trabado amistad con Mary Gerrard y había adquirido gran ascendiente sobre ella. Todo lo que tenía que hacer ahora era convencer a la muchacha para que otorgara testamento a favor de la hermana de su madre, y le dictó las palabras precisas con que debía redactarlo, con todo cuidado. No mencionó para nada el parentesco. Simplemente, lo destinaba todo a Mary Riley, hermana de Elisa Riley. Cuando estampó su firma al pie del documento, Mary no podía pensar que había firmado su sentencia de muerte. La mujer no tenía más que esperar la oportunidad… Ya había pensado en el arma que había de emplear para cometer el crimen, con el uso de la apomorfina para asegurar su coartada. Se proponía, tal vez, atraer a Elinor y Mary a su propia casa; pero cuando Elinor fue a invitarlas a ir a Hunterbury, para acompañarla a tomar unos emparedados, vio el cielo abierto. Las circunstancias acusarían a Elinor sin que pudiera tener la menor probabilidad de defenderse.

Peter Lord murmuró:

—Si no hubiese sido por usted, la habrían condenado.

Hércules Poirot se apresuró a replicar:

—No; es a usted, amigo mío, a quien tiene que agradecer el haber conservado la vida.

—¿A mí?… Yo no hice nada… Me esforcé…

Se interrumpió.

Hércules sonrió débilmente.

—Eso es… Se esforzó usted en convencerme de que era inocente… Usted se impacientaba al ver que yo no parecía avanzar un paso en el camino emprendido… Llegó a temer que fuese culpable, a pesar de todo… Y por esa razón tuvo la impertinencia de engañarme también. ¡Ah, *mon cher*, para eso carece usted de aptitud!… Le aconsejo que se dedique con todo entusiasmo a combatir el sarampión y la tos ferina, pero deje para siempre las aficiones detectivescas.

Peter Lord se sonrojó. Dijo:

—¿Se dio usted cuenta… desde… el primer momento?

Poirot afirmó con severidad:

—*Mais oui*… Usted me llevó de la mano a aquel lugar frente a la ventana y me ayudó a encontrar una caja de cerillas que había puesto allí poco antes… *C'est l'enfantillage*!

Peter Lord hizo un guiño. Gruñó:

—¡Continúe!

Poirot preguntó:

—Habló usted con el jardinero y se las arregló de forma que me dijese que había visto su coche en la calzada. Entonces afirmó usted que el coche no era suyo. Y aún trató de convencerme de que fue un extranjero que estuvo allí aquella mañana.

—Fui un idiota —confesó Peter Lord.

—Peter Lord —dijo Poirot con una sonrisa burlona—, ¿que estuvo usted haciendo aquella mañana en Hunterbury Hall?

El doctor se sonrojó.

—Me… va… a… creer… tonto. Supe que ella había venido y me apresuré a ir a la casa… No pretendía hablar con ella…, sino verla. Desde los matorrales la estuve observando mientras permaneció en la despensa, y la vi cortando el pan y la manteca…

—Carlota y Wehther… Siga usted, amigo mío.

—No hay nada más… Estuve allí hasta que salió para irse al pabellón.

Poirot dijo suavemente:

—¿Se enamoró usted de Elinor Carlisle el primer día que la vio?

—Creo que sí.

Hubo un largo silencio.

Peter Lord dijo:

—Bueno, supongo que ahora ella y… Roderick Welman serán felices… juntos.

Hércules Poirot dijo:

—Usted no cree nada de eso, amigo mío.

—¿Por qué no? Ella le perdonará lo de Mary Gerrard. Fue un capricho pasajero por parte de él…

Hércules Poirot afirmó con gravedad:

—Hay que profundizar mucho más en los sentimientos humanos de lo que usted lo hace, *mon cher*… Cuando una persona ha estado a

punto de entrar en el valle sombrío de la muerte y vuelve a la luz del sol…, entonces empieza una vida totalmente nueva… El pasado desaparece…

Poirot hizo una pausa y continuó:

—Una vida nueva… Eso es lo que Elinor Carlisle empieza ahora… y es usted el que le ha dado esa vida.

—No.

—Sí. Fue su determinación…, su insistencia, lo que me impelió a satisfacer sus deseos. Además, confiéselo… ¿No le ha expresado ella su gratitud?

Peter Lord dijo pausadamente:

—Sí… En efecto… Me ha expresado su agradecimiento y… me ha… dicho que vaya a verla con frecuencia.

—Sí… Le necesita.

Peter Lord dijo con vehemencia:

—Pero ¡no tanto como necesita… a… él!

Hércules Poirot movió la cabeza.

—Ella no *necesitó* nunca a Roderick Welman… Le amaba, sí… Tal vez desesperadamente.

Peter Lord hizo una mueca de despecho al afirmar:

—Como no me amará a mí jamás.

Hércules Poirot asintió suavemente:

—*Peut être non*… Pero le necesita a usted, amigo mío, porque sólo con usted verá de nuevo con agrado el mundo…

Peter Lord no respondió.

La voz de Poirot tenía tonalidades exquisitas cuando dijo:

—¿Por qué no acepta los hechos tal como están?… Ella *amaba* a Roderick Welman… *Pero sólo con usted podrá ser feliz*…

AGATHA CHRISTIE, escritora inglesa nacida en Torquay (Inglaterra) el 15 de septiembre de 1890, es considerada como una de las más grandes autoras de crimen y misterio de la literatura universal. Su prolífica obra todavía arrastra a una legión de seguidores, siendo una de las autoras más traducidas del mundo y cuyas novelas y relatos todavía son objeto de reediciones, representaciones y adaptaciones al cine.

Christie fue la creadora de grandes personajes dedicados al mundo del misterio, como la entrañable Miss Marple o el detective belga Hércules Poirot. Hasta hoy, se calcula que se han vendido más de cuatro mil millones de copias de sus libros traducidos a más de 100 idiomas en todo el mundo. Además, su obra de teatro *La*

ratonera ha permanecido en cartel más de 50 años con más de 23.000 representaciones.

Nacida en una familia de clase media, Agatha Christie fue enfermera durante la Primera Guerra Mundial. Su primera novela se publicó en 1920 y mantuvo una gran actividad mandando relatos a periódicos y revistas.

Tras un primer divorcio, Christie se casó con el arqueólogo Max Mallowan, con quien realizó varias excavaciones en Oriente Medio que luego le servirían para ambientar alguna de sus más famosas historias, al igual que su trabajo en la farmacia de un hospital, que le ayudó para perfeccionar su conocimiento de los venenos.

De entre sus novelas habría que destacar títulos como *Diez negritos*, *Asesinato en el Orient Express*, *Tres ratones ciegos*, *Muerte en el Nilo*, *El asesinato de Roger Ackroyd* o *Matar es fácil*, entre otros muchos. Las adaptaciones al cine de su obra se cuentan por decenas.

Además de estas obras, Agatha Christie también se dedicó a la novela romántica bajo el seudónimo de Mary Westmacott.

Christie recibió numerosos premios y distinciones a lo largo de su carrera, como el título de Dama del Imperio Británico o el primer Grand Master Award concedido por la Asociación de Escritores de Misterio.

Agatha Christie murió en Wallingford (Inglaterra) el 12 de enero de 1976.

Notas

[1] Como todo el mundo sabe, dos en inglés es two (que se pronuncia tu). De aquí la analogía entre la matrícula del coche y Miss Tou-Tou. (N. del T.) < <